

REVISTA CONTEMPORÁNEA

Madrid: 1876.—Imprenta de la REVISTA CONTEMPORÁNEA,
á cargo de M. G. Hernandez, San Miguel, 23

REVISTA
CONTEMPORÁNEA

TOMO III

ABRIL—MAYO

MADRID

REDACCION.—ADMINISTRACION

SAN MATEO, 11, BAJO

1876

PLAZA

CONTEBIDOR

ALFONSO MAYO

MADRID

ESCRIBANA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

SIN MARGEN

1918

EL PARQUE.

ESCENA DE FAMILIA.

PERSONAJES.

LA MARQUESA DU VERNAGE (*cincuenta años*).

BATILDE, su hija (*veinte años*).

PABLO LAMBERT, marido de Batilde (*treinta años*).

ADOLFO BONNIEUX, antiguo amigo de la familia (*sesenta y cinco años*).

ANTONIO, criado.

Bosquecillo y césped delante de un castillo. Hermosa mañana de verano.

LA MARQUESA, BATILDE *y luego* ANTONIO.

LA MARQUESA.—¡Qué quieres, hija mia! aunque nos volvamos locos, no podremos remediar nada.

BATILDE.—¡Ah, madre mia! ¡qué inquieta estoy!

LA MARQUESA.—En cuanto á eso, tampoco estoy muy tranquila. La bomba tiene que estallar en todo el dia; no cabe duda.

BATILDE.—¡Qué golpe para él! ¡y en el dia de su santo!

LA MARQUESA.—¿Su santo?.... Es verdad, puesto que es el mio..... Es cosa bastante divertida, dicho sea entre paréntesis, que tengamos el mismo santo, tu simpático marido y yo.

BATILDE.—¿No seria mejor confesárselo todo antes de que llegue ese terrible paquete?

ANTONIO (*apareciendo y con tono misterioso*).—El señor baron de Fauquerolles desea hablar en secreto con la señora Marquesa.

LA MARQUESA.—¡Bueno! El otro ahora para acabar de confundirme..... Desea hablarme en secreto y se lo dice á los criados..... ¡Qué notable es eso! (*A Antonio.*) Rogad á Mr. de



Fauquerolles que me espere en la estufa y cuidado de que no le vea entrar nadie. (*Sale Antonio.*) Ese jóven tiene celo, pero ¡qué aturdido es! Afortunadamente tengo prudencia por los dos.

BATILDE.—Sí, madre mia.

LA MARQUESA.—Pero, volviendo á tu marido, tal vez seria mejor, en efecto, prepararle..... A bien que he escrito al despuntar la aurora á ese buen Bonnieux y le espero de un momento á otro. Es persona discreta, y espero que entre los dos encontremos algun modo de salir del apuro.

ANTONIO (*que vuelve con el mismo aire misterioso*).—El señor baron espera secretamente en la estufa á la señora Marquesa.

LA MARQUESA (*aparte*).—Este criado es nécio. ¡Hasta la vista, hija mia. ¡Valor!

BATILDE, *sola*.

¡Ah! ¡qué atormentada estoy, Dios mio!.... ¿Qué va á pasar aquí? Mi madre ha sido muy imprudente..... temo alguna escena irreparable..... ¡Ay! ¡Cuánto trabajo cuesta ser feliz! Los dos me quieren y los dos me hacen padecer. (*Se sienta en un banco.*) Mis gustos, en materia de felicidad, habrian sido tan sencillos..... Una casita como esta (*dibuja en la arena con el extremo de su sombrilla*), una especie de chalet en un bosque de América á la vista del mar, que agita sus olas en el horizonte; aquí, un cercado para el rebaño puesto á mi cuidado, como pastora; allá, una hamaca pendiente de dos palmeras y en la cual puedo mecirme en medio de las grandes flores de tapicería y los pájaros en miniatura que se ven en esos países; luego mi muy amado que vuelve de la caza y que se deja ver á lo lejos y con una mano me envia una docena de besos y con la otra..... ¡Ah! (*Entra Pablo.*)

BATILDE, PABLO.

PABLO.—Dime, Batilde, me asalta una idea, amor mio; la mañana es encantadora, ¿por qué no almorzamos al aire libre bajo la sombra que se nos ofrece allí?

BATILDE.—Con mucho gusto, amigo mio.

PABLO.—Mas ¿qué pensará tu madre de eso?

BATILDE.—Mi madre se alegrará mucho.

PABLO.—¡Hum! Admitido. (*A los criados.*) Servid el almuerzo bajo esa enramada. ¿Qué dibujabas ahí, hermosa mia?

BATILDE.—Es un paisaje de los trópicos. Esta es una floresta vírgen, esto el mar y héme aquí en una hamaca.

PABLO.—Es todo muy parecido..... Pero ¿quién es ese personaje que sale de improvviso del bosque y que hace horribles gestos?.... ¿un mono?

BATILDE.—No, señor, es un salvaje.

PABLO.—¡Diablo! Y yo ¿dónde estoy? Es imposible que te deje sola en tan delicada coyuntura.

BATILDE.—Tú almuerzas tranquilamente en la casita.

PABLO.—¡No! nunca creeré que tengo un corazon así. Más bien estaria en el vecino monte, espiando al salvaje; le mato, le arranco la cabellera y te beso con efusion. (*La besa.*) A propósito, niña mia, ¿sabes dónde está tu madre en este momento?

BATILDE (*con cierta confusion*).—No..... no, amigo mio.

PABLO.—Está en la estufa, celebrando consejo con Fauquerolles. Los tronos y las dominaciones deben andar con cuidado..... Ella debió vivir en tiempo de la Fronda; hubiese formado el santo trébol con las señoras de Longueville y de Chevreuse. Y á propósito, ¿has visto los florones de tres dorados pétalos con que ha creido conveniente adornar la verja de mi parque? Dice que son tréboles... y cree que me engaña.

BATILDE.—Amigo mio, te ruego que respetes las opiniones de mi madre.

PABLO.—Pero, hija mia, las respeto con todo mi corazon; lo único que desearia es que no las consignase en la verja..... Y luego ¿qué significan esas conferencias clandestinas con Fauquerolles? ¿Por qué no le recibe públicamente en mi salon? ¿Me opongo, por ventura? Pero no; le hace falta el misterio y los subterráneos. Y Dios sabe los grandes secretos que se comunican con tantas precauciones. Fauquerolles es un

moscon que solo puede tornar en sério tu madre. Pues bien: todo eso es pueril y me irrita. Y, sin embargo, tengo la extremada complacencia de no apercibirme de nada; dejo, sin proferir una palabra, que hagan la metamórfosis de mi verja en oriflama y de mi parque en club..... Tu madre debia al ménos agradecermelo..... ¡Pero léjos de eso! su acritud y su animosidad contra mí parecen exasperarse continuamente.

BATILDE.—¡Pobre madre! Anda, eres muy ingrato.

PABLO.—No, amor mio; en el fondo la quiero.—Me confesarás, solamente, que no procede bien conmigo. No hay cosa que yo aborrezca tanto en el mundo como los chascos y los rodeos..... Pues bien; la señora du Vernage trasporta sin cesar á nuestras relaciones privadas sus hábitos de misterio, de complot..... Nunca lograrás que se exprese claramente..... ¿En qué consiste, despues de todo, el disgusto de que dá muestras? Unicamente en su deseo de verme buscar, contrariando todos mis gustos, funciones públicas. Hay una perspectiva que encanta y fascina á tu madre, la de tronar algun dia en los salones de una prefectura, la de recibir las diputaciones de la guardia nacional, dejándolos petrificados de admiracion con la magestad de sus reverencias en doce tiempos..... Este sueño no es el mio; sin embargo, no me negaria á discutir la cuestion, si tu madre quisiera abordarla francamente.... Pero, no: son siempre combates de Parthos, alusiones, epigramas, alfilerazos... Sobre todo, no te aflijas: siento por ella, á pesar de todo, una ternura verdadera y le preparo una prueba bastante extraña que la llenará de estupor. ¡Ah! Héla aquí.

BATILDE, PABLO, LA MARQUESA.

PABLO.—Buenos dias, señora.

BATILDE.—¿No sabeis lo que me dice Pablo, madre mia?

LA MARQUESA.—No, hija mia, no lo sé, y este caballero es tan original, que no trataré de adivinarlo.

PABLO (*respirando con fuerza*).—¿No os parece, señora, que hay esta mañana en el parque un olor vago de conspiracion?

LA MARQUESA.—No comprendo.

BATILDE.—Madre mia, estaba diciéndome que os adora.

LA MARQUESA.—Pues bien, yo digo por mi parte que le dispenso de adorarme.

PABLO.—Lo siento, señora; pero mi corazón es un torrente impetuoso, cuyo curso no podriais variar. Almorcemos, y en ese caso, os ofreceré mi brazo aunque indigno....

LA MARQUESA (*tomando el brazo de Pablo*).—¡Ah! almorzamos hoy bajo el olmo, á lo que parece. Débese sin duda á vuestros gustos bucólicos; ¿y cómo si no esta feliz innovacion, que nos dará por convidados á todos los insectos de las cercanías? (*Se sientan.*)

PABLO.—A propósito de insectos y de cercanías, ¿no es, señora, el baron de Fauquerolles la persona á quien acabo de ver deslizarse como una serpiente fuera de esa verja á que habeis hecho añadir tan singulares tréboles?

LA MARQUESA.—Un trébol, es un trébol.

PABLO.—No siempre, señora.

LA MARQUESA.—¡El baron de Fauquerolles! ¿Con qué objeto estaria paseándose á esta hora en vuestro parque el baron de Fauquerolles?

PABLO.—Eso es precisamente lo que tengo el honor de preguntaros. Ese Fauquerolles es un jóven emprendedor y aventurero que no tiene aficion alguna á los jardines, y que por consiguiente no visitará el mio para estudiar la flora. Ha estado recientemente en los lugares de baños de Alemania y no me sorprenderia que hubiese aprovechado esta ocasion para comunicarse con las potencias del Norte..... de lo cual saco, señora, la conclusion..... ¡Ah! ¡vedle ahí todavía si no me engaño! No: es Bonnieux. ¡Bravo! Buenos dias, Bonnieux, acercaos, amable anciano.

Los mismos, BONNIEUX.

LAS DOS MUJERES (*agitando el pañuelo*).—Buenos dias, buenos dias, Bonnieux.

BONNIEUX.—Salamalec, ¡buenas gentes! ¡uf! en mí teneis un viajero rendido. Acudo, Marquesa, como un esclavo del Oriente..... Oir es obedecer.

LA MARQUESA (*interrumpiéndole vivamente*).—Una silla y un cubierto para el Sr. Adolfo.

BONNIEUX.—Siempre he sido así; á la primera llamada de una dama, sea cual fuere el estado de la temperatura, yo.....

LA MARQUESA (*con impaciencia*).—¡Hum! ¡Hum! ¿Un poco de cabeza de jabalí, amigo mio?

BONNIEUX.—Con mucho gusto. A la primera llamada de una señora, decia.....

LA MARQUESA.—Hé ahí una encantadora sorpresa que nos habeis proporcionado, amigo mio.

BONNIEUX.—¡Cómo! ¿Una sorpresa? Vos sois quien me sorprende, querida amiga.

PABLO.—¡Ah! mi pobre Bonnieux, ¿no notais, pues, que Mad. du Vernage no deja de haceros señales para que no dejeis traslucir delante de mí que venís porque os ha llamado? Hay en eso un pequeño misterio que os explicará más tarde. ¿Qué hay de nuevo por lo demás, amigo mio?

BONNIEUX.—Nada que yo sepa..... Buenos dias, Batilde.... buenos dias, mi pequeña Batilde.... ¿qué sucede? me parecis preocupada, jovencita.

PABLO.—No os fijeis, Bonnieux. Ha sido atacada esta mañana por un salvaje en una selva vírgen, y comprendeis...

BONNIEUX.—Muy poco. No importa. Os propongo, Marquesa du Vernage, que me sirvais otra vez cabeza trufada. Compadezco mucho al jabalí que la ha perdido, pues es buena. ¿Lo habeis cazado vos, Pablo?

PABLO.—Sí, amigo mio; pero no las trufas.

BONNIEUX.—Es claro. Decidme, Lambert, ¿sabiais que un corzo puede saltar dos metros y medio? He visto el hecho con mis propios ojos anteayer. Cazábamos hacia tres horas ese bonito animal en el bosque de Saulvinet; lo cercábamos; estaba materialmente al pié de la tapia. De repente ¡paf! dió un salto y cayó en el jardin de ese bobalicon de Fauqueroles, que lo mató desde su ventana sin molestarse, en zapatillas. ¿Háse visto animal semejante? Y apropósito, ¿no es al mismo Fauqueroles á quien acabo de ver?

LA MARQUESA (*vivamente*).—¿Quiere Vd. espárragos, amigo mio?

BONNIEUX.—¡Permitidme! Acepto; pero ántes probaré esta mayonesa de langosta... ¿En qué estaba? ¡Ah! Os diré que me desagrada bastante vuestro Fauquerolles, encantadora amiga.

LA MARQUESA.—¡Ah! Sin duda... os desagrada... ¡Se comprende muy bien! Es noble, tiene un título... No hace falta más para asegurarle el ódio de un viejo jacobino maniático como vos.

BONNIEUX.—¡Oh! ¡Oh! Bebamos, Lambert. Pero, acabemos. ¿Me han engañado mis ojos ó no? ¿Es Fauquerolles quien acabo de...

PABLO.—Bonnieux, no estais en vena hoy... Madame du Vernage os está haciendo señales hace un cuarto de hora para que no digais una palabra de vuestro encuentro con Mr. de Fauquerolles.

BONNIEUX.—¡Diantre! ¿Cómo es eso? ¿Otro misterio? ¡Es cosa de extrañarse!

LA MARQUESA (*con mal humor*).—¡Ah, no! Es mi yerno quien ve misterios por todas partes. ¿No comprendéis que ha organizado contra mí un sistema de roñerías? Ese es el inconveniente de vivir con un desocupado. Es preciso que regañe, que riña, que dispute acerca de todo.

BONNIEUX.—Siempre la misma cancion, Marquesa. Pues bien, acabemos de una vez: explicaos. ¿Querriais que Pablo ocupase un puesto, una subprefectura, por ejemplo? ¡Eh!

LA MARQUESA.—¿Yo? Yo no quiero nada. No es posible que con mis opiniones pueda querer un empleo para mi yerno bajo el gobierno actual. Es verdad que mi yerno, no tiene opiniones, en lo cual se parece á toda su amable generacion, y que por tanto la dificultad no existe para él. Pero tiene sesenta mil francos de renta, gracias á su señor padre, de lo cual se deriva naturalmente para él que no necesita empleos. Desgraciadamente, no sólo de pan se vive en el mundo. Pero si eso os basta, mi querido amigo, sea en buen hora. Sólo os interesa á vos la cosa. Verdad es que tambien

interesa un poco á mi hija, que más tarde ó más temprano tendrá que aperebirse de que la holgazanería de un marido es una carga muy pesada. Desde luego dudo que le parezcan muy apreciables las aficiones á que os arrastra el estar desocupado. Por ejemplo, sin ir más lejos, sois pescador de caña... Pues bien, eso humilla á mi hija...

PABLO (*con gravedad*).—Cómo, Batilde, ¿es verdad? ¿Te humilla que pesque con caña?

BATILDE (*riendo*).—De ningun modo, amigo mio.

PABLO.—Tú sabes que en nuestros dias hombres de mucho talento han rehabilitado esa inocente diversion... Rossini, Walter Scott, Alfonso Karr... y yo... somos cuatro.

LA MARQUESA.—Walter Scott, Rossini y Alfonso Karr hacen ó hacian otras cosas, si no me engaño.

PABLO.—Yo tambien lo haria si quisiera.

LA MARQUESA.—Lo dudo. ¿Qué hariais?

PABLO (*imperturbable*).—Cualquier cosa... Versos... versos á Bonnieux: por ejemplo, los que siguen:

Bonnieux, mon cher Bonnieux
Toi qui n'a pas d'aieux
Et qui n'en vaux que mieux
A mes yeux.



LA MARQUESA.—¡Bonita produccion! Lo que me indigna es que me habian dicho que érais un sábio y que tuve la candidez de creerlo.

PABLO.—¿Y por qué habeis cambiado de opinion?

LA MARQUESA.—¡Vaya un sábio! Un hombre que nunca hace nada.

PABLO.—Pues por eso mismo; aquel que llega á ser un sábio me parece que no necesita hacer nada... Por lo demás, ignoro quién ha podido deciros que yo era un sábio: no fuí yo seguramente.

LA MARQUESA.—Creo que ese imbécil Bonnieux.

BONNIEUX.—¿Yo? Jamás.

LA MARQUESA.—Vos mismo: lo recuerdo perfectamente.

Antes de la boda me alabábais mucho á ese personaje. Yo le censuraba el no tener ocupacion, pues siempre he pensado lo mismo en este punto. Vos exclamásteis: ¿Decís que no tiene ocupacion? ¡Estais de buen humor! Es un hombre que no pierde un solo minuto en todo el dia. Hasta en el paseo le vereis juntando piedras, semillas, fósiles, y examinarlos con el microscopio. ¡En fin, es un sábio! Estas son vuestras mismas palabras, y de tal modo, que llegué á temer que se me proporcionara por yerno una especie de hombre embrutecido, insoportable.

BONNIEUX.—Sí lo dije, no me desdigo. Vuestro yerno es un hombre muy distinguido, muy instruido, con buenas disposiciones para todo. Disfruta de esta reputacion en París, y vos misma sabeis, querida amiga, lo que hay de eso. Se ocupa aquí muy honrosamente, aunque no del modo que quisiérais... Pues bien, si quereis que tenga un empleo, lo grad de él que lo solicite, y apuesto que se lo conceden por telégrafo.

LA MARQUESA.—No creo una palabra.

PABLO.—Ni yo: no lo intentaria.

LA MARQUESA.—Teneis razon: es una afrenta que sabreis evitar. Apuesto á que ni siquiera os nombran comisario de policia.

PABLO.—Lo cual es muy conveniente para vos, dicho sea entre paréntesis.

LA MARQUESA.—No comprendo.

PABLO.—Sí, sí, sí.

LA MARQUESA.—¿Habeis terminado, Bonnieux? ¿Quereis pasear conmigo en el prado?

BONNIEUX.—Estoy á vuestras órdenes, mi admirable amiga. *(Se levantan.)*

PABLO.—¡Bonnieux, atencion! El velo va á descorrerse. ¡Paz! ¡Chit! Silencio, Adolfo, si estimas tu vida.

LA MARQUESA *(encogiéndose de hombros y casi riéndose á pesar suyo)*.—Es tonto... tu marido es tonto. *(Se va con Bonnieux.)*

PABLO, BATILDE (*paseando*).

PABLO.—¡Tu madre es verdaderamente absurda, querida mía!

BATILDE.—¡Amigo mio!

PABLO.—¡Me provoca sin miramientos!... Olvida que una mujer está obligada sobre todo á estimar á su marido, y me hace aparecer á tus ojos como un ridículo y despreciable holgazán... Y sin embargo, tú sabes que mi vida, aunque no tenga carácter público ni enseña oficial, no carece de ocupaciones, ni, lícito me es decirlo, de utilidad.

BATILDE.—Lo sé, lo sé muy bien... mi madre lo sabe asimismo... y mis pobres mejor aún.

PABLO.—Y mis arrendatarios... y mis animales, que reciben premios en cada exposicion, y toda la comarca, así los animales como las personas. Pero tu madre se complace en confundir, para favorecer sus pasiones, la actividad con la ambicion, el trabajo con el orgullo... No hay para ella hombre útil, si no viste una dorada casaca. ¡Es la manía francesa! Se la soportaria, sin embargo; pero lo que no le perdono es que suscite dudas acerca de tu felicidad y que me las haga concebir á mí mismo... No me contestes todavía... espera... ¿Quieres saber los sentimientos que guardo en mi corazón? Son exactamente los que debe suponerme el viajero que cruza el camino al terminar el día... Sus miradas se detienen, involuntariamente, en esta riente falda de la montaña, en que se extienden ordenadamente desde la cumbre hasta el valle esas blancas alquerías, esos campos, esos bosques y esas aguas que forman mi patrimonio... Es la hora en que las campestres labores terminan en la calma de la tarde... Ven pasar á lo largo del cercado las pesadas carretas que van á dejar en los hórreos las doradas mieses y el aromático heno. En medio de este paisaje rústico descúbrese un oasis, que forma el centro y como el corazón del cuadro... Una linda casa de gusto italiano oculta entre los árboles, césped de fina yerba, senderos misteriosos, hermosos cisnes que surcan sin ruido las ondas, una jóven que el sol poniente envuelve en santa aureola...

Crean escuchar bajo el follaje, alegre risa de niños... y toda esta escena les hace pensar en una existencia bendita por el cielo, en que se combinan una santa actividad y honestos placeres, la sencillez y la elegancia, el amor y la paz, la novela y la verdad... Se llevan pensando el sentimiento de una especie de felicidad ideal... Pues bien; en lo que de mí depende no se engañan. Esa felicidad es la mia, pero desaparecerá si no es tambien la tuya... Óyeme aún, pobre niña... Me parecería muy sencillo que no tuviéramos tú y yo la misma idea de la felicidad. Lo que basta para encanto y plenitud de un alma ya cansada de la vida puede no ser más que un mediano atractivo para cabezas jóvenes como la tuya y para un corazón que acaba de abrirse como tu corazón adorado. Pues bien; habla ahora... no llores... habla... Te suplico que me digas si eres dichosa, y te juro que todos los sacrificios me serán gratos haciéndolos por tí.

BATILDE.—¡Pablo!... amado mio... te juro que estoy en el eden y que no quisiera salir nunca de aquí... Sólo una cosa me preocupa, una sola, y es la guerra que estalla continuamente entre mi madre y tú. Si eso desapareciera, yo sería demasiado feliz.

PABLO.—Pero, ¿qué quieres que haga? Convendrás en que opongo á todos los ataques de Madame du Vernage la paciencia de un mohicano... Esto sólo sirve para irritarla. Por ejemplo, esta mañana. ¡Qué persecucion! ¡Qué modo de redoblarla! ¿Qué mala yerba ha pisado?... ¡Y siempre esa inconcebible manía de no explicarse claramente!

BATILDE.—Confiesa tambien que haces todo lo que puedes por no entenderla.

PABLO.—¡Toma! ¡Sin duda! Tal es nuestra naturaleza. Veamos. ¿Por qué no me dice claramente: Pablo, la subprefectura del distrito está vacante; hacedme el favor de solicitarla?

BATILDE (*con viveza*).—¿Y tú la pedirías de veras?

PABLO.—No digo que la pediría, porque despues de todo podría obtenerla y eso me contrariaría mucho. Pero reflexiona ré... Quiero á tu madre, amo la paz... Daria mucho por

una y otra... Por lo demás, no dejaria de lisonjearme un recurso maquiavélico... Si fuese alguna vez subprefecto, tu madre no dejaria de comprometerme grandemente con sus relaciones, sus complots y sus Fauquerolles: yo mismo me denunciaria si necesario fuera, y me enviarian muy pronto á mi casa... Mártir de las opiniones de tu madre, paréceme que respetaria entónces un reposo obra suya y nosotros seriamos felices á nuestro gusto.

BATILDE.—Ese plan es magnífico, lo arregla todo. ¿De modo, amigo mio, que me prometes decir á mi madre que consientes?

PABLO.—¡No hagas tal, cuidado!... Aún no estoy decidido... (*Llega Bonnieux fuera de sí con una carta de grandes dimensiones en la mano.*)

BONNIEUX.—¡Perdon, hijos míos! Batilde, vuestra madre os llama. (*Pasando á su lado y en voz baja.*) El paquete ha llegado: hélo aquí.

BATILDE (*en voz baja*).—Todo se ha perdido.

BONNIEUX.—¡Valor! Voy á prepararle hábilmente. (*Batilde desaparece.*)

BONNIEUX, PABLO.

BONNIEUX (*con embarazo*).—¡Hum!... Tenia que hablaros, amigo mio.

PABLO.—Hablad, amigo.

BONNIEUX.—Amigo mio, tengo sesenta y cinco años. Estoy muy delgado porque tal es mi naturaleza; pero, por lo demás, debeis convenir en que estoy bien conservado y de un modo asombroso.

PABLO.—Convengo en ello, *concedo*. ¿Qué más?

BONNIEUX.—Recorro todos los dias diez leguas á pié ó á caballo. Las mujeres me atribuyen generalmente cuarenta y cinco ó cincuenta años... por lo que represento. Pues bien, amigo mio, este admirable estado de conservacion es el fruto de una conciencia tranquila en primer lugar y además de una filosofía, de un estoicismo imperturbable. *Impavidum ferient*... Soy el hombre de Horacio.

PABLO.—¿Teneis que decirme alguna cosa desagradable?

BONNIEUX.—Alguna cosa desagradable, sí, esa es la palabra. El caso es efectivamente desagradable; pero eso es todo. Ir más lejos, calificarlo de terrible, de irreparable, seria exagerar extraordinariamente su importancia.

PABLO.—Esas precauciones no son afortunadas, amigo mio. Concretaos al hecho. ¿Qué significa ese paquete?

BONNIEUX.—Este paquete contiene papeles que os remiten, que un miserable os remite... Dejadme que os haga un pequeño prólogo... En resúmen, hé aquí poco más ó ménos lo que sucede... Sabeis que Fauquerolles es primo de Batilde; tratóse, naturalmente, de casarlos.

PABLO (*con gravedad*).—No lo sabia yo. ¿Ella le amaba?

BONNIEUX (*buscando palabras y embrollándose*).—No... es decir... vais á ver. Tratábase, pues, de casarlos, cuando se supo que el jóven jugaba y que su tio, anciano muy respetable que vive en el Perigord, jugaba tambien por su parte. ¡En el Perigord!... ¡un viejo! ¡es incomprendible!

PABLO.—Comprendo muy poco. Acabad.

BONNIEUX.—¡Hum! ¡hum!... Madame du Vernage, sabedora de esos preciosos datos, tuvo el buen sentido de anular esos proyectos de enlace... pero ántes... habia sucedido, desgraciadamente, una cosa muy desagradable...

PABLO.—¿Qué? Hablad pronto.

BONNIEUX.—Adivináis, sin duda, que se trata del contenido de este paquete... Madame du Vernage habia tenido la imprudencia, verdaderamente inaudita, diré más, culpable, de tolerar entre Batilde y Fauquerolles una pequeña correspondencia sentimental.

PABLO (*violentamente*).—¡Misericordia!...

LOS MISMOS, LA MARQUESA, BATILDE *saliendo de la maleza*.

LA MARQUESA.—¿Qué estais diciendo? ¿os habeis vuelto loco, Bonnieux? Eso es falso, yerno.

BONNIEUX.—¡Señora Marquesa! ¡Vaya un modo de dejarme operar, querida amiga! Pues bien, salid como podais del atolladero, yo me lavo las manos.

LA MARQUESA.—Sabré hacerlo tan bien como vos, querido amigo, con vuestros lios. Dadme la carta. Yerno mio, olvidad los dichos, propios de un demente, que os dirige este personaje hace un cuarto de hora. Aquí teneis la verdad pura y simple... Acércate, hija mia, y sostenme... Pablo, he solicitado en secreto para vos la subprefectura de nuestro distrito. Este paquete contiene vuestro nombramiento. No me atrevo á mirarle, hija mia: ¿qué cara pone?

BATILDE.—Se rie, madre.

PABLO.—Señora, he solicitado en secreto, por mi parte, la subprefectura de este mismo distrito. (*Sacando una carta.*) Hé aquí la noticia de mi nombramiento; la tengo en mi bolsillo hace dos dias y pensaba dárosla esta noche por ser el santo vuestro.

LA MARQUESA (*dándole un abrazo*).—¡Ah, amigo mio! sois un ángel...

BONNIEUX (*limpiándose la frente*).—¡Uf! A fé que no valia la pena de hacerme acudir al génio.

LA MARQUESA.—Sí, hablemos ahora de vuestro génio. En mi vida he visto un lio semejante. ¿En qué ibais á parar?

BONNIEUX.—¡Cómo! ¿No habeis comprendido la admirable profundidad de mi estrategia? Despues de inspirar á Lambert mortales inquietudes, despues de ponerle sobre carbones encendidos, iba á sentarle de repente en su sillón de subprefecto como en lecho de rosas... Por lo demás, todo ha salido perfectamente. ¡Ah! Madame du Vernage, espero que esto pondrá término á vuestras conjuraciones y que Fauquerolles queda suprimido.

LA MARQUESA.—Nada rehusaré á mi yerno en lo sucesivo, y si lo exige...

PABLO.—Señora, seria mortificarme cruelmente, hacer una ofensa á la independendencia de mi carácter, atribuirme la idea de semejantes exigencias. Subprefecto ó no, quiero que mi suegra sea libre en mi casa. Batilde puede repetiros lo que le decia hace un momento: «Si yo fuese algun dia funcionario público, la amargura mayor que podria experimentar fuera la de ver á Mad. du Vernage privarse de sus relaciones y hábitos.»

LA MARQUESA (*apretándole la mano*).—Amigo mio, teneis todas las delicadezas del ingenio y del corazon.

BONNIEUX (*en voz baja á Pablo*).—Perdon, amigo mio; á este paso, os destituyen á los seis meses.

PABLO (*en voz baja*).—Chist, amigo, esa es la gloria á que aspiro. (*Se alejan hablando.*)

OCTAVE FEUILLET.

MIRANDO AL CIELO.

Bóveda azul, de estrellas tachonada,
Que al hombre dabas plácido consuelo,
Cuando á través de tu cerúleo velo
Contemplaba la gloria deseada:

¡Cuán triste hoy le pareces! Su mirada
En tí no busca el anhelado cielo,
Que errante y peregrino en este suelo
Sólo presente tras de tí la nada.

¿Qué vale ya tu espléndida belleza
Ni qué tu inmensidad? Negra y sombría
Te extiendes como manto funerario,

Y al contemplar el hombre tu grandeza
Tal vez pareces á su mente impía
De un Dios ya muerto el fúnebre sudario.

M. DE LA REVILLA.

LA GOTA DE AGUA Y LA ESTRELLA

El crepúsculo de una tarde de Junio envolvía entre vagas sombras la hermosa vega de Córdoba; anchos festones de rojizas atmósferas acariciaban con sus flotantes pliegues la joya más preciada de la corona de Abd-er-rahman, joya que entre la filigrana de sus ojivas enseña á nuestra generacion la mano bárbara de los profanadores del arte ó de los envidiosos de nuestras riquezas.....

Córdoba dormía agobiada por el sofocante calor de su clima, esperando los habitantes que la noche viniera con sus brisas para salir á recogerlas en huertas y paseos: hora tranquila y de silencio me convidaba á la reflexion, y apenas recostada en movable mecedora, me dejaba llevar por el pensamiento hácia los horizontes del recuerdo, fijando la mirada en la humilde fuente que esparcía suave murmullo por el reducido patio de mi casa: ocho columnas blancas, ceñidas por enredadoras campanillas, dejaban en la sombra el ancho corredor que lo circuía, donde las golondrinas gorgeaban, buscando con giros indecisos un sitio donde plegar sus alas: un pedazo de cielo (permítaseme la frase) rigurosamente cuadrado por la construccion de la casa me servía de dosel, mientras algunas amapolas, cuya semilla acaso trajo el viento entre las grietas de los ladrillos, se inclinaban al *tin-tan* de mi butaca; la noche se acercaba, el cielo tomaba el diáfano azul de un infinito eterno, y yo vivía entre las sombras de un

pasado querido. De pronto, y cual nuevo huésped de aquel recinto, un rayo de luna vino á lucir en mi frente como la inoportuna sonrisa de la infancia luce entre el grave aplomo de la vejez. No sé si enojada, pero de seguro sorprendida, alcé los ojos, y al encontrarse mi pupila viajera en el espacio, quiso hacer la primera estacion en una estrella que sola y brillante tachonaba como desengarzado zafiro en el aterciopelado azul del cielo..... ¿Qué poder levantó en mi inteligencia (poco antes medio dormida) el furioso torbellino de ideas que voy á tratar de describir? No lo sé: tal vez al finalizar mi relacion, logre adivinarlo.

Aquella estrella radiante cuyo foco buscaban mis pupilas sin que lograrse hallar más que los destellos; aquella chispa de una llama sin fuego y cuyo resplandor no bastaba á alumbrarme y sí á disipar las sombras en mi derredor, aquella ráfaga que, como arista de plata, ondulaba entre los mil dobleces de un cielo sin nubes, rompió los diques de una imaginacion juvenil arrebatando mi espíritu hasta los límites de la enagenacion; agrandando las dimensiones de aquel astro, busqué entre los rincones de la memoria, hasta las primeras páginas de mis estudios astronómicos y me lancé rica de observaciones en los abismos de lo infinitamente grande; impulsados por la atraccion de aquel sol que ante mis ojos veia, cien mundos giraban en órbitas invisibles; cuantas formas levanta el delirio en una noche de insomnio, eran débiles reflejos de las infinitas formas que la vida tomaba en aquellos centros de fuerza universal. Un sistema planetario en la inmensidad de los espacios era poco ante el vuelo de mi inteligencia, y con la vacilante luz de aquel sol me lancé entre la noche eterna de los tiempos formando múltiples constelaciones, cuyos soles rojos, azules, blancos y amarillos llenaban de fantásticas auroras los planetas satélites de tan esplendentes soberanos. Detalles y conjunto, todo cruzaba en mi excitado cerebro con la fuerza impetuosa con que cruza el huracan en el desierto; cometas de vertiginosa carrera que tornaban en fuego las ondas del éter y cuyas jigantes órbitas aprisionan en su seno miles de miles de mundos; y más allá, otros soles y otros cometas; y más allá, nebulosas llenando anchos desiertos del

espacio como aglomerados gérmenes, dispuestos á la formacion de nuevos orbes; y más allá..... el vacío de lo infinitamente grande, el vacío de la eternidad.....

Mis ojos se cerraron, y en el confín de mi pensamiento se formó una atonía muy parecida á la muerte y casi hermana de la locura.

La luna brillaba iluminando vagamente las rojas amapolas que se mecían á mis pies; no sé si mis ojos la buscaron ó ella buscó á mis ojos, pero lo cierto es que una gota de agua, sin duda fugitiva, del surtidor vino á fijar en mi retina el tenue destello que lanzaba al mecerse en el rojo pétalo de una amapola. Aquella gota de agua próxima á desprenderse del cáliz de una flor, fué para mi cerebro el aromático bálsamo que produce la reaccion en los rígidos miembros del epiléptico. —¡Cuán pronto conoció mi inteligencia que muchas veces son los remedios peores que la enfermedad! Fija mi vista en aquel átomo medio oculto entre una hoja, firme la voluntad en alejar mi espíritu del cielo, acudió, como siempre que tal desea, á los anales de la memoria, y mis estudios (que en ninguna materia han sido nunca prácticos) respecto á física y química, fueron llamados como legion de vestiglos ante mi observadora inteligencia; con ellos y con ella la gota de agua tomó unas dimensiones más que regulares; á ser cielo la amapola, trasformo en sol á la gota de agua. Mundo lleno de miles de mundos, aquella líquida perla de la cercana fuente era un universo con sistemas, con organizacion y con séres; generaciones, vidas, cualidades, pasiones, ideas, sentimientos y almas se agitaban en las órbitas de antemano trazadas á sus múltiples destinos. Insensiblemente y por la suave pendiente que empezaba á bajar la gota de agua, me pareció gigante demasiado grande á mi sutil pensamiento; busqué algo más pequeño donde satisfacer la ambicion de mi espíritu; busqué la molécula por igual razon que antes buscaba la nebulosa en los abismos del cielo; la hallé, y la molécula bajo la analítica accion de mi cerebro se tornó brevemente en un mundo inmenso donde habia algo más pequeño; puesto que la molécula es un compuesto de átomos, y yo queria el *simple* de aquellos compuestos..... Todo, todo el camino lo anduve y con

los ojos fijos, espantada de mí misma, sin aliento para mi vida, sin conciencia para mi espíritu, me encontré frente á frente con el vacío de lo infinitamente pequeño, con el vacío de la eternidad..... es decir, con la nada.

—«Niña, ya está la cena.

—«Denme una limosna por amor de Dios.»

Tales fueron las palabras que me despertaron de mi letargo; las primeras las pronunciaba desde el corredor un criado; las segundas, una pobre desde la entornada cancela del patio. Entre la estrella y la gota de agua existía también un mundo, el mundo en que yo habitaba, mundo en el que unos comen y otros tienen hambre, mundo en el que son *niños* los que se olvidan de la Fé, de la Esperanza y de la Caridad.

ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA.

LAS COSTUMBRES ROMANAS

EN LOS PRIMEROS SIGLOS DEL IMPERIO (1)

SEGUNDO Y ÚLTIMO ARTÍCULO.

I.

En un artículo anterior hemos hecho constar lo que ofrecen de instructiva novedad ó de importantes desenvolvimientos los dos primeros tomos que consagra Friedlander á la sociedad romana.

Los tomos tercero y cuarto no son ménos interesantes. El tomo tercero trata del lujo y las bellas artes. El tomo cuarto, que comprende las bellas letras, la situacion religiosa, la filosofía moral, y por último, un extenso capítulo tocante á la inmortalidad del alma, termina el retrato casi completo que ha hecho el autor de la civilizacion y las costumbres de la época imperial. Un asunto así prestábase á numerosas alusiones; pero el sábio escritor no las ha buscado, y si se encuentran, al través de profundas diferencias, ciertas analogías con nuestras sociedades, débese esto á que hay un fondo que sobrevive en la humana naturaleza y que reproduce siempre, al parecer, los mismos fenómenos y las mismas lecciones.

¿Es verdad que el lujo romano no tuvo, como sostiene de un modo algo paradójico Friedlander, proporciones exageradas en la época imperial, á no ser en forma enteramente excepcional, caracterizada por las escentricidades de algunos

(1) V. REVISTA CONTEMPORÁNEA, núm. 8, 30 de Marzo de 1876.

emperadores? Hay que tener en cuenta ciertamente la parte que corresponde á las extravagancias completamente personales que se explican por el poder de hacer lo que más gusta. Pero ¿son por ventura Calígula y Neron puras excepciones? ¿No son, en varios conceptos, verdaderos tipos? ¿No tuvieron precursores y semejantes bajo el régimen republicano? Si hubiese estado Verres revestido de la púrpura imperial, no es posible dudar que habria rivalizado con los peores emperadores. No han sido sobrepujados los festines de Lúculo, y sus jardines seguian rivalizando, segun el dicho de Plutarco, con los jardines imperiales más magníficos. Si hemos de creer á Plinio el mayor, no llegaron las construcciones de Calígula y de Neron á la insensata prodigalidad que habia desplegado en su teatro un simple particular, Escauro. ¿Cómo es posible no ver en el fastuoso delirio de algunos emperadores más que una manía sin consecuencias? Antes de que aparecieran esos déspotas deseosos de asombrar al mundo con su omnipotencia, citábanse ya como ejemplos proverbiales, por decirlo así, de la locura del lujo, las bebidas en que eran disueltas costosas perlas, esos sesos de pavo real ó esas lenguas de flamencos, esos pájaros de canto ó parleros que en la mesa se servian, manjares de gusto muy mediano, por no decir detestable, que no tenian más mérito que su exorbitante precio. ¡Cuántos excesos no se cometieron en la alegre vida de Antonio y Cleopatra! Y no se diga que así obraba una minoría, pues siempre ha sucedido otro tanto. No olvidemos, por lo demás, el papel que representaba esta minoría que gobernaba á Roma y que tuvo al universo en sus manos. Nada es tan cierto como que su corrupcion, muy grande ya en el período anterior, acrecentóse con el imperio. La imitacion de ese lujo inmoral y una ostentacion ruinosa se habian apoderado de las clases ménos acomodadas. Tuvo la plebe su lujo creciente, y quiso goces sin trabajo. La frase célebre *panem et circenses* no tuvo en realidad otro sentido.

La otra razon que invoca Friedlander para discupar al lujo romano no debe quedar tampoco sin respuesta. Sostiene, con razon, que se acrimina muy á menudo bajo este nombre una multitud de placeres lícitos: ¿Llegaremos, sin

embargo, con el autor á sostener que á los ojos de la crítica moderna, que mira las cosas bajo el punto de vista del progreso y de la civilizacion, los Varrones, Plinios, Sénecas y la mayor parte de los censores de las nuevas costumbres, son pura y simplemente unos declamadores? Dejo á sus errores la parte mayor que les corresponda. El ideal de primitiva sencillez á que lo refieren todo, es grandemente exajerado. El uso de los metales preciosos, la invencion de la moneda, los más útiles perfeccionamientos de la industria, son á sus ojos funestas invenciones y señales de decadencia. No hay moderno que no dejara asomar una sonrisa al ver á Varron condenar la importacion de los géneros alimenticios exóticos, á Plinio el mayor encontrar un monstruoso sibaritismo en el cultivo artificial de los espárragos, á Séneca señalar una perversa sensualidad en la refrigeracion de las bebidas con la nieve, único medio que conocian los antiguos, que no se servian del hielo, y que ignoraban con más motivo ese refinamiento, que se remonta tan solo á las postrimerías de nuestro siglo XVIII, esos *helados* hechos con el zumo de las frutas y otras sustancias de exquisito gusto. Pero ¿es dable negar, á causa de estas exageraciones de una moral excesiva, que entre los refinamientos condenados por los filósofos, los historiadores y los poetas, hay un buen número que verdaderamente merecian esa condenacion? Ora se proponian las gentes el placer vanidoso de destruir por destruir; ora señalábanse premios exorbitantes á gustos caprichosos; ora constituian esos refinamientos goces degradantes. ¿Cómo no maravillarse, por ejemplo, de ver á Friedlander aventurando una especie de disculpa higiénica para el ignominioso uso de los vómitos mientras duraban las comidas?

No se equivocaban como moralistas y como políticos aquellos escritores á quienes se acusa de declamar. Veian en el lujo una peligrosa pasion que desmoralizaba al individuo y perdia al Estado. Friedlander estudia el lujo en sus representaciones exteriores; pero acaso no tanto como debiera en los efectos que producía en el hombre. Cree triunfar afirmando que nuestros ricos son más acaudalados que los ricos de entónces y mostrando que la masa de los dispendios que

el lujo ocasiona es más grande entre nosotros que en la antigüedad. Poco importa, pues queda por ver si nuestro lujo es tan universal, tan ruinoso como el de aquellos tiempos. No es esta nuestra opinion. No, el mal no está en las cosas, no está en los muebles costosos ni en los objetos de oro; no está tampoco de un modo absoluto en el lujo de las mesas en dias de ceremonia. Está en la pasion que pueden inspirar esos gozes y esas vanidades, pasion absorbente y deletérea. El mal, el verdadero mal moral y social, está en la costumbre de sacrificar á la posesion y aumento de esos bienes los bienes superiores del ingenio y del alma. Esta es la idolatría que se han visto obligados á combatir los moralistas de todos los tiempos y que encontraron sobre todo los moralistas de Roma.

Paréceme, por último, que el autor ha dado algo abusivamente ese nombre de lujo á productos y hábitos de bienestar que han tomado posesion, por decirlo así, del mundo moderno, y que las personas acomodadas de la clase media disfrutaban tambien. Al hablar de estas personas aspiro á presentarlas en contraste completo con la representacion que tiene para nosotros un aristócrata romano. ¿Pero es esto lujo? ¿No es más á menudo comodidad, cosa que se distingue perfectamente del lujo, hasta el punto de que seria más fácil considerarla como su contrario que suponerlas semejantes?

Dirijamos con el autor una rápida ojeada á las diferentes partes del lujo romano, pues tiene el mérito de fijar distinciones precisas de un asunto en que ha reinado á menudo la confusion, no disipada ciertamente por compiladores eruditos como Mersius. Hace un particular estudio del lujo que en la mesa se desplegaba, del que en trajes y adornos se empleaba, y en los edificios, palacios urbanos, casas de campo, jardines, mobiliario, cosas domésticas, esclavos; lujo este último que tanto lugar ocupa en la antigüedad y que han olvidado casi todos los que del asunto trataron.

El capítulo que dedica á la mesa Friedlander contiene una enumeracion curiosa de los consumos culinarios que en el imperio se usaban.

Si exceden á menudo de los límites razonables, aún son

más excesivos la riqueza del servicio y la prodigalidad en los accesorios. Más que la prodigalidad domina la ostentación en las comidas romanas. En un festín que dió cierto amigo de Neron elevóse á cerca de cuatro millones de sestercios solo el coste de las rosas. ¿Debe admitirse que estas cifras son exageradas? Sin hacer la defensa de todas, debemos manifestar que están confirmadas por la concordancia de los autores, que se explicaron por la distancia que era preciso recorrer, por ser raros los objetos y sobre todo por la pasión que no ponía límites al valor que se daba á ciertos matices de perfección. Cuando gastaba Lucio Vero seis millones de sestercios en un banquete, invertíase la mayor parte de esta suma en regalos que hacía á los convidados, como, por ejemplo, vasos preciosos, esclavos, etc. Las flores, los perfumes, las decoraciones de diferentes clases y otros gastos extraños al precio de los manjares, figuran en la suma de 200.000 sestercios á que se elevan, según Plutarco, los gastos del festín que dió Lúculo en la sala de Apolo. Todo esto es fausto, fausto exorbitante, dígase lo que quiera. Nuestros banquetes régios y los festines dados por ciudades como Lóndres y que opone Friedlander á esas comidas famosas, están, en su espléndida profusión, léjos de llegar á semejantes excesos.

A propósito de los trajes y adornos, nos hace observar el autor que este género de lujo se ha extendido á mayor número de individuos y que se aplica hoy en día á mayor número de productos. En efecto, la seda, el uso de los espejos, las joyas y otros muchos objetos, se han hecho comunes. ¿Pero no es la intensidad del lujo más bien que su difusión la que debe servirnos de medida? Sostiene, es verdad, Friedlander, que las mujeres romanas prodigaban ménos las telas para dar á los vestidos desmesurada amplitud. La locura dispendiosa del traje femenino no tiene, desde el siglo XIV, cosa que se le parezca entre los antiguos. La moda, aunque muy sujeta siempre á la variación, lo estaba entre los antiguos infinitamente ménos que entre los modernos. Es probable, también, que el lujo en el peinado y sus accesorios, tan costoso y más ridículo que costoso á las veces, ha tenido desenvolvimientos nuevos. Todo esto es verdad. Es ménos cierto que no

es preciso reconocer á la sociedad romana, respecto de los adornos de las mujeres, una superioridad poco envidiable. El autor reconoce que el uso de las perlas, que se pagaban en el mundo romano más considerablemente que las piedras más preciosas, constituían un fausto ruinosísimo. Evalúase en más de 1.600.000 francos una perla que regaló Julio César á Servilia, madre de Marco Bruto. ¿Podríamos citar acaso entre nuestros modernos muchos ejemplos de tan costosa galantería? ¿Encuétrase, por ventura, aún en nuestro siglo XVI y en tiempo de Luis XIV nada comparable al suntuoso aderezo de una de las esposas de Calígula, Lelia Paulina, aderezo de esmeraldas y perlas que adornaba toda la cabeza, los cabellos, las orejas, el seno y los dedos, y que representaba un valor de más de diez millones de francos? Y cuenta que en general es preciso triplicar, más bien que duplicar, estas cantidades, para reducirlas á nuestra moneda moderna si es que se quiere tener una idea exacta de la opulencia que representaban.

Lo que más asombra en el lujo romano, considerado bajo todas sus formas, es la rapidez con que hizo su irrupcion. Todos los historiadores han notado esta invasion casi repentina, que atribuyen á la conquista de Grecia y Asia. Si Friedlander se hubiese penetrado bien de este carácter, que ciertamente no desconoce, tal vez habria propendido ménos á disculpar los habituales abusos que produjo. En todos los tiempos han tenido por efecto las fortunas rápidas excesos de despilfarro y suntuosidad. ¿Qué no sucederá cuando las fuentes impuras en que se alimentan son las conquistas, un *latifundismo* sin límites, nacido de la esclavitud y del abuso del principio aristocrático, la explotacion, en fin, de la provincia por medio de tiránicas exacciones? No creó el imperio ninguna forma del lujo; todas existian cuando se estableció. Y sin embargo, no hay una sola que no le deba lastimosos desenvolvimientos. El intervalo que media entre el año 31 y el año 69 comprende el apogeo de todas las manifestaciones del lujo. Despues del año 69 obran diversas causas en sentido de moderacion; tales fueron el ejemplo de mejores emperadores y la introduccion de hombres nuevos que procedian de los muni-

cipios de Italia y de las provincias, y que trajeron á la capital un espíritu de economía. El imperio no dejaba por eso de impulsar el desarrollo del lujo en el embellecimiento de Roma, y de un modo más general con la paz y la seguridad, con ese despotismo que arrojaba á los hombres, á falta de la actividad política y de las emociones que produce, en el culto de los goces de la vida privada. Mas en ninguna parte ejercióse tan rápida y profundamente esta influencia como en los edificios. El fausto público se hizo sentir á los particulares. No de otra suerte el uso del mármol para construir y decorar, desconocido para los romanos hasta que finalizó la república, se prodigó bajo el imperio. No nos engañemos, sin embargo; también hubo en el último período republicano un movimiento cuya importancia no podemos desconocer y que parece remontarse á la dictadura de Sila. Se ha notado que Sila pagaba en su juventud un alojamiento sumamente módico, y que las casas eran entónces poco fastuosas. Aumentará sensiblemente el número de estas y algunas serán magníficas. La de Craso, con su soberbio jardín, estimóse en más de 1.315.000 francos. Pronto la sobrepujarán las de Quinto Cátulo, Aquilio, el cónsul Lépido, y treinta años más tarde contará Roma un centenar de casas superiores aún y que tendrán la suntuosidad de verdaderos palacios.

El teatro de Escauro, cuya inaudita magnificencia hemos recordado, sirvió él mismo de tipo en cierto sentido para la construcción de las casas por el número y belleza de sus columnas. Escauro mismo dió el ejemplo. Hizo que erigieran en el átrio de su casa, sobre el monte Palatino, columnas de 38 piés de altura, que eran en parte reproducción de las que adornaban el escenario de su teatro. Fenómenos económicos, de que hemos sido testigos en nuestros días, como el alza de los terrenos y habitaciones, siguieron al aumento de las construcciones y de su carácter suntuoso. El terreno en que Julio César hizo edificar el Forum, en la parte más animada de la ciudad, costó 100 millones de francos. Fué preciso explotar numerosas y ricas canteras, como las de Carrara sobre todo, que Vitrubio no menciona. El uso de los suelos de mosaico se extendió extraordinariamente entre los

particulares. Una casa, que con sus dependencias ocupaba una superficie de cuatro fanegas, era para los romanos en las postrimerías del reinado de Tiberio una pequeña habitación. Nos limitaremos á recordar la riqueza de los artesanos, las mesas preciosas, las incrustaciones de mármol artificialmente coloreadas, así como la piedra de variadas tintas, la superabundancia de columnas de alabastro, los baños espléndidos en el interior de las casas, los surtidores cuyas aguas caían en estanques de plata, el uso del cristal tan frecuente en los decorados y que servía de revestimiento para las paredes y al suelo algunas veces, los techos que se perdían en los espejos, las placas de bronce dorado ó de plata y oro, adornadas á las veces de piedras preciosas, los comedores que tomaban diferente aspecto en cada plato, merced á verdaderos cambios de decoración, que se verificaban por medio de trampas movibles. Todos estos rasgos de inaudito fausto, llevado al extremo en la famosa casa de oro de Neron y en el palacio de Calígula, se han recordado más de una vez; pero el autor alemán ha sabido elevarlos á más alto grado de precisión y formar con ellos un interesantísimo cuadro. Pocas veces se habían descrito tantas particularidades curiosas de las *villas* romanas. ¿Qué comentario más instructivo podría desearse para la frase que aplica Salustio á los ricos contemporáneos de Catilina *ædificant mare*?

¿Nos detendremos otra vez en las razones justificativas que alega Friedlander? ¿Admitiremos por ventura que se ha sobrepujado el lujo romano en lo referente á los jardines y á las casas campestres porque los parques ingleses son más extensos, porque tenemos estufas, que no conocieron los antiguos, porque toda clase de plantas y flores nuevas ó de variedades en el cultivo han venido á aumentar los productos de la horticultura romana? Seguimos creyendo que lo ficticio, á pesar de su considerable importe, absorbía mayores gastos entre los romanos opulentos en esos jardines tan sábiamente contruidos, llenos de estatuas, de grutas artificiales, de aguas costosamente traídas, de accidentes del terreno laboriosamente hechos. Nos parece que no es posible comparar el fastuoso mobiliario de las opulentas *villas*, con el lujo sólido y rara

vez extravagante de las grandes mansiones inglesas. Apela-remos, en caso de necesidad, al autor mismo, á los precios exorbitantes que cita, á los datos que suministra sobre la belleza y el valor de esas mesas revestidas de citro y que descansaban en piés de marfil, de esas camas incrustadas de nácar ó adornadas de oro y plata, cubiertas de tapices de Babilonia, de esos vasos de bronce corintio, de esos candelabros de Egina, de esos aparadores llenos de vagillas de plata, etc. Habla, por ejemplo, de vasos que costaban 82.000 francos, de un cucharon de cristal de roca que valia 40.000 aproximadamente, etc. No eran raros estos casos en la aristocracia y ellos evidencian, á nuestro juicio, esa mayor intensidad del lujo, contra la cual nada pueden argumentos como los que siguen: que la masa de objetos de plata es mucho mayor en el mundo moderno, gracias al descubrimiento de América; que es mayor entre nosotros el número de las personas que tienen muebles elegantes y de algun valor; que hay más fincas rústicas, y que las hermosas casas de campo son hoy más numerosas. No prueba esto que el rebuscar lo poco comun y lo más caro, lo magnífico, lo extraordinario para ir á parar muy á menudo en lo colosal, lo extraño, lo monstruoso, no es mayor en esa sociedad romana, que arrastran á tales excesos todos los estimulantes, que tiene todos los medios de entregarse á ellos, y que no logra refrenar ninguna fuerza religiosa y moral.

II.

El extenso estudio que consagra el autor de *Las costumbres romanas* á las artes y á algunas de sus grandes aplicaciones, bastaria por lo demás para demostrar cuánto importaba en la vida antigua la pasion del ornato. Le preocupa con razon el carácter práctico del arte en ese pueblo que era á un tiempo afecto á lo grandioso y de un génio eminentemente positivo. De aquí que sea la arquitectura el arte romano por excelencia. Las colonias y los municipios tuvieron como la misma Roma sus termas, sus teatros, sus circos y sus anfiteatros, sus plazas públicas adornadas de templos y de pórticos. Frie-

Friedlander muestra la participacion que tenian en estas construcciones de que se enorgullecian las ciudades cuantos ejercian autoridad ó poseian riquezas. Nos hace ver la parte que correspondia á particulares opulentos como Herodes Atico, á las ciudades mismas, á los emperadores. Aquellas obras magníficas y útiles, ora tienen el carácter de soberbias creaciones, ora el de espléndida reparacion. La escultura ocupa un lugar muy distinguido en la vida del romano del período imperial. Nuestros museos, que se enriquecen constantemente con sus ricos despojos y que proveen con inagotable fecundidad indagaciones incesantes, atestiguan el relevante mérito de muchas de esas obras. No puede evaluarse, sin embargo, la importancia de la estatuaria y de la escultura en la vida romana por la perfeccion de los bustos, por la belleza de algun fragmento de estatua. Trata de evaluarla Friedlander fijándose en el empleo de esos materiales baratos y en esas aplicaciones más vulgares que revelan hasta qué punto era, no solo una aficion, sino una necesidad general. Se prodigan los adornos en estuco, las esculturas en yeso, la arcilla compuesta de modo que adornase las columnas, las ventanas, las canales, los frisos destinados al adorno interior y exterior de las paredes. La pintura decorativa se asociaba á estas obras; se aplicaba, ora por medio de un solo color ó de muchos, á los bajos relieves, á la ornamentacion esculpida, á veces á los fronteros de los edificios, á los monumentos fúnebres. Mientras se prodiga la escultura para multiplicar las estatuas de celebridades locales, la pintura se emplea en toda clase de vistas útiles con un grado de realismo de que no se tiene idea, fingiendo á los sentidos de la multitud las batallas que acababan de librarse, las luchas de gladiadores que más éxito habian obtenido, los crímenes que hacian más ruido, de un modo tal, que estas representaciones pictóricas eran puestas á la vista de los jueces de todos los tribunales. Un tribuno quiere convencer al pueblo de que vive Lúculo voluptuosa vida, y ofrece á las miradas una pintura que representa la casa de campo Tusculana de ese personaje. Galba quiere que se decidan los soldados á marchar sobre Roma, y reúne los retratos de todas las víctimas de Neron. Por lo demás, destruíase inmenso número de está-

tuas y retratos. Siempre acontecía lo mismo con las imágenes imperiales multiplicadas por la lisonja, el miedo ó una efímera popularidad. ¿Quién ignora con cuánto furor y cuántos ultrajes eran destruidas en el momento de la caída? La mitología romana favorecía también de un modo increíble la multiplicación de las representaciones plásticas en los templos y en el domicilio de simples particulares. Millones de talleres hallaban trabajo y estaban repartidos entre cierto número de ciudades, aunque este género de trabajos tuvo también grandes centros. Friedlander suministra abundantes datos de lo que llama industria artística. Cuenta y describe los diversos gremios que esta formaba, calcula en lo posible los salarios, saca partido de todos los documentos que existen todavía y pueden darnos cuenta de las costumbres de esas diferentes clases de obreros, ocupados en satisfacer la inmensa demanda de objetos decorativos suscitada por la rareza, la curiosidad, la afición á coleccionar, la superstición, el gusto histórico, la imitación de los que tenían más por los que tenían menos, y últimamente, por la fuerza de la costumbre, que aumentaba con la duración y se hacía cada vez más imperiosa.

III.

Después de haberse informado del papel que representaban en los usos y costumbres las distintas artes, el autor de *Las costumbres romanas* investiga cuál es el lugar que ocupaban las ideas y las creencias y también esa otra forma del arte que denominamos *bellas letras*. Lo que dice sobre este último asunto podría titularse «Influencia moral y social de la literatura durante el imperio.» Abundan curiosas pruebas de la importancia que adquirió la poesía en la educación literaria y aún en la de las mujeres. Se aprendían de memoria trozos de los poetas modernos, aunque se reservaba la parte principal á los poetas antiguos como Virgilio y Horacio. Estuvo en moda durante algunos años el gusto arcaico, veíanse admiradores exclusivos de Ennio, de Lucilio, de Acio, de Plauto, de Caton, y estos celosos partidarios del gusto antiguo hablaban con desprecio de Séneca, Lucano y los otros innovadores.

Aparentaban hacer caso omiso de Virgilio, Tito Livio, Horacio y los otros clásicos. Fronton, preceptor de Marco Aurelio y de Luciano Vero, deja de nombrar con visible afectación á los grandes poetas del siglo de Augusto en su correspondencia, que está llena de citas poéticas. Mas no pudo impedir esta manía que las nuevas reputaciones prevalecieran. Era natural que agradasen extraordinariamente poetas como Marcial y Estacio. Tenían que volver por lo demás á los clásicos, cuyo éxito duró siglos. Volvió á encontrar Virgilio después de su muerte esa popularidad que le persiguió en vida cuando visitaba á Roma, obligándole á sustraerse á la entusiasta curiosidad de la muchedumbre y á buscar refugio en una casa cualquiera. La *Eneida* estaba en todas las manos, mejor dicho, en todas las memorias, era casi tan leída como debía serlo la Biblia andando el tiempo, y el gran poeta contaba supersticiosos que en momentos difíciles creían, abriendo sus libros la azar, poner la mano en el trozo más adecuado al estado de su alma ó á la naturaleza de las cuestiones que les preocupaban.

Admira el número de personajes célebres que se rindieron á la manía versificadora: Annio Polion, Mesala, Mecenas, hicieron versos; los de Mecenas estaban escritos ampulosamente y eran de un gusto pervertido. Augusto hizo también muy medianos versos. Tiberio escribió poesías griegas, odas y elegías en latín, y escribió también en tono festivo. Germánico supo encontrar para la poesía algunos ócios. Sabido es que Neron se creía un gran poeta y un gran músico, y si Tácito pretende que le faltaba talento por completo, Suetonio sostiene á su vez que lo tuvo, y sobre todo que fué en efecto el autor de obras atribuidas por otros al ingenio de amigos complacientes. « Marcial, dice con este motivo Friedlander, Marcial, que generalmente hablando, trata muy mal á Neron, hace justicia á sus poesías; algunos versos conservados casualmente, en que describe Neron el curso del Tígris que se pierde subterráneamente para no aparecer otra vez sino muy lejos, dan al ménos testimonio de habilidad para versificar.» El mismo Domiciano versificó en su juventud y Neron también. Causa ménos sorpresa ver á Adriano, naturaleza de artista, inteligencia brillante y flexible, manejando

hábilmente el verso y la prosa. Elio y Lucio Vero se ejercitaron también en la poesía. Lo propio aconteció con Alejandro Severo, de ingenio y alma tan cultos, y con varios de sus sucesores.

Tuvieron resultados particulares estas aficiones literarias que formaban parte de la vida social. Tales fueron el desarrollo que alcanza el comercio de libros, la fundación de bibliotecas públicas, la costumbre de recitar las obras nuevas, una distinción honorífica completamente nueva, la coronación de los poetas. El autor expone bien el uso y el abuso de estas lecturas públicas, que cuando se verificaban en presencia de un numeroso auditorio, suponían no pocos *alabarderos*, que constituían un personal organizado y retribuido. Nos da también cabal ideal de la protección que á los escritores dispensaban los emperadores y la alta aristocracia, aunque no siempre quedaba en buen lugar la dignidad de los poetas, y harto lo demuestra el hecho de que Marcial nada ménos, hizo á su musa mercenaria de todos los ricos y lo tuvo á gala sin que una mendicidad semejante pudiera ponerle al abrigo de la escasez, y también el ejemplo de Estacio, talento noble y solemne que no vacilaba en trabajar por encargo y encontraba versos para todas las circunstancias, alegrándose de todos los matrimonios y llorando sobre todos los sepulcros. El *dilettantismo* reinante podía erigir sin duda á los poetas del momento en objetos de las simpatías públicas, pero no bastaba á procurarles el bienestar y la riqueza.

La sociedad romana hacia mejor las cosas cuando se trataba de sus retóricos y sus sofistas, á condición de que demostraran un talento verdadero. La elocuencia, ó su sombra, seguía siendo, en el fondo, una pasión de ese pueblo envejecido, que no cesaba de deleitarse en los ejercicios, muy á menudo pueriles, de esos juegos de palabras sobre asuntos imaginarios y de extravagante sutileza.

La situación religiosa da lugar á que aborde el autor una cuestión que no carece de novedad. Se pregunta hasta qué punto subsistía una fé seria en el paganismo, así en las clases ilustradas como en las populares. ¿Daremos crédito, sobre todo, á lápidas y *ex-votos*? Pero si así fuera, ¿quién no nos

creería santos en presencia de nuestras inscripciones? Si os ateneis solamente á ese testimonio quedareis convencidos de que subsistia la devocion pagana en las épocas de más renombre por su indiferencia ó su incredulidad. Si consultais la literatura, ¿no es verdad que respecto de aquellos tiempos lo mismo que de los presentes, se desprende entónces una impresion contraria? Y sin embargo, quizás ha sorprendido demasiado el aspecto irreligioso de esa literatura. Si la estudiamos desde el reinado de Augusto hasta el último de los Antoninos, ¿no nos ofrece una prueba de la persistencia mayor de lo que generalmente se cree, que es fuerza reconocer en la fé pagana, ya bajo formas supersticiosas y populares, ya bajo formas filosóficas que sutilizan esa fé y la trasforman elevándola? ¿No hubo, de parte de los hombres ilustrados, en su modo de considerar la religion, más que esos altivos y calculados favores, propios de los que solo ven en ella un *instrumentum regni*? No carece en verdad de representantes este último punto de vista. Estrabon decia que es imposible traer á la virtud y á la fé por medio de la instruccion filosófica la masa de las mujeres y la del pueblo, y que es necesario hacer que obre en ellas el temor de los dioses, y que para esto se necesita que haya leyendas y narraciones milagrosas. Las teorías de Epicuro, cantadas y puestas en moda por Lucrecio, habian contribuido tambien á propagar este espíritu crítico, hostil á menudo, que puso en oposicion la moral y la religion. Y sin embargo, ¿no enseñaba el epicurismo la existencia de dioses innumerables, abriendo la puerta á la supersticion, á esa supersticion que maldijo con tanta energía? Seguíase que las gentes instruidas se arrojaban en masa á esa incredulidad burlona, cuyo tipo, más atrevido é ingenioso, se suele encontrar en Luciano. Al terminar el siglo primero, y en el segundo sobre todo, prodújose una especie de reaccion religiosa. Se ven sus huellas en Tácito: el gran historiador expresa más de una vez su antipatía contra todo lo que tiende á descuidar el culto nacional y al desprecio de los dioses: cree en los avisos sobrenaturales y en los presagios. ¡Cuán mezclados están en Quintiliano la creencia en los dioses antiguos y la fé en un Dios Padre y creador del

mundo! ¡Qué confianza en las predicciones, en los oráculos y en las señales! Plinio el mayor es una excepcion en ese mundo de sábios y literatos por su afirmacion tan firme de una incredulidad que reduce Dios y los dioses á un puro naturalismo, y sin embargo, él reconoce tambien la utilidad de la fé en el divino gobierno de las cosas humanas. El efecto de esta creencia es inspirar á los malvados un saludable temor, impedir que bajen al nivel de los animales los hombres que ningun freno retiene en la pendiente de sus más bajas pasiones. Al lado de las sectas filosóficas que inclinan ó que empujan hácia la indiferencia, como las que procedian de Aristóteles, hay otras que tendian sistemáticamente al despertar y á la restauracion de las antiguas creencias por medio de una metafísica más ó ménos sábia. Tales fueron ciertas sectas estóicas y las diversas escuelas platónicas en sus esfuerzos para reconciliar la fé popular y la filosofía. Las vemos distinguir del Dios supremo los dioses subalternos, admitir génios ó demonios como intermediarios entre la divinidad y el hombre, demonología refinada ó grosera, que no representa en esas filosofías un papel inferior al que tiene en las religiones orientales. Plutarco, Apuleyo, Máximo de Tiro han enunciado con toda clase de desenvolvimientos ingeniosos ó sorprendentes estas singulares opiniones. Lo maravilloso abunda en los cuadros y narraciones que nos presentan; prueba evidente del lugar que ocupaba en los hábitos intelectuales y en las costumbres. No son más que apariciones, curas milagrosas, consejos en el abandono, socorros en las tempestades debidos á génios bienhechores; ó por el contrario, lazos tendidos y malas pasadas jugadas por génios malignos, olvidando que un Dios supremo se reserva detenerlos y castigarlos en caso de necesidad. Ni se ha debilitado el imperio de la creencia en los sueños, cuya interpretacion ha venido á constituir un arte, cuyas reglas nos da Artemidoro en un sábio tratado. ¡Cuántas supersticiones, cuántas, se encuentran en Eliano! ¡Cuántas curas milagrosas debidas, no solo á las revelaciones traídas por sueños, sino á la directa intervencion de un Dios! Eliano cita el ejemplo de personas que, á pesar de su im-

piedad, han sido milagrosamente curadas y se han visto así obligadas á reconocer el poder de la divinidad que negaban. Tal sucedió con cierto Eufronio, que los vanos discursos de Epicuro hicieron caer en la impiedad. Padeciendo estaba una pneumonía y se sentía muy mal. Su familia hizo que lo trasportaran al templo de Esculapio, donde se durmió, y oyó luego una voz que decia: «Para este hombre no hay más salvacion que quemar los libros de Epicuro, amasar con cera húmeda la ceniza de esos libros impíos, sacrílegos y afeminados, untarse de esta pasta el vientre y el pecho, y envolver todo esto cuidadosamente en vendajes.» La familia hizo el emplasto, el enfermo se curó instantáneamente, y llegó á ser un modelo de piedad. ¡Y cuántos ejemplares de terribles castigos y no ménos milagrosos refiere el mismo autor! Hasta á los animales alcanzan. ¡Qué misticismo tan extravagante el de la obra del célebre retórico Arístides, las *Santas Oraciones*, compuesta el año de 175! Estando enfermo, toda su existencia parece girar en torno de los sueños que le envia Esculapio y que le manda consignar. Ordénale el Dios en uno de estos sueños que vaya al rio y se bañe en pleno invierno, cuando sopla el viento del Norte y hiela, lo cual le sienta perfectamente. ¡Y cuántas apariciones de Minerva que llega oportunamente para sacarle del apuro en medio de las circunstancias más críticas!

Friedlander se complace en oponer las pruebas de esta vitalidad del paganismo al espectáculo más generalmente conocido del escepticismo y el materialismo de esa época. Encuentra la prueba de esa vitalidad en la mezcla de los cultos orientales y la religion greco-romana, en la fuerza creadora del politeismo que no aparece agotado y que diviniza hombres, empezando por los emperadores. Multiplíquense las fundaciones piadosas, llénanse los templos de ex-votos, ofrendas destinadas á significar la gratitud de gentes que han recobrado la vista ó el oido. Entre otras inscripciones que lo atestiguan, cita el autor las que fueron descubiertas en las cercanías de Plasencia, donde tenia un santuario Minerva *Médica*. Una mujer da gracias á la diosa por haberla librado de una grave enfermedad con medicamentos que le hizo la merced de

procurarle; otra da cumplimiento á la promesa que hizo porque renacieran sus cabellos; un hombre hace ofrenda de orejas de plata por haber recobrado el oído; un esclavo del Pontífice ofrece una ternera blanca á la diosa en acción de gracias por haberle devuelto la vista; «estando desahuciado por los médicos, curó por merced de la diosa y uso de sus medicamentos.» Además de los dioses mayores, cuyo poder de curar extendiase al mundo entero, habia multitud de divinidades locales cuyo poder no traspasaba los términos de la comarca en que tenían su santuario. Y no se limitaban ellas á curar enfermos, pues se encargaban tambien de buscar y castigar á los ladrones, etcétera. En esos tiempos en que frecuentemente no se vé más que la decadencia del paganismo, comportaba la irreligiosidad, infamante nota y el completo descuido del culto estimábase como escandalosa rareza. En Atenas fué acusado el filósofo Demonax porque no se le veía en los sacrificios y por haber sido el único que no se inició en los misterios de Eleusis. Para vengarse de su acusador Sicinio Emiliano, no halló Apuleyo mejor medio que pintarle como un hombre que no dirigió nunca á un dios oraciones ni pisó un templo. En los dominios de este hombre sin religion no hay santuario ni bosque sagrado, y hasta se asegura que en toda la extensión de sus dominios no se encuentra ni una piedra rociada de esencias, ni una rama de árbol adornada de coronas.

El monoteismo no podia dejar de tener alguna parte en ese ensayo de reconstrucción religiosa. Si es verdad que parece dominar entre ciertos filósofos, está representado especialmente por la religion judaica y por la cristiana con diversidades ostensibles. Mientras el judaismo se aísla y se defiende enérgicamente sin tratar de propagarse, el cristianismo entra en escena con pleno conocimiento de su misión conquistadora. ¿Quién ignora, sin embargo, que durante todo el siglo I y una gran parte del II, el judaismo prevalece sobre el cristianismo naciente, de modo tal que las gentes en su mayoría solo ven en este una secta judía, notable sobre todo por su odio á los hombres, como decia Tácito? Esta confusión depende en gran parte del considerable número de judíos que andaban ya muy dispersos por el mundo desde los primeros

tiempos del imperio. Solo en Egipto eran un millon, ó sea más de una octava parte de la poblacion total. Se les encuentra en Asia, en Grecia, en Macedonia, en Italia. Su religion es señala al ódio no ménos que su costumbre de vivir en el retiro y la soledad. Corren acerca de ellos los más absurdos y odiosos cuentos. La circuncision y la abstinencia de carne de puerco les dan un carácter ridículo para el populacho, que los trata con la misma crueldad con que los tratan aún en ciertos momentos las poblaciones del Oriente con motivo de análogas acusaciones. Y sin embargo, el judaismo ejerce una influencia real en la situacion religiosa; numerosos adeptos imitan el descanso del sábado, los ayunos, varias prácticas del culto, varias virtudes de órden moral como el trabajo asídúo y la obstinada constancia en soportar el dolor. Hasta conversiones alcanzó el judaismo. Con los mismos rasgos precisos y sóbrios, el autor de *Las costumbres romanas* sigue los progresos, lentos en un principio, del cristianismo, en esa muchedumbre de pobres y desgraciados á quienes ofrecia consuelos inesperados y entre las mujeres cuyas almas y cuya condicion levantaba. Gracias á la misma elevacion de las doctrinas y á su misma austeridad, comienza en el siglo II á conquistar las cimas sociales. Se ha preguntado si ejercieron influencia las doctrinas cristianas sobre el espiritualismo filosófico y hasta qué punto fué ejercida. Friedlander tiende á limitarla. Las analogías que se han encontrado entre esas enseñanzas impregnadas de un nuevo espíritu de caridad y el estoicismo de la época del imperio se explican, segun él, por un progreso natural en la filosofía; no admite las relaciones que se han supuesto por tanto tiempo entre Séneca y San Pablo, lo cual es hoy indudable. Hallamos, por último, la huella persistente de esa vitalidad del paganismo, aún despues que Constantino puso la fuerza al servicio de la Iglesia cristiana. Bajo el hierro de las persecuciones y hasta en medio de esa guerra de exterminio de que era objeto el paganismo, conserva largo tiempo una parte de su poder y muere al cabo, no sin haber hecho que penetraran en el espíritu y subsistieran en las costumbres de las poblaciones algunas de sus más nobles creencias y de sus fiestas, que fueron consagradas por la nueva religion.

La obra termina con el estudio de la filosofía ética del mismo período. Asunto es este que muchas veces se trató y tal vez la atracción que ejerce, no de otro modo que el cuadro de la situación religiosa, arrastró al autor alemán fuera de los límites de la materia que en su libro se dilucida. No tarda, sin embargo, en volver á ella, y no cesa, en suma, de poner las ideas en relación con las costumbres. Aplícase de este modo á mostrar el lazo de la moral misma y de la religión politeísta en la sociedad de aquel tiempo. Cree que se ha exagerado mucho la influencia desmoralizadora de la mitología; según él, á pesar de la más lamentable mezcla, dominaba todavía la idea moral con la creencia en recompensas y penas distribuidas por los dioses en este mundo y en la otra vida. Eran los desórdenes morales privilegios del Olimpo, y era cosa admitida que prohibiesen los dioses, bajo severas penas, los delitos que ellos mismos se permitían. Otra idea que aparece puesta de relieve es la diferencia en el modo que tenían de comprender los fundamentos de la moral la antigüedad romana y las cristianas sociedades. Para aquella, como para los antiguos en general, formaba la moral, puesto que no había sido revelada, una ciencia puramente humana. Procede de aquí la importancia especial de la filosofía, que ocupaba de esta suerte el lugar de la religión, tanto más, cuanto que el hombre, lejos de considerarse caído en el pecado, tenía, en ciertas doctrinas al ménos, un sentimiento muy altivo y á menudo exagerado de su propio valer. Luchaba, es verdad, á la vista y con los auxilios de la divinidad, pero no se sentía unido á Dios como á su creador. No había mandatos divinos que impidiesen ó contribuyesen á atenuar las desigualdades sociales más injustas. Entre la religión cristiana y la filosofía moral de esa época subsisten las diferencias aun bajo la analogía de ciertos preceptos, como la renuncia, y carencia de necesidades y las exhortaciones para saber soportar los padecimientos. ¿Pónense límites por ventura bajo el imperio romano á esa importancia que adquirió la filosofía en la vida práctica y en la educación? Estaban las gentes penetradas de la idea de que no debía llevar demasiado lejos un ciudadano esos estudios especulativos, que traen consigo el alejamiento de la ac-

cion. El mismo Marco Aurelio fué objeto más de una vez de estas críticas. Los políticos sin escrúpulos miraban con temor á la filosofía por su mismo carácter moral, é inquietábanse de verla aliada, en los estóicos sobre todo, con el espíritu de libertad y con la oposicion á los emperadores. Perseguida más de una vez por la despótica autoridad que ejercian, les debió, sin embargo, sorprendentes alternativas de favor, tales como la creacion de cátedras públicas de filosofía por Adriano y la exencion del pago de impuestos decretada para ciertos casos por Antonino en provecho de los filósofos. El ejemplo de Marco Aurelio llegó á ponerla de moda un momento, y los alientos que recibió de Septimio Severo contribuyeron tambien á levantarla. Friedlander señala tambien lo que llama triple mision de los filósofos que enseñaban. Los sigue cuando preceptores y directores espirituales, los estudia en segundo lugar cuando directores de escuelas públicas, revelando los inconvenientes de esta enseñanza en presencia de la multitud, pues aquella tenia que corromperse por el amor á las frases y la sed de aplausos; nos muestra por último á los filósofos misioneros que iban de ciudad en ciudad predicando al pueblo la moral, como hicieron sobre todo los filósofos de la escuela cínica.

Recomendamos el estudio con que la obra termina y que tiene por objeto las creencias más generales á la sazón tocante á la inmortalidad del alma. Señálanse, sin duda, y el mismo autor reproduce las pruebas de una sistemática negacion de la vida ulterior, ya por sectas enteras, ya por escritores como Plinio que halla términos de vigor tan sombrío para expresar la aspiracion á la nada; cítanse, sin duda, curiosos epitafios en que se ostenta un materialismo resignado ó brutal y cínico, segun los casos. Lo que resalta en las investigaciones que constan en esta parte de la obra es que aun entre las personas instruidas, seguia obteniendo mayoría la creencia en la inmortalidad. Entre otras pruebas, no faltan allí tambien epitafios é imágenes estampadas en los monumentos fúnebres y que aluden del modo más claro, y algunas veces más conmovedor, á una vida futura. Con mayor razon encuéntrase resuelto el problema en el mismo sentido por las

masas populares en quien persiste fuertemente la idea mitológica de los infiernos. No insistiré en los testimonios que aduce en este intento el autor de la obra. Todos, ya directamente, ya de un modo indirecto, nos llevan á esta conclusion: la fé en la persistencia del sér humano. Gozaban las almas virtuosas de un estado de beatitud; condenados estaban los criminales á penas eternas, segun unos temporales, y purificadoras segun otros. El cuadro de la futura felicidad tiene, como ordinariamente acontece, ménos precision que el de los castigos, á no ser que se materialice groseramente. La fábula representaba estos castigos bajo formas en extremo sorprendentes y terribles, la rueda de Ixion, el tonel de las Danaides y tantos otros que aceptaba decididamente la popular credulidad. Tuvieron tambien los filósofos descripciones del infierno. Plutarco, que despreciaba, cuasi fueran cuentos infantiles, las ideas que comunmente se hacian los hombres á la sazón de los padecimientos de las almas despues de la muerte, ha hecho, sin embargo, una pintura de aquellas que ni tienen más verosimilitud filosófica ni detalles ménos atroces. Un muerto que volvió á la vida, llamado Tespesio, cuenta lo que vió en los infiernos, hasta las últimas particularidades. Es posible creerse trasportado á ellos, no de otra suerte que cuando se leen las descripciones de Virgilio y del Dante. La naturaleza, el grado de los castigos, todo, hasta el *color* de las almas, segun los vicios que expiaban y que cambia á medida que se acerca á su término la expiacion, está perfectamente indicado. Se vé en estas descripciones que los tormentos de la carne sobrepujan tanto á nuestros padecimientos actuales como la realidad al sueño. Almas entrelazadas como serpientes, devóranse entre sí. «Hay tres lagos, uno de oro fundido, otro de plomo enfriado y otro de hierro en bruto. Demonios, semejantes á herreros, sumergen en aquellos, con ayuda de ciertos instrumentos, las almas de los pecadores culpables de avaricia ó concupiscencia, y las sacan luego de la misma manera. Luego de calentarlos en el lago de oro hasta que enrojecen de tal modo que se transparentan adquieren la dureza y rigidez del pedrisco en el lago de plomo, ennegrecense y se secan despues en el lago de hierro, de modo que revisten,

despues de haber sido bien trituradas y aplastadas, formas nuevas para ser más tarde empapadas una vez más en el lago de oro. Durante todas estas metamórfosis, están condenadas á sufrir toda clase de tormentos sin nombre.

Sucede tambien con frecuencia que algunas que se creen ya libres del castigo vuelven para sufrir nuevos tormentos por solicitarlo las almas de sus descendientes que las acusan por haber tenido que sufrir en vida la expiacion de las fechorías de aquellas.» Por último, el narrador vé tambien las almas de aquellos que encerrados en cuerpos de animales, no logran salir de ellos para experimentar otras metamórfosis, sino por medio de espantosas penalidades. Tales eran las versiones que asaltaban la imaginacion de los filósofos que deseaban con avidez hallar la conciliacion de la razon y de la fé popular. La razon, alentada por esta esperanza, no retrocedia ante los más duros sacrificios. Confesemos que las formas de una fé tal, son materialistas, pero su fondo es esencialmente espiritualista, puesto que descansa en el dogma de la inmortalidad. No se confunde, por lo demás, como advierte el autor al terminar, con la fé que el cristianismo iba á infundir en el mundo. La inmortalidad está muy lejos de representar en la antigüedad un papel tan principal; influye mucho ménos en las costumbres, quizás sirve más bien para entristecer la vida que para consolarla. Mientras abre á los cristianos un cielo nuevo, llamado á ser el fin de una aspiracion llena de arranques y de un pensamiento fijo y consolador en la creencia de que sobrevive el hombre á sus mortales restos, dominan á los romanos más sérios y reflexivos la melancolía y la resignacion. Tal es la impresion, triste al cabo, que resulta de la más elevada solucion que dieron los sábios al problema del destino humano.

H. BAUDRILLART.

(Journal de Savants.)

LA ROMERÍA.



(TRADUCCION DE HEINE.)

I.

El hijo en el lecho está;
La madre junto al balcon:
—«Hijo, levántate ya;
Ahora mismo pasará
La solemne procesion.

—¡Ay, madre! ¡Madre bendita!
Crecen mi mal y mi cuita:
Ni oigo ya, ni puedo ver.
En la pobre Margarita
Pienso, y lloro sin querer.

—Toma el libro y el rosario.
Vendrás conmigo al santuario
De la Virgen pura y bella,
Y quizás obtengas de ella
El alivio necesario.»

Y avanzan al grave son
De triste lamentacion
Cruces, banderas sin fin;
Y á Colonia sobre el Rhin
Va la santa procesion.

La madre amorosa y pia
Marcha en pos, y con afan

Al hijo sostiene y guía,
Y todos cantando van:
«¡Gloria á vos, Santa María!»

II.

Hoy la madre del Señor
Viste su manto mejor,
Y hacienda pesada tiene:
Un tropel conmovedor
De enfermos al templo viene.

Y con devocion sincera
La multitud lastimera
Se acerca á depositar
Brazos y piernas de cera
En su milagroso altar.

No la implora nadie en vano:
Quien le consagra una mano
La suya curada ve;
Y si es un pié, bueno y sano
Se va por su propio pié.

Alguien con muletas vino,
Que en la cuerda brinca ya;
Y hay manco—¡poder divino!
Que tañendo en el camino
La vihuela, volverá.

La madre, de blanca cera
Hizo al punto un corazon:
«—¡Hijo, la Virgen te espera,
Llévale esa ofrenda, y quiera
Tener de tí compasion!»

El hijo suspira en tanto;
Toma el ex-voto, y sin calma
Penetra en el templo santo;
De sus ojos brota el llanto
Y estas palabras de su alma:

«—¡María! ¡Reina y Señora

De los cielos! ¡Bienhechora
Madre de Dios! escuchad
A un desgraciado, que implora
Vuestra infinita piedad.

Con mi madre, que aún contemplo,
Vivia, de dicha ejemplo,
En Colonia, ciudad santa,
Donde á cada paso un templo
Magnífico se levanta.

Nuestra vecina ¡ay Dios! era
Margarita, y muerte fiera
Hirióla sin compasion:
Traigo un corazon de cera;
¡Curad vos mi corazon!

Curad vos el alma mia,
Y con religiosa fé,
Sollozando noche y dia,
Sin cesar repetiré:
¡Gloria á vos, Santa María!

III.

El hijo y la madre amante
En su cuarto se han dormido;
Y la Vírgen, al instante,
Aparece deslumbrante
Y entra sin hacer ruido.

Inclínase sobre el lecho;
Al enfermo infeliz mira;
Pónele la mano al pecho,
Y su intento satisfecho,
Dulce y lenta se retira.

Todo, en vision trasparente,
Lo vé la madre, y más vé,
Y despierta de repente:
¡Ay! ¿Por qué ladran, por qué,
Los perros tan tristemente?.....

Pálido, rígido, yerto
Está el hijo, ¡el hijo muerto!
Y la renaciente aurora
Con su fulgor, áun incierto,
Su blanca frente colora.

Y ámbas las manos juntando
La madre amorosa y pía,
Con acento triste y blando
Cae de rodillas, cantando:
¡Gloria á vos, Santa María!

TEODORO LLORENTE.



LA RELIGION DEL POSITIVISMO

POR UN TEÓSOFO

Entre los varios modos de invertir el tiempo, es uno de los mejores de malgastarlo el sostener controversias. El antagonista se confirma más en su opinion por lo que se le dice en contra. Los lectores, si es que hay lectores, no sacan en limpio otra conviccion que la que tenian ántes de empezar á leer, á saber: que hay mucho que decir por ámbos lados. Ningun escritor quedó jamás convencido por escritos que no fueran suyos. Como el soldado de un ejército democrático, el controversista es peligroso, en primer lugar, para su propia causa. No hay provincia mas estéril en los reinos de la imprenta, que la de *respuestas y réplicas*.

Plenamente convencido del ningun provecho de la tarea, ofrezco las siguientes observaciones sobre la religion del positivismo. Me acometieron estos pensamientos leyendo el artículo de Mr. Frederic Harrison en el número de la *Contemporary Review*, correspondiente al pasado Noviembre. Deseo darles expresion en una forma tan agena á la controversia, cuanto la naturaleza del caso lo permita. El objeto de expresarlos de un modo ú otro, no es provocar una *respuesta* de Mr. Harrison. Y como apreciacion de la religion de Comte, estas observaciones serán necesariamente imperfectas. A lo más que pueden aspirar, es á llamar la atencion sobre el antagonismo entre dos opiniones tocante á religion: una que considera la religion como asunto propio completamente de la conciencia individual; otra que la considera como asunto que incumbe por entero á la regulacion social. No trato de refutar, sino de examinar.

La crítica que aquí se ofrece es verdaderamente hostil al comtismo, pero está completamente motivada por el respeto debido á la forma del pensamiento criticado. No escatima Mr. Harrison el escarnio, la mofa y el sarcasmo para los *teósofos*; mi consideracion personal hácia el escritor, bastaria ella sola para abstenerme de emplear esta especie de argumentacion. Pero hay aún más; encuentro que el positivismo es fenómeno demasiado interesante y trascendental para excitar sentimientos que no sean los de un ansioso deseo por descubrir lo que es, y en qué terreno se mantiene.

Seria contrario á la verdad decir que el positivismo ha merecido poca atencion en este país. La posicion de Mr. Harrison y sus amigos es claramente muy notoria. En el bullicio y estruendo de la vida inglesa, y más especialmente de la de Lóndres, en «el tumulto de iglesias, senados y academias», en donde por todas partes hay choque de credos y colision de filosofías, que cada una llama la atencion de un fatigado y negligente público, no es poco que un puñado de discípulos aplicados de Augusto Comte consigan que se les escuche siempre. Pero, despues de todo, la atencion que excita el positivismo está confinada al círculo relativamente estrecho de las gentes ilustradas. No puede decirse que se haya abierto camino todavía hasta el mundo exterior. Tómese como medida de la influencia del positivismo la extension de la alarma difundida recientemente en toda Inglaterra de punta á punta por el alerta contra el vaticanismo. El ultramontanismo, ó la organizacion del poder clerical contra la sociedad moderna, es un peligro inminente y sério que es patente para todos nosotros. De supersticion dormida que era, y que creíamos derrotada, se ha convertido el catolicismo en fuerza agresiva y amenazadora. Tiene detrás millones de creyentes hereditarios. Está armado en España (1), amotinado en Italia, rápidamente avanzando en la reconquista de Francia, y pone en actividad á la fuerza entera de la Alemania protestante para tenerlo á raya. Insignificante es el área ocu-

(1) Se refiere el autor al ejército carlista, felizmente derrotado ya, y arrojado de sus últimas trincheras.

pada por la doctrina positivista comparada con la influencia por todas partes extendida de la Iglesia católica. Y con todo, á despecho de este papel actualmente restringido que desempeña el positivismo en la escena pública, no es imposible que una inspección filosófica de los destinos humanos, que pretendiera prever el porvenir, pronunciara que la perspectiva del positivismo era de mayores esperanzas que la del catolicismo. Porque el catolicismo, dominante como es y amenazando extenderse, pertenece esencialmente al pasado. Los elementos de que está compuesto, son ya materiales gastados de los cuales ha desaparecido el jugo de la vida. Esto está en la conciencia de sus jefes. Saben que la esperanza de retener las generaciones que van creciendo, consiste en conservarlas en la ignorancia. Por esta razón se agitan tanto para establecer escuelas y universidades propias, esto es, escuelas y universidades en las cuales ha de quedar excluido el conocimiento. El positivismo, por otro lado, reclama el porvenir como suyo. El progreso es una parte importante de su ostensible programa. Se ofrece á sí mismo como la encarnación de todo lo que ya se sabe que puede ser beneficioso para la sociedad. La ciencia de los fenómenos sociales, con los estudios preliminares de biología y física, es su sustancia. Léjos de ser *conservador* como Mr. Harrison querría representarlo, es en el más alto grado innovador y revolucionario, puesto que organizaría la sociedad sobre la base del conocimiento en vez de la de los usos y tradición como actualmente. Si las ideas continúan progresando como en los últimos doscientos años, el porvenir está asegurado para el espíritu positivo. La única condición de cosas que quitaría al conocimiento, y al positivismo que está identificado con el conocimiento, la supremacía, es la fuerza. La fuerza bruta solamente puede ser organizada para que se supedite el conocimiento y se sirva de esta suerte á alguno de los diversos intereses de la sociedad moderna, tales como el catolicismo ó el proletariado comunista.

Si las comunidades europeas pueden ser garantidas contra la fuerza, es imposible no deducir del progreso del pasado la conclusión de que la ciencia, el conocimiento, las leyes de la naturaleza harán cada vez más camino y llegarán á ser la in-

fluencia preponderante en todos los países civilizados. Observa sutilmente Comte que si investigamos cualquier fenómeno social, encontraremos convergencia de todos los contemporáneos y de todas las anteriores generaciones dentro de ciertos límites geográficos y cronológicos, y que estos límites se ensanchan conforme avanza el desarrollo de la humanidad. En todos los fenómenos sociales, la participación de nuestros predecesores es mayor que la de nuestros contemporáneos. El positivismo es la expresión articulada de esta continuidad.

Con tales pretensiones de presuntos herederos del porvenir, disculpable es en los discípulos de Comte que hayan atribuido á sus propias manifestaciones más importancia de la que el mundo les ha acordado hasta el presente. Verdaderamente se vé por lo general en el tono que emplean un acre sentido de menosprecio. El comtismo no hace camino en Inglaterra. No alista adeptos á millares, ni siquiera á centenares. No demuestra ese síntoma de vitalidad inferior solo al triunfo, que consiste en ser el blanco del denuedo general. Encuentra por igual poco amor y poco ódio. Mientras que el grito de *vaticanismo* es como la voz de *fuego*, el mundo de los *clubs* y la sociedad respetable se sonrien con sereno desden ante las pretensiones del positivismo. La fé de los pocos sublimes fanáticos acaso permanezca inalterable ante la apatía del público inglés. Pero Mr. Harrison no es un fanático. No vive en un paraíso lógico; está en este mundo y á él pertenece. No puede darse por contento con encerrarse en el santuario interno del templo de la *Humanidad*. No es para él bastante acariciar la secreta confianza de que dentro de doscientos años el altar de la catedral de Milán será servido por el Gran Sacerdote de la *Humanidad*; desearia ardientemente realizar un pequeño progreso ahora. Sus artículos en la *Contemporary* han intentado, por consiguiente, recomendar al comtismo por su lado popular. El positivismo necesitaba hasta estos momentos una presentación superficial; ha sido demasiado técnico y escolástico. Solamente lo que abultan los libros de Comte es ya repulsivo. Menudean con demasiada frecuencia en sus páginas las palabras terminadas en *ología*. Hasta en la cuidada y escolástica traducción que se está dando ahora al público in-

glés, cuesta trabajo y es difícil leer á Comte. Las mismas palabras *ciencia* y *filosofía* son suficientes para apartar á todas las mujeres y á la gran mayoría de los hombres de seguir más adelante en sus investigaciones. Saben que estas cosas no son para ellos. Pero si se les pudiera demostrar que lo que se les ofrece en el positivismo no es conocimiento, sino fé; no es ciencia, sino una religion; no ideas revolucionarias, sino un sólido sistema conservador, podrian todavía prestar voluntario oído. Si no tienen que esforzarse en comprender, pueden estar más prontos á hacerse adeptos. Si el llamamiento á los *escribas* y *fariseos* resulta vano, el positivismo irá á las calles y callejuelas y hará conversos entre los coros del campo, por cuyo *Hallelujah Salem* siente Mr. Harrison un desden supremo.

Porque la irritacion de los discípulos comtistas no se manifiesta contra el público en general, al cual Mr. Harrison dirige su último llamamiento; es un círculo mucho más reducido é íntimo el que tiene que soportar el peso de su animosidad. El menosprecio del público es tolerable, porque la cosa es realmente demasiado abstracta y remota para la comprension pública. Pero el sistema comtista ha sido examinado y dado de lado por todos los pensadores dignos de consideracion de la época. El comtismo pretende ser el resultado final de la ciencia, la última filosofía, y todos los hombres que han sido educados científica y filosóficamente no lo quieren. De aquí la mala voluntad que no puede reprimirse y que estalla de vez en cuando contra la ciencia moderna. El ódio de los comtistas contra todo lo que puede llamarse intelecto iguala al del carlista español ó al del legitimista francés. Comte tiene continuamente en su pluma la palabra *progreso*, pero jamás cesa de denunciar al espíritu crítico, al intelecto analítico que ha sido en toda la historia el único instrumento de progreso. Nadie ha comprobado mejor y más señaladamente que Comte el enérgico dicho de Hobbes: «cuando la razon está contra un hombre, él estará contra la razon.»

La religion y el arte de gobernar de Comte han sido desechados por todos los que piensan; pero, como ya he dicho, no han hecho caso omiso desdeñosamente. Si, no obstante,

es verdad que no han encontrado toda la atención debida, no es difícil averiguar la causa. Es porque el sistema ha sido predicado como una revelación, y no ofrecido como materia para la consideración y la discusión. Es una gran desgracia para un maestro imaginarse profeta, y creer nuevo evangelio sus palabras. Siempre que así sucede, no puede satisfacerle la atención que encuentra. El maestro no inspirado cree que tiene algo que decir digno de la atención de los hombres. Está más enterado; ha hecho del asunto un estudio especial; ha tenido oportunidades excepcionales y ha podido llegar así á una opinión justa, donde otros antes que él se equivocaron. Pero la diferencia entre el razonador filosófico y el profeta estriba en que el razonador no dogmatiza. No os entrega una fé completa que ha de extirpar todo lo que sabeis ó lo que creéis saber. Ofrece á vuestra consideración razonamientos. Su actitud no es la de un catedrático, sino la de un semejante. Sabe que entre los hombres «no es muy comun la superioridad personal muy marcada» (1), que un hombre puede saber una cosa mejor que otros, pero que no puede saberlo todo. Se presenta con su parte al gran almacén de los conocimientos. Se manifiesta pronto á dar y á tomar. Cuando mutuamente os habeis declarado vuestros pensamientos, podeis descubrir que ámbos teniais razón en parte y estábais en parte equivocados, y os pondreis de acuerdo en una conclusión verdadera, juntando vuestros resultados y descartando mutuamente los errores. Pero el predicador comtista os aborda, no como dialéctico filosófico, sino como vuestro superior clerical. Exige á vuestra inteligencia que se rinda á discreción. Nada tenéis que pensar, tenéis que creer. La verdad que ha estado oculta para las previas edades, atended, yo, Augusto Comte, la he descubierto. Teneis que aceptar las sentencias de Comte *expositor autorizado en Inglaterra* (2). Si no lo haceis, sois denunciado como *anarquista*. Si pedís razones, eso es *latitudinarianismo, misticismo, teosofía, ateosofía, ateismo; estéril, cruel y discordante himno de ciencia y libertad*. Cuando el após-

(1) Comte, vol. I. p. 288.

(2) *Contemporary Review*, p. 1.007.

tol comtista se nos presenta con tan sobrehumana pretension, es imposible que le hagamos acogida que le satisfaga. Se nos exige la rendición absoluta de la inteligencia. No quiere probar ni ofrecer razones, quiere dominar; *Mitis depone colla, Sicamber*. No estamos preparados para someternos á esa exigencia. Hablo como la generalidad de los pensadores. Mi actitud como tal hácia cualquiera que enseña es la de deferencia respetuosa. Si ofrece proposiciones que yo puedo comprender, las examinaré con un honrado deseo de ver si son verdaderas, si pueden corregir ó reformar en algun punto mis opiniones personales. Yo no estorbaria ni perseguiria á nadie que enseñara voluntariamente, si tuviera el poder de hacerlo. Yo no me burlaria, ni me mofaria, ni le haria oídos sordos, cosas que están dentro de mis facultades, pero que seria indigno. Yo adoptaré agradecido lo que puedo recibir. Lo que no pueda admitir, lo dejaré á un lado respetuosamente, estando siempre dispuesto á dar las razones por las cuales no puedo adoptarlo. Escucharé á Comte, como escucharé á Mill, Hamilton, Bain ó Lewes, mas no de otro modo. Si esto es *individualismo* y *latitudinarianismo*, forzoso me es entónces sufrir el oprobio de ser motejado de individualista y latitudinario.

Este es el único proceso lógico por el que la verdad puede pasar de la enunciacion á la adopcion general. Y en este caso, el proceso lógico ha sido tambien el proceso histórico. Toda verdad científica en física, política y artes ha avanzado de este modo por sus propios peso y mérito intrínseco, desde el gabinete del solitario pensador, al conocimiento y adopcion de todos. Por este proceso se ha hecho el progreso en Europa, y por el mismo el espíritu positivista se ha abierto lentamente su camino entre las naciones de Occidente. El positivismo está obligado por esta ley de progreso, más que cualquier otra forma de pensamiento, por ser la vanagloria del positivismo, ser meramente ciencia. No contiene mistura de lo imaginativo ni de lo metafísico. Descarta todos los conceptos que no corresponden á realidades actuales y «positivas.» Nada supone y sienta solamente aquello que es. Su elevada mision es fundar una base objetiva para la accion del hom-

bre en las leyes del mundo exterior y de la naturaleza humana, la única base que puede sujetar la oscilacion de nuestras opiniones, la versatilidad de nuestros sentimientos y la inestabilidad de nuestros propósitos (1). El tiempo y la difusion del conocimiento es cuanto se necesita para asegurar la victoria final al espíritu positivista así entendido. Si la pasada experiencia de nuestra civilizacion es suficiente para garantizar una inferencia en cuanto al porvenir, el conocimiento positivo poseido en comun por la raza humana ciertamente habrá de ser cada vez más el único regulador de la accion humana en la gran escala de política, legislacion y diplomacia.

Pero este adelantamiento secular del conocimiento, esta ascendencia gradual del espíritu positivo, es proceso demasiado lento para satisfacer á los discípulos del positivismo. La verdad, paulatinamente arrancada de la naturaleza por descubrimientos laboriosos, negada, contradicha, disputada y saliendo lentamente de la discusion en las escuelas científicas á la luz del dia; esta es una operacion que acaso interese al filósofo, pero para la cual es demasiado independiente el temple del discípulo de un credo. Hay otro método por el cual han sido difundidas las ideas en el mundo mucho más rápidamente. El mismo registro histórico que nos enseña la penosa marcha hácia adelante de la ciencia, tambien nos descubre los maravillosos anales de la propaganda religiosa. En la historia de las religiones vemos cómo la opinion condensada en un credo se ha esparcido de tiempo en tiempo sobre grandes extensiones de la tierra con la rapidez del fuego griego. No contento con tomar un puesto en el rango y catálogo de los sábios y buenos de todas las edades, Auguste Comte aspiraba á hacerse el legislador de una escuela, el fundador de una religion nueva. Pensaba él que la ciencia positiva, convertida en un sistema de doctrinas y predicada por un bando de entusiastas discípulos, tendria una carrera que le era imposible recorrer simplemente como verdad. Es una desgracia que los medios empleados para la más veloz propagacion de la agencia civilizadora del conocimiento se hayan

(1) Comte, I, 318.

convertido en nuevo obstáculo para el progreso. Ninguna inteligencia humana es capaz de abrazar y codificar toda la verdad. No ha de negarse que la verdad es uniforme y consistente. Pero al mismo tiempo es tan compleja, y tiene tantos lados, que tan pronto como se la sistematiza se la estropea. Todos los sistemas de filosofía son, como sistemas, falsos, porque son inadecuados. La extravagante pretension del positivismo á servir para el conjunto de la ciencia es refutada por el adelanto anual del descubrimiento y por las modificaciones introducidas por pensadores sucesivos. Pero esto es poco. El gran error de la escuela positivista es transformar la verdad en una doctrina y rebajar la ciencia á una opinion. La verdad que no lleva dentro de sí su propia evidencia puede merecer asentimiento, pero deja de ser conocimiento. Hacer la ciencia por prosélitos es una contradiccion en los términos; es como demostrar un teorema geométrico por argumentacion retórica. La ciencia necesita hacer su propio camino; puede solamente establecerse en virtud de sus propios derechos intelectuales. Tan pronto como sea adoptada por motivos colaterales, es decir, tan pronto como se la convierte en una «doctrina,» ha abdicado, y la autoridad se ha puesto sobre el conocimiento positivo. La ciencia es libre; su condicion es libertad intelectual. Donde existe una «doctrina» cesa la libertad intelectual; la condicion indisputable del conocimiento desaparece. El método científico no tiene importancia solamente como medio de educar la inteligencia; es la esencia de la ciencia. Los resultados de la ciencia, aceptados sin rehuirlos, son á lo más solamente fundaciones para las varias artes. El artista procede por destreza y observacion empírica ingertas en una doctrina; pero detrás de la doctrina está la ciencia viva y libre, siempre progresiva y correctora de sí misma. El método y el espíritu de la ciencia están en antagonismo con la doctrina y no pueden ser por esta reemplazados, excepto en su aplicacion á las artes útiles. Es sencillamente irracional levantar objecion alguna contra el positivismo cuando por positivismo se entiende la totalidad del conocimiento y la supremacía de este conocimiento sobre la vida y la conducta. En este sentido somos todos positivistas. Seria igualmente

irracional escuchar ni por un momento al positivismo, entendido según los escritos de Comte é impuesto como una doctrina. Bastan para no hacerlo consideraciones preliminares: ántes de examinar el contenido, las consideraciones de que la facultad humana es limitada y que impide á cualquier hombre que represente la totalidad de la ciencia, de la intrínseca antítesis entre la autoridad y el conocimiento. Conocemos por charlatanería la pretension de asumir tal posición; el fervor de discípulos ansiosos es el celo misionero de hombres sin disciplina filosófica ni científica. El porvenir pertenece al *espíritu positivo* si continúan en la raza humana las condiciones de paz y de progresiva civilización. El *positivismo*, como religión, será solo un impedimento más en las vías del progreso. La autoridad de Comte es antagonística con la ciencia. Estamos de nuevo en el terreno, en la superstición del libro interpretado por «el expositor autorizado de Comte en Inglaterra.»

He hablado hasta aquí del «positivismo» como si fuera un sistema definido y unificado. Pero bueno será precaverse contra malas inteligencias, diciendo que yo, con otros muchos ó con los más, distingo dos diferentes cosas, conocidas vagamente con este nombre, el *conocimiento positivo* y la constitución política, civil y religiosa, que entiendo que pretenden establecer los discípulos de Comte. Al conjunto de cuanto puede ser comprendido bajo la designación de conocimiento positivo, ningún hombre razonable rehúsa someterse. Más aún. Nosotros, no solamente nos inclinamos ante todo lo que puede ser averiguado positivamente, sino que mantenemos que los métodos de la ciencia y las reglas de la lógica extienden su imperio sobre el todo de lo cognoscible. No solamente es la totalidad del conocimiento positivo la ley suprema de convicción y conducta, sino que nada puede considerarse verdadero que esté en contradicción con tal conocimiento. Cualquiera que sea la opinión que se tome de la relación entre la filosofía y la ciencia, no pueden contradirse la una á la otra. Cualquiera que sea la forma de religión que se mantenga, es preciso que no esté en conflicto con ningún fenómeno averiguado por la experiencia. Al someter toda esfera de pensamiento y actividad humanas al gobierno

de la ciencia positiva, no puede haber reservas. La constitucion política y la religion de Comte son instituciones utópicas. Acaso tengan muchos méritos; acaso merezcan en muchos puntos ser llevadas á la práctica; pero no son dictadas por el conocimiento positivo. Son reglas enteramente arbitrarias que solo pueden admitirse por mútuo consentimiento, y que carecen, por lo tanto, de títulos para reemplazar los arreglos existentes, que descansan en la doble base del consentimiento y del uso.

En este punto nos hemos acostumbrado á trazar ancha línea divisoria entre la filosofía positiva y las «últimas especulaciones» de Augusto Comte. En la filosofía positiva ocuparia Comte distinguido puesto si se hubiera contentado con haber sido un filósofo. Pero no se contentó con la humilde posicion de pensador, con la cual las grandes inteligencias del mundo han estado siempre satisfechas, revelando la modestia propia del verdadero génio. Comte era francés, y tenia las virtudes, pero tambien los defectos, de su nacion. En Francia, el país de la vida activa y colectiva, la presion de fuera, la fuerza ejercida por la sociedad sobre la inteligencia individual, es mucho más potente que en paises ménos sociales, como Inglaterra, Escocia y Alemania. La observacion y el estudio pacientes, la mera contemplacion de la ley natural es difícil y rara en Francia. Para el espíritu francés, el pensamiento no se basta por sí; se lanza á la esfera de los hechos. Un pensador francés inevitablemente se ve impelido á actuar en la sociedad, á revolucionar. Hegel se contenta con encontrar la ley de la evolucion. No así Comte ó Rousseau. En su caso, el medio social actúa demasiado poderosamente sobre los resortes del egoismo y de la vanidad, é impulsa hácia adelante al individuo para buscar el *éclat* de ser un reformador social. Cuando este impulso empuja á un carácter adaptado para el mundo y que se mueve en la esfera de la vida práctica, á menudo encuentra útil objeto para su ambicion en remediar abusos y corregir legislaciones. Viviendo como Comte vivió, no solamente retirado, sino aislado, la ambicion de reformar la sociedad pudo tomar forma solamente sobre el papel. Sobre el papel los proyectos de reforma están

apartados de todas las influencias correctoras que son indispensables siempre que el pensamiento se ha de convertir en acto, y de la influencia de la contradicción, de la necesidad del compromiso, de la adaptación á las circunstancias existentes. Sobre el papel, los proyectos de Comte rápidamente se hacen impracticables, luego arbitrarios, finalmente monstruosos. Una vez levantados sus piés de la base del fenómeno positivo, se lanzó primero á la region de la utopia, y entónces se encontró perdido por completo en la de la paradoja.

El que esto escribe no pretende poder, aun suponiendo que lo permitieran las dimensiones de un artículo, ofrecer una crítica de la doctrina de Comte como sistema. Para emprender tarea semejante se debe, cuando ménos, haber hecho un estudio completo del autor. Los libros de Comte son á todos accesibles. Todo el que se aventura en la region de la especulacion filosófica ó política necesita haberlos mirado mucho. Pero aún una lectura cuidadosa de la *Philosophie positive* y de la *Politique positive*, aunque condicion indispensable para la empresa, estaria muy léjos de calificar á cualquiera para pronunciar un juicio sobre un sistema tan extenso. Sharon Turner dice á sus lectores en su *Historia de la Edad Media*, que «las obras de Aristóteles recompensan el trabajo de leerlas con cuidado». Yo no lo dudo. Pero apenas se encontrará un lector que cuando concluya ese estudio sea competente para discutir la sustancia y resumir los resultados de la filosofía aristotélica. Iniciacion especial, larga meditacion y muchos ejercicios preparatorios, necesitan preceder á un juicio maduro sobre un método tan fundamental y un *ambitus* de materia tan enciclopédica como las de Aristóteles. Los escritos del fundador del positivismo son tan voluminosos, cuando ménos, como los de Aristóteles. Ambos ofrecen, no un número de tratados misceláneos, sino un cuerpo sistematizado de pensamiento. No deja de tener peligros, por lo tanto, ofrecer objeciones á cualquier parte separada del sistema. Todavía ménos, en el caso de Comte, puede el solo estudio de las obras ser suficiente. Recuerdo que existe «un autorizado expositor en Inglaterra» en cuyo pecho acaso resida mucho que no pudiera ser extractado de los libros por un lector lego.

Si ciertamente en los escritos de Comte tuviera uno que habérselas con un filósofo y no con un profeta, con un libro y no con una biblia, podría entrarse en el asunto de discusión con muy diferente espíritu. Espontáneamente querría uno que se le permitiera ofrecer un tributo de homenaje al génio del escritor. Sin poesía y sin *humour* y sin cuidar las gracias del estilo, para las que sus compatriotas son tan aptos, hay á pesar de todo en las páginas de Comte una elevada sublimidad, que reemplaza á la poesía y al estilo, y sirve para mantener el ánimo del lector á una elevación sobre las asociaciones vulgares de la vida comun. La inteligencia de Comte era vasta, pero estaba entorpecida y trabada por una hipótesis parcial. Los intereses morales y sociales son para él los únicos y exclusivos. Con ideas impracticables, el dominio de la vida práctica era todo en todo para Comte. La parte mayor de las vastas regiones sobre las cuales puede la inteligencia pura cernerse, está bajo un anatema espiritual. Él no quería saber nada del conocimiento por el conocimiento, como un bien *per se*, como la forma más exaltada de la humana existencia, de la vida contemplativa. La inteligencia se le presenta como una fuerza perturbadora, como rompiendo la muerta uniformidad de hábito y tradición que ha de reinar en su estado. Esta es indudablemente una deplorable limitación, y la única que impide á Comte tomar su rango entre las principales inteligencias de todos tiempos. Su hipótesis ética es demasiado reducida para servir de comienzo. Pero concediendo su hipótesis—admitiendo la suposición de que el bienestar de la especie efímera, hombre, es el todo del conocimiento—una vez dentro de las cuatro paredes de su asunto, encontramos á Comte revisando su restringido dominio con raro aliento y comprensión. Su talento, naturalmente grande, parece que busca compensación en el limitado campo escogido á la limitación inicial. Al tratar de otros publicistas y políticos, sentimos que estamos discutiendo alguna importante sección de los intereses humanos. Cuando especulamos con Comte no tenemos horizonte más reducido que el curso completo de la historia humana. Todo problema está expuesto en vista de la totalidad de los intereses sociales. La suma de

los destinos humanos entra en cada cálculo. Cuando recuerdo que el conjunto de las ideas de Comte podría clasificarse como «utilitarismo,» veo cuán insignificante fracción del universo del pensamiento cubren. Sus negaciones y antipatías son demasiado intrusas. Comte no tiene la imaginación filosófica, como Lucrecio la tuvo, solamente limitada por las *flamman-tia mænia mundi*, sino que, dado el bienestar humano como el asunto de investigación, Comte fué probablemente el primer escritor que intentó reunir toda la evolución de la raza humana, pasada, presente y futura como una série continua. Otros escritores, entre ellos John Mill, son más instructivos y prácticos; ninguno hay que abarque más ni más arquitectónico que Comte. Si el fervor oficioso de los discípulos permitiera á uno tomar la *Politique Positive* como una novela utópica, ocuparía su puesto como una gran visión, que se eleva en la imaginación al lado de *La República* de Platon. La utopía de Comte carece ciertamente del encanto del lenguaje platónico, inimitable hasta para el mejor francés; carece además de la debida subordinación filosófica del «bien humano» á los otros elementos del universo, subordinación que Platon tiene siempre marcadamente en cuenta.

Lo admirable en Comte no es más que la reproducción de lo que es admirable en todo espíritu francés generalmente. El esfuerzo de la construcción, de arquitectura, el constante empeño en agrupar y clasificar, invade á la literatura francesa y áun al lenguaje de la vida diaria. Comte ha intentado someter toda la historia á una construcción semejante, muchas veces con brillantes resultados, á menudo por un *tour de force* palpable, pero siempre con el efecto de estimular al pensamiento y de añadir vida al sistema. Sería mucho más agradable tener que tratar de algunas de las muchas páginas interesantes que pueden encontrarse en sus volúmenes, que sacar á la luz las lamentables flaquezas intelectuales y debilidades personales que sentó en su constitución política. Pero no nos es permitido, como de buena gana lo quisiéramos, separar nuestros ojos de las faltas y tachas. El importuno celo misionero de los discípulos no deja sitio para los lectores que admiran. Nos es preciso hacernos con-

versos, so pena de ser atacados como enemigos. Es costumbre que una vez engendrado el espíritu de partido, precisamente son las excentricidades y errores del maestro los que más atracción tienen para la fantasía de los adeptos y lo que quieren con más ánsia imponernos como verdad salvadora. Yo estaba bajo la impresión de que la religion del positivismo habia sido tácitamente abandonada por todas las inteligencias sanas hasta entre los positivistas. Con gran asombro leí, pues, en el número de Noviembre de la *Contemporary Review* un artículo en que se escogia precisamente los «aspectos religiosos del positivismo» como su lado mejor para recomendar el asunto á los lectores en general. En un hombre débil y entusiasta, la satisfaccion del espíritu de contradicción podia haber explicado suficientemente su eleccion de esta paradoja para discurrir sobre ella. Pero tratándose nada ménos que de una autoridad tan digna de consideracion como Mr. Frederic Harrison que usaba aquí su poderosa pluma desperdiciando valioso tiempo y poniendo todo el peso de un carácter y de un juicio conocidísimos como alejados de soñoliento entusiasmo ó sentimentalismo embriagado, en la exposicion de la religion del positivismo, me pareció que algo debia de haber en el fondo de esta religion que habia pasado para mí desapercibido. Resolví volver á estudiarla de nuevo. Las páginas magníficamente escritas de Mr. Harrison, que respiran amenazas y matanza contra sus adversarios, me dieron muy escasos informes en cuanto al sistema que sostiene con tan ardiente celo. Las volcánicas erupciones de su tempestuosa invectiva, más oscurecian que iluminaban la doctrina positivista que deseaba recomendar. A la cortesía de Mr. Harrison, sin embargo, debí el poder referirme para más informes á los volúmenes de la traduccion de la *Politique Positive* que ahora está publicándose.

Mr. Harrison habia afirmado en su artículo que las funciones y amplitud y partes de la religion jamás habian sido expuestas con una perfeccion igual ni con una extension tan completa (1).

(1) *Contemporary Review*, p. 999.

Un ligero tinte de exajeracion en este panegírico podria perdonarse al celo del abogado, pero forzosamente tenia que hacer esperar mucho y bueno. Los volúmenes I y II de la nueva traduccion de Comte contienen muchas páginas dedicadas á la «religion.» No sé si el asunto se repite en alguna otra parte de Comte; pero si la exposicion que hay en estos volúmenes es la exposicion á la cual se referia Mr. Harrison, preciso me es confesar que la encuentro débil, superficial, imperfecta en extension y comprension, falsa en sus detalles. La verdad es que apénas hay allí nada sobre religion, absorbido completamente Comte en uno de los usos incidentales que la religion puede tener, á saber: el de organizar la sociedad. El sistema de Moody y de Sankey ó el ritualismo no son más externos para la religion que esta exposicion de Comte.

El artículo que estoy ahora escribiendo no intenta ser de controversia teológica. No estoy tratando de hablar en favor del cristianismo ó del teismo, como verdaderos contra el positivismo. Por lo pronto, el teismo será teismo y el positivismo será positivismo. La cuestion que deseo suscitar es, no si la religion positivista es verdadera, sino si lo que Comte llama religion es en algo lo que por tal entendemos en el mundo. La pretension de las escuelas naturalistas desde Demócrito hasta D'Holbach ha sido la de un elevado desden hácia la religion y de lástima por la ceguedad de los religiosos. La filosofía ha salido al frente, de tiempo en tiempo, para libertar á la humanidad de la vil servidumbre de la creencia teística, sus vanos terrores y supersticiosas prácticas. Dios ha sido el fantasma de que se han valido los sacerdotes para subyugar á la sociedad y hacerla servir á sus propios fines. La ciencia positiva nada sabe de Dios. El positivismo, tal como Comte lo expone, es igualmente explícito en este punto que la ciencia y la filosofía. La reprobacion por Comte de la teología es incesante. Recibimos hasta la saciedad sus reiteradas seguridades de que la época teológica ha pasado para no volver. Era una fase que ha atravesado la sociedad. Ya hemos sobrepujado la idea de Dios. Pero Comte, aunque como buen naturalista desecha á Dios, no quiere, sin embargo, rechazar la religion. Este fué el error del naturalismo del siglo XVIII,

que despreció la religion y se puso en antagonismo con ella. La antipatía de los enciclopedistas á la cristiandad fué gran origen de debilidad para ellos. Perdieron, no solamente el instinto religioso que hay en el hombre, que es inextinguible, sino tambien una fuerza de palanca sobre la sociedad de enorme potencia. El positivismo estará alerta contra este error. No puede tener un Dios, pero conservará la religion; y no solamente la religion, sino hasta los términos y usanzas de la Iglesia católica, su culto, sus ceremonias, su sacerdocio, sus edificios.

Para las inteligencias vulgares puede parecer contradictorio una religion sin Dios. Parece que algunas personas, á quienes no conozco, han expresado esta opinion. Pues Mr. Harrison vindica con indignacion el derecho del positivismo para adoptar el lenguaje y observancias del catolicismo, fundándose en que son propiedad comun de la humanidad. El catolicismo, arguye él, no las inventó, las encontró. «Estos grandes y antiguos términos son la primogenitura de la raza humana. Existian, lo mismo que las cosas que ellos describen, ántes de que se hubiera oido hablar de católicos ó de protestantes. Las religiones y los sacerdocios, la vida espiritual, el culto á un poder supremo, la comunión de los fieles y la inmortalidad del alma, eran sólidas verdades para muchos millares de hombres y mujeres durante edades sin cuento en todos los climas, ántes de que se hilara el tejido de la metafísica cristiana. La pedantería de secta puede atreverse únicamente á monopolizar para un credo especial estas preciosas herencias de nuestra raza comun (1).

Voy á repetir que no me propongo argüir la existencia de Dios contra la negacion comtista. Unicamente deseo examinar la idea de religion en sus contenidos generales, el sentido en que el término se usa y se entiende por el mundo en general, no ménos que por el filósofo religioso. Fácilmente convendremos con Mr. Mill—los hombres más reflexivos convendrán probablemente—en que la idea del bienestar general de la raza humana es una idea que debe afectar al ánimo po-

(1) *Contemporary Review*, 1875, pág. 1.010.

derosamente, no solo como motivo de conducta, sino como origen de emocion. Mr. Mill vá más allá todavía y sostiene que Comte estaba en lo justo al tratar de desenvolver su filosofía en una religion. La cuestion es ¿ha conseguido lo que se proponia? ¿Ha hecho Comte algo más que tomar prestada la nomenclatura de la religion con un propósito ilusorio, para no perder la influencia social que se obtiene de los instintos religiosos y de los sentimientos y hábitos? Los positivistas, con- tiende Mr. Harrison, tienen la misma libertad que otro cualquiera para usar los términos y atributos de la religion. Pero sériamente no puede querer decir que el positivismo usa los términos con su sentido propio, y el público los entiende como los entienden los católicos. Religion, Sér Supremo, sacerdote, inmortalidad, son términos corrientes y bien entendidos. Si el positivismo ha de emplearlos, debe de ser con la condicion de que el positivismo acepte las cosas que ellos expresan. Hay cierto ódio que en toda la cristiandad vá unido al descreimiento y á la irreligion. Mr. Harrison no tiene escrúpulo en hacer con profusion uso de esta formidable arma, y ha intentado en todo su artículo aprovecharla contra aquellos á quienes denuncia como *neo-cristianos* y *teósofos*. Creo que no seré sospechoso de haber recurrido al último recurso del polemista *in extremis*. Pero es completamente imposible impedir que el irreflexivo público sospeche que esta mogiganga del positivismo, disfrazada con los ropajes del catolicismo, tiene por objeto ocultar algo su verdadero carácter, evitar el ódio público que provoca el ateismo, aminorar todo lo posible el aspecto revolucionario que el positivismo tiene para los que desde fuera lo miran.

Quando el comtismo presenta su derecho á poseer una religion, está valiéndose de un término que lleva consigo una impresion ilusoria y falsa.

Mr. Harrison me ha ahorrado algun trabajo de argüir, en cuanto al uso admitido del término «religion,» escogiendo una definicion dada por Comte. Es, dice (1), «armonía completa en la vida humana, ya social, ya individual, cuando

(1) *Contemporary Review*, pág. 1.000.

«todas las partes de la vida están ordenadas en su relación natural una con otra.» Ahora bien; yo me aventuro á decir que ninguna de las naciones de Occidente, desde que empezó la literatura, ha aplicado jamás el término «religion» ó sus equivalentes en este sentido. La definición que Mr. Harrison ha dado, es casi la misma que Platon dió para la idea griega *Dikaiosyne*, que nosotros, por carecer de una palabra apropiada, llamamos *justicia*. Es la idea de lo justo abstracto, las reguladas relaciones de las personalidades humanas, entre sí y una con otra. Es una idea muy á propósito para servir de fundamento á una fábrica social ideal. En tal sentido fué empleada por Platon, quien tituló los diez libros de su utopía «Sobre Dikaiosyne.» La concepción de Platon, en verdad, envolvía la idea de derechos naturales, una idea que es odiosa para Comte por lo que se opone á su pasión de legislar arbitrariamente. Pero natural ó solamente convencional, la idea de las relaciones sociales ordenadas—relaciones interhumanas—es lo que figura como religion en el positivismo. Es el reinado de la ley y del orden, idea completamente externa y forense, que envuelve todos los sentimientos que una idea así debe de excitar. Seguramente que la idea entendida por la palabra religion es otra completamente. Si me es preciso aventurar una definición, entendemos por religion y sus homólogos, expresar la relación conscia de un individuo, de una persona, del *ego*, del alma, para usar el término vulgar pero expresivo, con otra persona ó poder inteligente, concebido como vastamente superior al *ego*. Una conciencia mútua de la relación entre el que rinde culto y el objeto de ese culto está implícita, porque un Dios que no era una Providencia, los dioses de Epicuro, que no se mezclaban en los asuntos humanos, no podría ser el motivo de una religion.

La imaginación, pues, de un poder superior á nosotros, inteligente y consciente, árbitro de nuestros destinos, es el hecho sobre el cual se eleva la religion. En cuanto á la naturaleza de este poder y los atributos que le son concedidos, ha habido en el mundo la mayor diversidad. Ninguno ha trazado más profundamente que el mismo Comte el proceso de desantropomorfización del estado fetichista al del puro teís-

mo. El conjunto de este secular proceso ha sido determinado desde el principio hasta el fin por un esfuerzo mental—el esfuerzo de traer la concepcion de este no visto poder, más en conformidad con nuestro conocimiento de la ley natural constantemente en incremento. Desde la aurora del pensamiento hasta el momento actual, la inteligencia humana ha arreglado á la moda su idea de Dios en armonía con su conocimiento de la naturaleza. Solamente por el ejercicio de la fuerza física, suprimiendo la libertad intelectual por completo, puede una religion tradicional separarse de la operacion de este proceso. Si yo comprendo á Mr. Harrison, él aprueba el ejercicio de la fuerza externa con este objeto, pues la Iglesia católica sigue la política de separar á sus adeptos del progreso del conocimiento, y la Iglesia católica es objeto de incesantes alabanzas en las páginas comtistas. Por otra parte, Mr. Harrison nunca se cansa de escarnecer á los filósofos que hablan de *lo infinito*, de *lo absoluto*, de *las inmensidades*. Insinúa que los que esto hacen, lo hacen por un deseo de librarse enteramente de Dios. Deberia Mr. Harrison haber recordado que la direccion mental que ha llevado á la filosofía á cambiar á *Zeus* por *lo absoluto*, á purificar la idea hasta la transparencia, habia sido descrita por Comte como una *ley* y por él enseñada históricamente como el inevitable progreso de la inteligencia. Tan léjos está de haber un deseo de verse libres de Dios en el fondo de estos términos abstractos, que la real intencion de los que los usan presumo yo que es retener la idea de Dios, sin exponerla á perentoria colision con otra verdad admitida. La Deidad de Leibnitz del siglo XVIII, el omnipresente, el omnipotente, el benévolo, Creador y Providencia, presenta dificultades especulativas que no se combinan fácilmente con nuestros presentes hábitos de pensamiento científico. Aquellos que se refugian en el lenguaje vago, que hablan de *lo absoluto*, etcétera, quieren, presumo yo, escapar de estas dificultades sin despedirse de la existencia de Dios. Tal vez no sea yo aficionado á lenguaje tan vago, y que, sin embargo, es tan alto; pero entiendo la posicion intelectual de los que lo adoptan, y puedo experimentar simpatías con el sentimiento que se enla-

za al teísmo filosófico, á pesar de que estén fuera de moda. Para usar un ejemplo algo vulgar, no me gustaria el uso de la frase *conocer á Cristo*, tan á menudo en la boca del religioso no educado; pero comprendo su intencion y simpatizo con el sentimiento que así ignorantemente expresa, el sentimiento de religion individual, el sentimiento de que ni la Iglesia, ni el sacerdote, ni la doctrina se interpondrán entre él y el objeto de su reverencia; una protesta en contra de que la religion sea una ley impuesta; una reclamacion á que sea el «alimento de un espíritu inmortal.» Qué fácil me seria retorcer la imputacion de la falta de sinceridad sobre Mr. Harrison, y decir que el positivista, habiendo viajado por el mismo camino del adelanto filosófico y encontrado una idea de Dios, aunque esta sea abstractísima, incompatible con el conocimiento positivo, ha abandonado del todo la idea, y aspira, sin embargo, á cubrir este abandono bajo una adopcion profusa del lenguaje y usanzas de la religion. ¿No seria un desquite justo por el escarnio que Mr. Harrison ha amontonado sobre la *teosofía* pintar la religion positivista como la *hipocresía del materialismo*?

Pero redargüir es una de las más bajas formas de controversia, y aún las más políticas formas de controversia son impedimentos para una leal discusion. El punto en que deseo insistir es que la seccion religiosa del sistema positivista no es una deduccion de sus propios principios, sino una mera ficcion, un expediente arbitrario, una creacion de la fantasía individual de Comte. Toda la fuerza del sistema positivista, el verdadero secreto de su poder, su título á la consideracion, estriba en su llamamiento exclusivo al conocimiento positivo, en que desecha la suposicion y la hipótesis, en que requiere estrictamente la verificacion por la experiencia. Al tomar el *onus* de una religion, ha echado sobre sus hombros una carga completa de ideas extrañas y adicionales, una nueva teología con todos los atributos que tanto gusta á Comte reprochar en la antigua teología, una creacion arbitraria de la imaginacion metafísica, una incóngrua superestructura levantada sobre la base de que lo solo cognoscible es el orden de la naturaleza.

La historia de la creencia ha sido la continua usurpacion ó

intrusion del conocimiento real en la hipótesis teológica. El naturalismo de siglo en siglo ha estrechado la esfera de la teología. Un dominio completo y bien desarrollado del orden de la naturaleza demuestra que en él no hay sitio para la idea de Dios. Por consecuencia, la idea de Dios, por mucho tiempo en decadencia, se extingue finalmente. Tal es el resultado neto y sin barniz de la ciencia positiva. El naturalismo no niega la pura posibilidad de la existencia de Dios, pero no encuentra sus huellas en los límites de lo que se puede saber. Hasta este punto Comte es fiel á sus principios del conocimiento. Pero cree que el prescindir de Dios crea un terrible vacío en la esfera moral. No le faltó valor para afrontar el *odium* por su ateísmo. Viviendo como vivía, separado de todas las influencias sociales, la reprobación pública no podía aterrorizarle. Pero quedaban los instintos religiosos de la humanidad, instintos nutridos, si no creados, por edades de educación teológica; había las santificadoras influencias del sentimiento religioso, influencias valiosísimas como fuerza restrictiva; sobre todo existía la unidad de creencia que el sistema católico había establecido y que Comte pensó que solamente la religión podía recobrar. Lanzó la idea, nueva en la historia del naturalismo, de una religión que no fuese teológica, de una religión sin Dios. Quería conservar los sentimientos, el culto, el ritual, las santidades, hasta los sacramentos de la antigua religión. La religión debía de ser mantenida como una satisfacción á los sentimientos, á la imaginación y á la razón, como una expresión de la armonía completa peculiar á la vida humana, cuando todas las partes de la vida están ordenadas en sus naturales relaciones, unas con otras. Pero pronto ocurrió á Comte que estos *desiderata*, esta condición subjetiva del alma humana, no podían ser tenidos en lo posible sin un objeto al cual la mente pueda aferrarse. Había dado una definición de la religión que era enteramente subjetiva, que describía un lado de una relación, sin proveer al objeto referido. Había prescindido de Dios; después de todo era necesario reemplazarle. Podríamos decir que Comte encontró el dilema y que tuvo que confesar que *Dieu n'existe pas, mais il faut l'inventer*. ¿Dónde iría á buscar un objeto

que colocar como centro y sol de su sistema, como la *idea agathou* lo hace en la utopía platónica? Claramente, la única deidad que el naturalismo podía ofrecer, es la totalidad del universo, ya concebida como una sustancia inmutable (panteísmo), ó como un orden invariable ó reinado de la ley. Ninguna de estas concepciones, ni el explícito panteísmo de Spinoza, ni la fuerza del evolucionismo moderno, curso de naturaleza conocido en sus efectos conocidos, fué adoptada por Comte. No se preguntó á sí mismo: ¿cuál es el objeto supremo de la inteligencia consistente con el conocimiento positivo? Se dijo á sí mismo: «Es preciso para regular y combinar á la humanidad que la religión coloque al hombre bajo la influencia de algun poder externo, que posea superioridad tan irresistible que no deje ningun género de incertidumbre sobre él.» Esta es la premisa de la cual infirió, ó mejor dicho es la necesidad del sistema que le llevó á inventar su deidad de la humanidad. Habiendo insistido y continuando en todo su libro insistiendo en que el Dios de las religiones tradicionales, al igual de la deidad filosófica, era una mera noción metafísica, que necesariamente se rendía ante el empuje del conocimiento positivo, presenta él, como la consumación de ese conocimiento, un nuevo Sér Supremo, la noción puramente metafísica de la *humanidad*. Una mera palabra, un término abstracto, la pura creación de la facultad lógica, de la cual sabemos que nunca fué ni puede ser una entidad real, de la cual sabemos que no tiene existencia sino cuando la pensamos; esto ha de ser el objeto de creencia y afección.

Esta creación de un sér supremo salido de la idea de la raza humana, esta deificación de un pensamiento, es el ejemplo más chocante de esa especie peculiar de infatuación que se apoderó de Comte en sus últimos años. Pocas inteligencias humanas, tal vez ninguna, pueden seguramente escaparse del freno que otras inteligencias ejercen habitualmente sobre nosotros. Una razón solitaria que sin retención deduce conclusiones de unas pocas premisas, inevitablemente acabará por fuerza de lógica en falacias y cuadraturas de círculos. Cerrado con cerrojos á toda influencia de fuerza, de libros ó de hombres, Comte fué la víctima de una enfermedad especial—

orgullo legislativo. Un egoismo devorador era dueño de su inteligencia, hasta que todos sus propios pensamientos sin poder de selección ó exclusión, le parecieron dictados por la sabiduría absoluta. Esta es una enfermedad de la inteligencia, semejante á aquella enfermedad de la voluntad, á la cual están expuestos los príncipes absolutos, ó los tiranos del hogar. Como el tirano pierde toda medida de lo bueno y malo moral, de lo conveniente ó inconveniente, en la exageración y ebullición de una voluntad nunca contradicha, así el razonador aislado deja pronto detrás de él la razón y el sentido común por los pasos progresivos de una lógica nunca opuesta. Y así vino á suceder que Comte, cuya carrera comenzó con la sencilla ambición de contribuir á adelantar la causa común del progreso de la razón y de la ciencia, ha hecho más que ningún sectario religioso para embarazar este progreso. El religioso fanático solo puede apoderarse de los no educados, numerosos quizá, pero meros números, que nada significan en la carrera hácia delante de la civilización. Pero el comtismo parece que tiene atractivos en su plausible generalidad y en su sistematización superficial, para inteligencias poderosas y educadas, aunque en mal terreno, en ciencia y en filosofía; que se agarran con ánsia á una doctrina que pretende ser el único remedio científico para la inveterada dolencia de nuestra vida social.

Acaso la mayor parte de los lectores pensarán que un *sér* tan sombrío como el *sér supremo* de Comte—un mero término abstracto, un *flatus vocis*—debía de ser abandonado en su propio desamparado absurdo; que el tiempo que se emplea en desaprobárselo es tiempo perdido. Estoy dispuesto á pensarlo así yo mismo, y á echar de ménos con lástima las horas que podía haber empleado de otra suerte. Sin embargo, por absurdo que el *sér supremo* me parezca, tengo ante mí el hecho de que se ha impuesto á una inteligencia como la de Mr. Frederic Harrison, sólida, práctica, sana, cultivada por todo el conocimiento mejor de lo pasado, entendida en las activas empresas del presente. La experiencia nos dice que un hombre puede ser discípulo de Swedenborg, puede creer en la trasustanciación ó en la mesa que da golpes, y no obstante

mostrar un juicio sano en los asuntos de la vida. En tales casos la ilusión habita en una parte aislada del cerebro, es mera monomanía; las otras funciones cerebrales están en estado normal. De buena gana esperaría que este nuevo ídolo, el *sér supremo* de Comte, no ha de ocupar mucho espacio en los pensamientos é intereses de uno cuyo poder de representación y exposición son tales, que acaso no los sobrepujen los de ningún escritor vivo, y debiera estar al servicio de causa más digna. Lo que todos deben de admirar en Mr. Frederic Harrison es el valor del que no deja de abogar por una causa que considera justa, solamente porque es impopular. Pero este caballeroso espíritu tiene sus tentaciones. El positivismo y los positivistas son despreciados é impopulares. Puede ser que Mr. Harrison, en su determinación de defender á sus amigos y á la verdad que hay en el positivismo, ha sido llevado á casarse hasta con sus alucinaciones. La inteligencia de Mr. Harrison difícilmente puede ser víctima de una ilusión lógica como el *grand être*, un simulacro metafísico obviamente inventado por Comte, porque era necesario á *mi sistema*. Pero la lealtad de Mr. Harrison para con su causa, puede fácilmente haberle impelido á poner el escudo de su poderosa defensa para proteger á los hermanos más débiles y más fanáticos que son capaces de una creencia *bona fide* en la *humanidad* como *sér supremo*.

Y, si no estoy yo equivocado, observo en el alegato de Mr. Harrison síntomas de que, al defender los *aspectos religiosos del positivismo*, está movido más bien por sus aversiones que por sus convicciones. Hay un rojo blanco de rábía en su artículo, que apenas puede ser explicado por solo la irritación de verse desdeñado, que yo le he atribuido. No por irritación de desprecio personal, del cual no tiene razón Mr. Harrison para quejarse. Está por cima de la pequeña vanidad de escribir para ganar notoriedad. Lejos estoy de achacarle la falta de sinceridad de escribir sin convicciones. Pero no puedo ménos de comprender que el antagonismo, más bien que la fé, es la energía que se mueve por debajo de los brillantes esplendores de su estilo.

Acostumbraba Comte á quejarse de la *conspiración del*

silencio, que encontraron sus últimas especulaciones. Y fueron estas últimas especulaciones, cuando abandonó la ciencia, y Comte especialmente acariciaba la mera obstinacion del dictador que habia usurpado el puesto de la razon, como el niño mimado de la madre es el idiota de la familia. La irritacion es apasionada en el alegato de Mr. Harrison por el aspecto religioso del positivismo. Si el calmoso razonador no tuviera ya reparos en aproximarse á una posicion intrínsecamente extravagante é irracional, seria detenido por el mortífero fuego de epítetos que Mr. Harrison dirige contra todos los que se acerquen. Es difícil conservar bastante fria la cabeza para hacer argumentos entre la barahunda que Mr. Harrison arma sobre las murallas fulminando plomo derretido y rayos, en nombre de la religion, contra los religiosos escépticos que explican sus credos. ¿Quién soy yo para traer al campo al positivismo, en frente de la metralla de indignacion de Mr. Harrison? «Viejo y fútil purismo»; «pedantería de secta»; «mero controversista y ardiente parcial»; «mofa y sacrilegio»; «el grito del ronco polemista»; «cegado al sentido y á la justicia»; «nefelo-céfalo»; «espiritualista estafador»; *jet quicquid jussit splendida bilis!* Para mí tiene Mr. Harrison de repuesto una respuesta todavía más aplanadora siempre á su disposicion. Puede hacer alusion á mis *cadena*s. Puede relegarme entre los *teósofos* que representan falsamente á la religion, tratando de concebirla racionalmente. Puede indignado invocar credos y artículos contra mí. Podria mostrarme al desden compasivo como ha hecho con otro á quien describe (1) «levantando sus encadenadas manos en el púlpito, como si amara sus cadenas oficiales, y derramando un torrente de indignacion sobre las sencillas doctrinas que estaba obligado á predicar.»

«Cuando tu causa sea mala, ofende al abogado de la parte contraria.» Esta máxima profesional me ha venido á las mientes al reflexionar sobre el tono apasionado de *los aspectos religiosos del positivismo* de Mr. Harrison; ¿es irritacion por el desden, es debilidad del argumento positivista, ó es que hay una antipatía en el fondo de las últimas frases de

(1) *Contemporary Review*, pág. 996.

Mr. Harrison? He sugerido, y me gustaria que así fuera, que la fé de Mr. Harrison es tan débil como fuerte su lenguaje. El órgano de la destruccion es en él más poderoso que el constructor. Como inconoclasta, es verdaderamente terrible. Aun en el mismo Comte es dudoso si su ódio al libre pensamiento no era una pasion todavía más rigurosa que su afición á la unidad. Se ha dicho frecuentemente que la idea fundamental que gobernaba el cerebro de Comte, era la organizacion, el deseo francés de arreglarlo todo con un *bureau*. A menudo me ha ocurrido á mí, al picar aquí y allí en los volúmenes de Comte, que despues de todo, esta manía de arreglar todas las cosas que le llevó hasta inventar una religion regulada, era en sí un efecto y no una causa, una consecuencia y no una premisa. ¿Es posible que se encontrara impulsado á adoptar el plan de una máquina social de estereotipía por revulsion del caos revolucionario de la opinion, en el cual se encontró él mismo en Francia? Rebelado contra el abuso de la libertad, se lanzó al abuso contrario de la supresion de la libertad. El ódio á la *anarquía* me parece haber inspirado á Comte más que el sentimiento por la simetría y armonía de las partes.

En el artículo de Mr. Harrison, se trata de recomendar la religion comtista. Pero no puede escapar á ningun lector que discierna que el escritor tiene realmente en su corazon, no el *Grand être* que nada significa, y del cual preciso es que se avergüence su inteligencia, sino dar desahogo á su antipatía contra lo que él llama neo-cristianismo. No se contenta con afirmar el error intelectual de los que aplican el criticismo histórico á la masa de la tradicion cristiana; les hace un cargo por ello como si fuera un crimen. Su artículo no es una defensa de Comte, es un ataque al cristianismo racional. Ni se contenta con argüir que la posicion es insostenible; desciende á emplear la insinuacion contra las personas, sean las que fueren, que la han ocupado. No se contenta con demostrar que aquellos á quienes escarnece como *teósofos* están filosóficamente ciegos; trata de exasperar la opinion pública contra ellos, como tunantes que pretenden mantener un sistema en el cual ellos secretamente no creen. El protestantismo en ge-

neral, pero de una manera especial el protestantismo filosófico, ó racionalismo, es el objeto fijo, constante, de su denuncia general. Y para hacer estos ataques de más efecto por contraste, no desperdicia oportunidad de elogiar al catolicismo pasado y presente. Debe de ser seguramente apasionado el celo que empuja á un hombre inteligente á tal exageracion, cual la de hablar de «ese profundo estado mayor que desde el Vaticano dirige el ejército católico; un estado mayor á cuyo lado el de Von Moltke es como tosca y pequeña máquina;» uno que ha visto más de cerca ese *profundo estado mayor* piensa que «á despecho de la malicia de serpiente por la que se distinguen esos políticos del Vaticano, su ingenuidad pueril y su ignorancia de las vías del mundo, exceden á toda ponderacion.» (1)

No puedo conjeturar cuál pueda ser el origen de ese especial rencor que el discípulo de Comte tiene á los que, desde Clemente de Alejandría hasta ahora, han tratado de armonizar la fé cristiana con la especulacion filosófica; pero debe permitírseme dudar de que valiera la pena levantar una tempestad semejante de apasionada indignacion contra un enemigo que no existe. Si el *Grand être*, por quien Mr. Harrison abogaba, es una ficcion metafísica, el clero liberal á quien insulta es un fantasma de su imaginacion. Sea ó no sostenible la posicion del cristianismo filosófico, apenas puede decirse que le queden en Inglaterra representantes. Maurice y Robertson y Kingsley han muerto, y con ellos se ha convertido en humo aquella Iglesia ámplia (*Broad Church*) que hace veintitantos años formaba un tercer partido en la Iglesia establecida. Aquí y allí, en algun retirado rincon de la iglesia, tal vez languidezca en algun ejemplar anticuado, algun sobreviviente de una especie extinguida; ¿vale la pena hacer fuego sobre estos ocultos fugitivos de un ejército disperso y derrotado? Eso es asesinar y no hacer la guerra.

Volviendo de esta digresion, debe de temerse que el disgusto natural de Comte por el abuso de la razon en sus dias y en su generacion, se haya convertido en los que le siguen

(1) Gallenga, *Italy Revisited*. I.—147.

en un ódio á la razon. Profesando ser discípulos ellos mismos de una doctrina que querria someter toda la vida y el pensamiento humanos á la ciencia, son los más encarnizados enemigos del conocimiento, del progreso, de ese libre juego de la inteligencia que ha sido el único instrumento de progreso desde la aurora de la historia. Comte en verdad profesa en palabras proveer al progreso futuro. Pero la real proposicion que hay en su constitucion política es que la humanidad ha alcanzado al *terminus* y que el conocimiento puede ya ser resumido. Y aún en los treinta años que han trascurrido desde que escribió Comte, se ha desmentido esta proposicion, y su cruda idea de los tres períodos ha sido envuelta en una concepcion que abarca mucho más de la evolucion de las especies.

He atribuido un porvenir al espíritu positivo, é indicado la ancha distincion entre el espíritu positivo, que es idéntico con los métodos de la ciencia, y la religion positivista, que se identifica con la negacion de la ciencia. Seria una repeticion singular de la historia que así como la Iglesia católica romana ha sido un obstáculo para el triunfo del cristianismo, fuese retardado ó deshecho el triunfo del conocimiento positivo por el crecimiento de la religion positivista. Sea esto como quiera, no debe haber en la inteligencia de los hombres confusion entre dos cosas que son completamente distintas y separables. No es bastante distinguir con John Mill entre la *Filosofía positiva* y las *últimas especulaciones de Auguste Comte*. No son solamente distintas, son contradictorias. La teoría de la *Filosofía positiva* (en su aplicacion á la organizacion política) es, que debe contribuirse al movimiento de la sociedad hácia adelante en la direccion en que hasta ahora ha progresado, obedeciendo á una ley natural. El edificio de *la organizacion política* revela un sistema que haria imposible este movimiento por suprimir la inteligencia individual como *especialidad que dispersa*, como *l'élément perturbateur* de la sociedad. Continuamente se nos dice que el sistema ha de erigirse sobre el seguro fundamento de la ciencia, en lugar de una ficcion metafísica. Cuando llegamos al interior, encontramos suprimido el instrumento de la ciencia y susti-

tuyéndole, una vasta creacion arbitraria, mero producto de la fantasía y de las preocupaciones individuales de Comte. Tenemos el positivismo como una doctrina superimpuesta, que descansa en la autoridad, en vez de una disciplina científica con hábitos de pensamiento positivo. La sociedad ha excedido sus poderes en la organizacion política de Comte. Ha prescindido del individuo y le ha considerado solamente como material bruto con el cual ha de construirse. Además, el espíritu de la ciencia es el del universal, inalterable, inevitable reino de la ley—ley no arbitraria, no querida, no impuesta á la sociedad por decreto, sino resultante de fuerzas naturales. En el positivismo hay que alcanzar el órden y la unidad que hay que establecer, no por conformidad en las leyes naturales de la vida y de lo á la vida concerniente, sino por una arbitraria seleccion de ellas. La prueba y la verdad tienen que dejar franco el camino á la coherencia teórica, y la armonía es alcanzada á costa de suprimir todo conocimiento que no esté conforme con ella. La inteligencia subordinada al corazon—he aquí una espresion general plausible y verdadera en el uso convencional del lenguaje; pero como teoría psicológica sobre la cual haya de basarse un sistema de vida ó una moral, es proposicion que no habrá filósofo que la mantenga.

MARK PATISSON.

(*Contemporary Review.*)

APUNTES SOBRE LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA
EN LA AMÉRICA MERIDIONAL
Y SUS RELACIONES CON LA ESPAÑOLA.

V.

Asáltame, al reanudar aquí el trabajo que dejé pendiente en mi anterior artículo (1), no sé si diga el temor ó el escrúpulo, de que es muy posible se me acuse de escribir, á pretexto de la literatura hispano-americana en nuestros días, una apología de la Academia Española, de la cual soy mínima parte; pero, bien reflexionado el punto, no veo razón ni para abstenerme, ni para variar de rumbo siquiera.

Demostrada como lo queda, si no me engaño mucho, la más que trascendental importancia de mantener incólume y unificar el progreso del idioma de Cervantes en uno y otro hemisferio, y siendo evidente que á tan alto fin no puede llegarse sin una sincera, íntima y constante mancomunidad de bien dirigidos esfuerzos, así aquende como allende el Atlántico, ¿no es también demostrado y evidente que era menester que alguien, ya fuese en América, ya en Europa, tomara la iniciativa en la materia? ¿No es de importancia fijar quién ha sido ese *alguien*, y cómo lo ha hecho, y qué resultados ha producido su trabajo?

Paréceme que á entrambas preguntas no pueden ménos de contestar afirmativamente los amigos todos de las letras, que á la raza hispano-latina pertenecen; y con esa seguridad me

(1) Véase el núm. 8.º de esta REVISTA, págs. 405 á 425.

basta, para no temer que á las egoistas miras propias de un exagerado espíritu de cuerpo se atribuya, ni lo hasta aquí escrito, ni lo que por escribir me queda; y así voy, sin más preámbulo, á entrar resueltamente en materia.

No era, por cierto, muy próspera ni adelantada la cultura intelectual de las provincias americanas de la monarquía española, cuando muchas de ellas se alzaron (1810) contra la madre patria, en ocasion, á la verdad, elegida con más utilitario tino que consideracion á la tremenda gloriosa lucha que la Península sostenia entónces heróicamente contra el coloso del siglo, en defensa de su propia independendencia. Verdad es, no me permite mi sinceridad negarlo, que sistemáticamente procuraban los ministros de nuestros reyes absolutos impedir que los criollos adquiriesen en América una instruccion que graduaban de peligrosa. Así lo dice y encarece, en su muy bien escrita introduccion á la «Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos,» el Sr. Rojas; pero al condenar con toda la justa severidad que lo hace ese deplorable sistema, hásele olvidado al ilustre crítico, que de la misma, mismísima manera procedian, con muy escasa diferencia, nuestros entónces comunes gobernantes, en España que en América.

Excepcion hecha de algunos años, y de tal cual enseñanza á medias y no más entablada bajo el cetro de Carlos III, ¿qué era lícito, qué habia medios de estudiar en la España peninsular? Lo mismo, sobre poco más ó ménos, que en la americana: la jurisprudencia absolutista, «los cánones y la teología, el latin, con preferencia al castellano, y algunos elementos indigestos de física y filosofía peripatética.» En Castilla, como en Venezuela, Universidades y Seminarios «eran plantales más adecuados para formar teólogos que literatos» (1), y aquí, como allí, estaba prohibido el estudio de las ciencias políticas.—La verdadera, la sólida, y sobre todo la instruccion al nivel del espíritu del siglo en países más libres y ménos mal gobernados que el nuestro, era preciso buscarla cada cual como podia, y adquirirla, no sin afanes y personales

(1) Las frases entrecomadas son de la introduccion al libro del Sr. Rojas.

riesgos, ya en el secreto del hogar doméstico, ya en el comercio, como si fuera criminal confabulación, disimulado y oculto, con el escaso número de personas doctas y de las comunes preocupaciones exentas.

Y si eso acontecía en la Metrópoli, muy naturalmente también, y con mayor exageración, si cabe, en las colonias.

Si Venezuela, pues, si el resto de nuestras colonias eran al proclamar su independencia ignorantes, y si su atraso procedía del sistema de gobierno á que estaban sujetas, hechos ámbos que por desdicha contradecir no puedo, hay, sin embargo, notoria injusticia en acusar de ellos á la pobre España, no ménos atrasada ni más liberalmente á la sazón gobernada en la Península que en sus provincias ultramarinas.

Por lo demás, y dejando aparte la apasionada y un tanto injusta digresión del Sr. Rojas, respecto á nuestro antiguo sistema colonial, y al gobierno en lo presente de las que todavía son nuestras Antillas, estamos muy de acuerdo con él, en que no pudieron los trece años de la guerra en pró de su independencia, ser muy apropósito para que la ilustración hiciera en América rápidos progresos, sobre todo en materia literaria. La guerra y la política absorbían entónces demasiado los ánimos de los americanos, para que á pacíficos estudios y poéticas expansiones del ingenio consagrarse pudieran; comenzó, por tanto, en Venezuela y en toda la América antes española, el renacimiento literario despues de terminada la lucha; y ha ido desde entónces progresando y desarrollándose la ilustración, más ó ménos rápida y útilmente, segun las condiciones, las vicisitudes y el sosiego ó la intranquilidad de cada una de las nuevas repúblicas.

Peró el término de la guerra precedió con mucho al reconocimiento oficial por parte de nuestro Gobierno de la independencia de las antiguas colonias, y la interrupción de relaciones políticas y comerciales fué por consiguiente muy larga. La guerra, además, se habia reñido para disolver los vínculos que durante tres siglos habian íntimamente enlazado á la América con España, y España era el enemigo de quien se habia triunfado; y todo lo español era entónces, y no podía en realidad ménos de ser para los americanos odioso. Pocos

de ellos, si alguno entónces, que me parece dudoso, dejaban de sentir, como aquel «bardo peruano» que el Sr. Rojas cita en su introduccion (para apartarse de su manera de ver, en honor de la verdad sea dicho), y que, en un raptó de fanático americanismo, escribia:

«Y si es verdad que tengo sangre goda,
»por no tenerla, la vertiera toda.»

¡Extraña fascinacion la de aquel poeta, que hasta para renegar, en malhora y por la pasion extraviado, de sus padres y abuelos, tenia, sin embargo, que valerse de la propia lengua de aquellos mismos sus progenitores!

Dadas las circunstancias, tal manera de sentir nos affige más que nos sorprende, porque era hasta cierto punto en su tiempo lógica; y quizá tambien porque con el trascurso de los años, unos y otros, españoles y americanos, hemos felizmente llegado á punto de mirar las cosas á sangre fria, y de juzgarnos por ende, sin pasion ni encono.

Mas sea de eso lo que fuere, y retrocediendo al punto en que nos hemos por un momento apartado del camino que en nuestro discurso llevábamos, ha de permitírsenos llamar otra vez la atencion del lector, sobre la aversion á todo lo español que en las nuevas repúblicas dominaba al finalizarse la guerra de su independenciam, y tambien sobre el largo tiempo que medió despues entre la terminacion material de la lucha á mano armada, y el establecimiento de relaciones normales, seguras y frecuentes, así políticas y mercantiles, como sociales, entre aquellos países y el nuestro.

Tomando en cuenta esos datos, y el de que, en consecuencia de ellos precisamente, los americanos, en su legítimo noble afan de ilustrarse, hubieron de acudir entónces en demanda de medios y modelos para entrar en las vias del progreso moderno, á todas partes ménos á España, paréceme que no habrá nadie que á primera vista, al ménos, no se asombre de que el divorcio no se haya definitivamente y en absoluto consumado en lo literario, como en lo político lo está para siempre, entre la que fué metrópoli del Nuevo Mando, y las naciones que en él fueron sus colonias.

Dejando á un lado cuanto á la política y la administracion respecta, y limitándome á lo que aquí es de mi especial propósito, debo decir que, si bien, en efecto y como no podia ménos de suceder, mucho y quizá demasiado se extranjerizaron las repúblicas hispano-americanas, en materia de gusto, de crítica literaria y hasta de giros, locuciones y vocablos—achaque de que, por cierto, tambien por acá adolecemos algo y aun algos,—todavía me parece digno de admirar y de aplaudir á un tiempo, el hecho incontestable y notorio de que, en plazo históricamente muy breve, se haya iniciado en aquellos países una tan saludable como vigorosa reaccion, que tiende y llegará, sin duda, á devolverle á la literatura sus caractéres genuinos y peculiares.

Pues bien: ¿de dónde procede ese fausto fenómeno? ¿Cuál es la condicion de la manera de ser de los americanos de raza latina, en cuya virtud el hecho que nos ocupa ha podido realizarse, no obstante los muchos y gravísimos obstáculos que, al parecer, lo hacian imposible?

La causa ya la hemos dicho. El ingénio español y el americano son idénticos; mejor dicho: el mismo ingénio alienta en los americanos que en los españoles; porque, en resúmen, somos hijos de unos mismos padres, y no por habernos separado y tener cada cual su domicilio propio, dejamos de ser hermanos.

En cuanto á la fuerza que ha preservado á la literatura americana del inminente riesgo en que se ha visto de extranjerizarse por completo, no es otra que la misma que en España nos ha salvado más de una vez de idéntico riesgo: nuestro bello grandilocuente idioma, que tiene fundamental razon de ser bastante á mantener su integridad y su indepedencia, donde quiera que ha echado tan hondas raices como las tiene en nuestra Península y en América.

Lo que acontece, pues, realmente es lógico, está en la naturaleza de las cosas, y á mi juicio, no podia ménos de acontecer, más tarde ó más temprano, y ya en una, ya en otra forma: mas no por eso hemos de negar á los hombres y á las corporaciones, la gloria que pueda caberles en haber determinado el movimiento, encaminándolo convenientemente,

ora apresurándolo si se entorpecía, ora moderándolo si se precipitaba, y siendo, en suma, celosos apóstoles y maestros de la buena doctrina.

Asóciome, por tanto, de todo carazon al legítimo y fundado orgullo con que el Sr. Rojas ensalza los altos merecimientos de Bello y de los demás ilustres escritores sus compatriotas, y por decirlo así, de su escuela, que ha sabido dotar recientemente á Venezuela de una excelente literatura.

Sus esfuerzos quizá anticiparon el advenimiento de la nueva época; y positivamente á ellos se les debe lo rápido del progreso, lo sólido de las bases en que estriba, y el fundamento de las esperanzas que para lo futuro á concebir nos autorizan.

Y dado así lo que de derecho les pertenece á los literatos americanos—porque lo mismo que de los de Venezuela, podemos con razon decir de los de Méjico, y del Ecuador, y del Perú y de otras varias de aquellas repúblicas—tiempo es ya de que tambien á la Academia Española se nos permita hacerle justicia.

VI.

Cuerpo esencialmente conservador por su índole y por su instituto, la Academia está llamada en sus funciones normales, más á sancionar y regularizar los progresos de la lengua y de la literatura españolas, que á tomar en la materia la directa iniciativa que, en realidad, solo corresponde á la erudicion aprovechada y al privilegiado ingénio de los literatos eminentes, que bajo su personal responsabilidad á ejercerla se atrevan.

La Academia no puede y no debe inventar un solo vocablo, ni aceptar un solo neologismo, ni proscribir una voz por anticuada, ni alterar la estructura de una frase, sin que antes los buenos escritores hayan tales innovaciones acometido, y el uso las haya, en virtud de la prescripcion, hasta cierto punto autorizado.

¿Qué hace, pues, la Academia y para qué sirve?—podrá preguntarse, y de hecho más de una vez se ha preguntado,

cándidamente por unos, y con no muy piadosas intenciones por otros. La respuesta, sin embargo, es fácil y á mi parecer concluyente.

La Academia es, respecto á la lengua, en primer lugar, un gran jurado que, previo exámen, declara, pura y simplemente, un hecho á su parecer evidente: tal voz no se usa ya; tal otra perdió su primitiva significacion, y la tiene hoy nueva; este neologismo adquirió entre nosotros carta de naturaleza, y estotro no la merece; etc., etc.

Pero la Academia, juez á un tiempo de derecho y de los hechos, tiene el deber, al declarar estos, de examinar su razon de ser y de aquilatar sus condiciones filológicas para, en su virtud, admitirlos como buenos ó rechazarlos como ilegítimos ó perjudiciales. Así, muy recientemente le ha sido forzoso dar entrada en nuestro *Diccionario* á gran número de voces exóticas, propias de la tecnología de las artes y de las ciencias modernas, que carecian de equivalentes en castellano; y aunque Cervantes fué quien escribió en su libro inmortal—*¡comilon que tú eres!*—no autoriza ciertamente la Academia el uso de ese giro, exclusivamente italiano.

En resúmen: como las lenguas no se inventan, sino que se forman ellas mismas, en virtud de un sin número de causas y circunstancias, las más, si no todas, independientes de la voluntad y propósitos del hombre, todo lo que la Academia puede hacer, redúcese á rechazar vigorosamente cuanto á la peculiar índole, ó individuales condiciones de nuestro idioma repugna, y á sancionar, acomodándolas á las mismas, cuantas novedades la necesidad requiera, el uso introduzca y el buen gusto consienta.

Respecto á la literatura propiamente dicha, la accion de la Academia no es, ni puede ser, ni convendria que fuera nunca, más que indirecta. Las circunstancias sociales, y el estado de la civilizacion, determinan en cada época y nacion la tendencia y formas de las manifestaciones literarias del ingenio, con tal fuerza y eficacia, que fuera absurda temeridad, pretender en absoluto contrariarla. Todo lo que puede hacerse es procurar reducir á los literatos á la observancia de las eternas leyes del buen gusto, y áun eso, no más que indirectamente.

tamente, por medio de la reproduccion de las obras de los escritores universalmente reputados clásicos en sus respectivos géneros, aconsejando su estudio y bien entendida imitacion, que no copia servil, ni ménos remedo; y si acaso tambien, provocando certámenes y dando premios, para estimular en buen sentido la emulacion entre losingénios contemporáneos.

Hasta ahí llega, de ahí no pasa, y en esa esfera en realidad se ha ejercido y sigue ejerciéndose, en la medida que sus facultades y medios lo consienten, la accion literaria de la Academia Española; accion cuya virtualidad y condiciones me ha parecido conveniente poner de manifiesto, antes de referir cómo se ha empleado y sigue empleándose respecto á la América que fué española.

Segun sus primitivos estatutos, la Academia constaba solo de veinticuatro individuos de número, y de los supernumerarios que, para suplir las ausencias de aquellos, la misma corporacion juzgaba oportuno nombrar. Los últimos ocupaban, por derecho propio y segun el orden de su antigüedad, las vacantes que en la clase de los primeros iban ocurriendo; y sabido es que al reformarse los estatutos en 1847, aumentándose hasta treinta las plazas numerarias, suprimiéronse las de los supernumerarios.

Quince años despues de su fundacion (1728), la corporacion creó una tercera clase de académicos, que dominó entonces *honorarios*, y se llaman hoy *correspondientes*, segun se dice en el resúmen de su historia, que precede á la segunda edicion del tomo 1.º del Diccionario de Autoridades (1770), «para satisfacer á los deseos é instancias de varios sugetos de distinguidas circunstancias y mérito, que tenian su residencia fuera de la córte.»

Pudiera, superficialmente mirado el negocio, creerse que, en efecto, solo para satisfacer deseos pueriles de honores académicos, ha servido la creacion de los ántes honorarios y ahora con más propiedad llamados correspondientes: mas quien de ello se persuada, se engañará grandemente.

Aunque la Academia procediera, al tomar la resolucion que nos ocupa, solo por los motivos que en su citada historia se indican y he copiado, lo cual yo no afirmo, tuvo la fortu-

na de acertar con uno de los medios más eficaces de que puede valerse, y se vale para llenar los fines de su instituto. La experiencia así lo tiene acreditado, y sigue hoy acreditándolo, dicho sea en honor y justicia al inteligente celo de los actuales correspondientes: pero, á mayor abundamiento, parece que, aun *á priori* y en abstracto, es indudable la utilidad, y quizá la necesidad de esa clase de académicos.

Desde luego se advierte que, si la circunstancia de residir habitualmente en Madrid, donde la Academia tiene su asiento, no puede ménos de exigírseles á los individuos de número, seria soberanamente injusto para los distinguidos literatos que de ordinario habitan en provincias, y para la corporacion muy perjudicial, privarse esta del auxilio de sus luces, privándoles á ellos de la honra de admitirlos en su seno. Mas, aparte de esa consideracion general, á mi juicio muy poderosa, hay otra peculiar á nuestro país que todavía me parece de mayor peso.

La España actual, cuya unidad política no es todavía completa y absoluta en el momento en que esto escribo, era tres siglos há un agregado de monarquías, cuyas coronas habian todas recaido en una misma cabeza; pero que conservaban cada cual, más ó ménos íntegras, sus respectivas peculiares instituciones. Cárlos I fué rey de Castilla, de Leon, de Navarra, de Aragon, etc.; pero no en realidad de España, que ni existia ni podia ser que existiera, mientras aún duraban con sus Córtes, con sus Consejos, con sus Códigos, con sus tribunales, distintos é independientes unos de otros, los antiguos reinos peninsulares.

Pues tanto y más que de lo político, podemos y debemos decir respecto al idioma, porque, si bien ha prevalecido, y prevalecia ya hasta cierto punto á principios del siglo XVI la lengua castellana, lo cierto es que en Cataluña, en Valencia y las Baleares, se hablaba y se escribia el lemosin en sus varios dialectos; que Galicia conservaba tenazmente el habla de D. Alfonso el Sábio; que las Asturias no abandonaban el Bable; y que si Aragon mantenía sus provinciales modismos, en Andalucía las reminiscencias arábicas seguian ejerciendo notable influencia.

El castellano ha llegado, en efecto, á ser la lengua española; pero á la manera en que suelen los grandes rios ostentarse caudalosos y señores de la tierra que riegan al acercarse al mar, no exclusivamente con las aguas solas que de sus fuentes sacaron, sino acrecentados con las de los numerosos afluentes que durante su largo trayecto absorbieron. En prosa: para conocer bien el castellano actual, es preciso estudiar sus diversos orígenes, por de contado; pero, á mayor abundamiento, tambien las lenguas y dialectos, que me permitiré llamar provinciales, lenguas más ó ménos completas y definidas, pero de las cuales unas han contribuido á la formacion de la ya hoy nacional, y otras á modificarla despues de formada.

Para ese no fácil trabajo nada más útil, nada más necesario, que el concurso de personas doctas en la materia, aficionadas á su árido estudio, y que, residiendo en las provincias ordinariamente, pueden en ellas advertir y notar en el original mismo las particularidades que su habitual lenguaje diferencian del castellano propiamente dicho, y sobre todo del castellano académico.

No diré más, porque me parece que basta con lo dicho para que se comprenda bien toda la importancia que en realidad tiene la institucion de los correspondientes, no solo para los trabajos de la Academia, sino para la propagacion de sus obras, para universalizar sus doctrinas, y para la inoculacion de su espíritu literario, si la frase se me tolera.

Así lo tiene repetidamente acreditado la experiencia, y sigue acreditándolo cada dia con más utilidad para las letras; y comprendiéndolo y sintiéndolo así la Academia, hace de sus individuos correspondientes grandísimo y muy merecido aprecio, y de ellos constantemente se vale con feliz éxito.

Son hoy los correspondientes *Espanoles* veinte, y no contribuyen ménos que los académicos de número á las mejoras del Diccionario vulgar que para la próxima nueva edicion se procuran y preparan.

Pero la Academia tiene además en Portugal, Francia, Inglaterra, Alemania, los Principados Danubianos, los Estados Unidos y el Brasil, hasta diez y siete *correspondientes extran-*

jeros; y con la misma denominacion, porque así, á pesar de la identidad del idioma, procede, cuarenta y uno en la América que fué española, repartidos en esta forma: en Bogotá, uno; en Buenos-Aires, tres; en Caracas, seis; en Costa-Rica, uno; en Chile, dos; en el Ecuador, cuatro; en Guayaquil, uno; en Méjico, ocho; en Nueva Granada, dos; en el Perú, cuatro; en San Salvador, siete, y en Venezuela, dos (1).

De esa breve noticia estadística resulta con evidencia: primero, que los literatos, tanto del Norte como del Centro y del Sur de la América que fué un tiempo parte de la monarquía castellana, se asocian con gusto á la Academia Española; y segundo, que la Academia misma, apreciando en su justo valor la cooperacion de aquellos, los llama á su seno en la forma posible y en mucho mayor número que á cualesquiera otros extranjeros.

Quien no vea la justificadísima razon de esa preferencia, será porque de propósito quiera negarles la luz á sus ojos.

La Academia, empero, llegando un dia á comprender, por razones que luego sumariamente exponremos, que por celosa y activa que fuese la accion de cada uno de sus correspondientes en América, no cabia en ella eficacia bastante a lograr todos sus importantes fines, hubo de adoptar y adoptó, en efecto, el medio que más á propósito le ha parecido para oponer en el Nuevo Mundo á la invasion del extranjerismo en materia de idioma y áun de literatura, un robusto valladar, y saludable obstáculo, que sea, al tiempo mismo, fortaleza y alcázar donde la pureza de nuestro comun idioma se preserve íntegra, sin perjuicio de prestarse á las mejoras y progresos que los generales de la civilizacion lógicamente exijan.

Ese medio ha sido, ó mejor dicho, es el de la creacion de *Academias americanas, correspondientes* de la Española, y con ella, por decirlo así, confederadas; medio sobre el cual, figúrasenos que no ha de llevar á mal el benévolo lector que en párrafo aparte, de propósito le hablemos con algun detenimiento.

(1) Esta noticia se ha tomado del anuario de la Academia para 1876: alguna variacion ha ocurrido posteriormente; pero no bastante á modificar el resultado general.

VII.

Cinco años habrá, sobre poco más ó ménos, porque de la fecha exacta no hago en este momento memoria, que los señores Hartzenbusch, Puente y Apecechea, y algun otro, que mantenian particularmente constantes relaciones literarias con algunos insignes escritores hispano-americanos, iniciaron el asunto de que vamos tratando en la Academia. Esta, tomando en debida consideracion las indicaciones de tan autorizadas personas, nombró una comision que, estudiando la materia, propusiera lo que en ella le pareciese conveniente; y en consecuencia, al cabo de no muchos dias, presentóse á la corporacion un proyecto que, logrando su aprobacion, es hoy la regla en cuya virtud se han creado ya algunas Academias correspondientes, y hay muy fundadas esperanzas de que pronto han de constituirse otras.

Veamos ahora los fundamentos de esa medida, verdaderamente trascendental en el órden académico, extractándolos del informe de la comision que la propuso (1).

Bastan, sin duda, los correspondientes españoles á llenar en las provincias de la monarquía los fines de la Academia, porque ésta los apoya desde muy cerca con su autoridad moral y con la que de oficio hasta cierto punto y en determinadas condiciones, le dan nuestras leyes en lo interior del reino.

Tambien pueden cumplidamente llenar su oficio los correspondientes extranjeros, en aquellos países donde la lengua nacional no es la española; porque de allí solo muy indirecto auxilio esperar podemos, fuera de contados y excepcionales casos.

¿Puede decirse otro tanto de los correspondientes hispano-americanos?—No, ciertamente: en el órden político tan extranjeros son como los prusianos y los ingleses; pero en Prusia y en Inglaterra la lengua de Cervantes no pasará nunca de ser estudio para eruditos y literatos, mientras que en el Perú

(1) Fué ponente de la comision y redactó su informe el que suscribe este artículo.

y en Méjico, por ejemplo, es y no puede ménos de ser objeto de forzosa enseñaanza, desde las escuelas de primeras letras hasta las aulas universitarias.

Rotos como están los lazos políticos, cabe en rigor que se prescindiera de la tradicion histórica, y por desgracia cabe tambien que en determinadas ocasiones los españoles y los americanos seamos enemigos encarnizados; pero aún en ese caso, hasta para injuriarnos y maldecirnos, hemos de hablar la misma lengua.

Mientras ese vínculo nos una, la Academia no debe, y no podría aunque lo quisiera, considerar á sus correspondientes americanos como realmente extranjeros; ni ellos, á su vez, consideran á la Academia Española como pudieran á la francesa ó á la Real de Berlin. Tanto nos interesan la vida, la perfeccion y el brillo del idioma castellano á unos como á otros; y por consiguiente, en lo que á eso respecta, no hay diferencia ninguna entre el correspondiente español y el americano.

¿Por qué, pues, no asimilarlos en todo?—Por dos razones á cual más poderosas: la una, que son ciudadanos cada cual de ellos de su respectiva patria, nacion soberana é independiente; y la otra, que nos separa de la América la inmensidad del Atlántico.

Combinadas esas dos con-causas, dan de sí, como forzosa consecuencia, que la autoridad directa de la Academia Española, como corporacion que es para los americanos extranjera, no puede ménos de ser mirada por el vulgo como cosa de poco momento, ya que como intrusa no la rechace en absoluto; y respecto á los literatos mismos en masa considerados, harto débil si se atiende á la distancia y á lo irregular, difícil y dispendioso de las comunicaciones.

Y, sin embargo, era preciso, en interés de nuestro idioma gravemente amenazado en el Nuevo Mundo, no retroceder ante tales dificultades; porque son nada ménos que diez y ocho millones de séres humanos los que allí hablan castellano y no más que castellano, poblando, desde la Patagonia al Mississippi, las repúblicas del Rio de la Plata, del Uruguay, del Paraguay, de Chile, de Bolivia, del Perú, del Ecuador, de Venezuela, de Nueva Granada, de Centro América y de

Méjico.—De Cuba y Puerto-Rico no hablamos, porque esas todavía son y esperamos que han de seguir siendo españolas; ni tampoco haremos mencion de la parte que lo fué en Santo Domingo, porque en esa desdichada isla, difícil es que haya literatura, dados sus incesantes y siempre violentos trastornos.

Hasta cierto punto, y siguiendo la pauta de sus habituales proceder, la Academia habia provisto, hasta la época á que nos referimos, al cumplimiento de sus morales obligaciones en el Nuevo Mundo, con el nombramiento de numerosos y dignísimos correspondientes, en todas ó la mayor parte de las enumeradas repúblicas; pero ¿bastaba eso? ¿podia estar segura la Academia de que no se la ocultaba más de un nombre en la literatura importante, en aquellos apartados países? Y dado que así no fuese, y en la hipótesis, harto aventurada, de que no admitia en la lista de los correspondientes persona alguna que en ella figurar debiera, ¿seria suficiente la accion individual, aislada y sin norma comun á qué atenerse, de los correspondientes, para lograr el fin apetecido?—Y téngase presente que ese fin es, en resúmen, darle al idioma castellano unidad perfecta, en cuanto en lo humano cabe, en ámbos hemisferios.

Tal era el problema que de resolver se trataba. Su resolucion no cabia—ni para decir verdad yo la concibo—más que por el medio mismo en España empleado, es decir, creando en cada una de las repúblicas hispano-americanas, y si no en todas era posible al ménos en las que á ello se prestaran, un centro de accion literaria, análogo á nuestra Academia, y animado de su espíritu mismo, pero independiente en sus procedimientos, y que por lo mismo habria de ejercer en su respectivo país una autoridad y una influencia imposibles de alcanzar para una corporacion extranjera.

Como sin dificultad se comprende, por ese camino que la Academia aceptó como bueno, se iba y se vá al fin deseado, por medio de una federacion académica cuyo centro es la Española; federacion que, sin perjuicio de la libertad y autonomia de cada una de las asociaciones sus componentes, como informada toda ella por el mismo espíritu, y haciendo rumbo constantemente al norte mismo—la pureza, esplendor y pro-

greso del idioma castellano—ha de llegar á ser necesariamente de literaria utilidad inmensa en ámbos mundos.

Si la comision, en su buen deseo, no se engaña de medio á medio (deciase en el informe), «vá la Academia Española á realizar fácilmente lo que, para la diplomacia y para las armas mismas es ya completamente impracticable.—Vá la Academia á reanudar los violentamente rotos vínculos de la fraternidad entre americanos y españoles; vá á restablecer la mancomunidad de gloria y de interés literarios, que nunca hubiera debido dejar de existir entre nosotros; y vá, por fin, á oponer un dique más poderoso, tal vez, que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglo-sajona en el mundo por Colon descubierto.—Ninguna nacionalidad desaparece por completo, mientras conserva su propio y peculiar idioma; ningun conquistador inteligente ha dejado nunca de hacerle tanto ó más cruda guerra á la lengua que á las instituciones de los conquistados.»

Los elementos para esa grande obra, en gran parte al ménos, á la mano se tenian; porque los correspondientes americanos eran ya muchos en número, y por su mérito importantes; pero era necesario agrupar los de cada república entre sí y hacer comprender en todas ellas que no se trataba de imponerles la autoridad de una corporacion española y para fines puramente españoles, sino de trabajar de consuno en pró de un interés comun: el del idioma que todos hablamos.

Felizmente, en uno y otro extremo estaban préviamente de acuerdo, quizá sin haberse entendido, casi todos los académicos españoles y americanos; éstos sentian la necesidad de asociarse para tener autoridad en sus respectivos paises, y aquellos la de establecer un vínculo que, enlazando todas esas asociaciones parciales, le diese á su conjunto la cohesion indispensable á que sus esfuerzos fueran útiles.

Decretóse, por tanto, el establecimiento de *Academias de la lengua castellana, correspondientes de la Española*, en todas las repúblicas ó Estados americanos, donde el idioma vulgar sea el nuestro, y expresamente y por escrito lo solicitaren al ménos tres académicos correspondientes. Nótese bien: nuestra Academia no inicia ni ménos impone la creacion de otras sus

análogas en el Nuevo Mundo; lo que hace es autorizar la fundación cuando de ella expresamente se solicita, y á ese mismo principio de respeto á la independencia de nuestras antiguas colonias se ajustan todas las demás disposiciones del acuerdo académico á que aquí me refiero. Unos mismos son, por regla general, los estatutos de las correspondientes que los de la matriz española; pero pueden, cuando sea necesario, modificarse para aquellas de comun acuerdo. En la manera de proceder reglamentaria son las americanas enteramente libres, así como en los nombramientos para oficios académicos; y para la provision de las vacantes de número, tienen la iniciativa, porque es de advertir que, siendo considerados todos sus individuos como correspondientes de la Española, natural y lógico es que ésta sancione su elección.

Por último, y prescindiendo de todas las demás disposiciones que el acuerdo de creación contiene, paréceme necesario mencionar especialmente aquí las contenidas en sus tres últimos artículos, á mi juicio, tan importantes como características.

Establécese, en efecto (art. 9.º), que «las Academias correspondientes podrán, cuando lo tengan por conveniente, renunciar á su asociación con la Española, sin más requisito que declarárselo así por escrito y oficialmente;» y en el artículo siguiente (10.º), que «recíprocamente la Academia Española podrá tanto no autorizar la creación de Academias correspondientes, cuanto declarar fuera de la asociación á cualquiera de las existentes que deje de cumplir con las obligaciones voluntariamente contraídas.»

Quizás á alguno le parezca excesivo el extremo á que se lleva en esas disposiciones el respeto á la libertad de acción de las nuevas Academias; pero la verdad es que, por lo mismo que la asociación no tiene de obligatoria más que el compromiso voluntariamente contraído, debe racionalmente presumirse que todos sus miembros han de procurar con esmero que la discordia no estalle en su seno. Si tal aconteciera, por desdicha, ¿qué juez dirimiría el conflicto? ¿Qué sanción penal y por quién sería posible imponérsela al díscolo? En tal caso, que me parece más que improbable, pero que al cabo es posi-

ble, más vale que la separacion de los elementos incompatibles pueda hacerse fácil, y por decirlo así legalmente, que hacerla, oponiéndole obstáculos inútiles en definitivo resultado, hostil y escandalosa.

La Academia, por último, en su deseo de preservarse y preservar á sus asociados en América de los riesgos, cuando ménos contingentes, con que ciertas complicaciones políticas pudieran un dia amenazar la federacion literaria, cuya fundacion decretaba, termina su acuerdo con el artículo 11, que á continuacion literalmente trascribo:

«Siendo, como lo es, puramente literario el fin para que se crean las Academias correspondientes, su asociacion con la Española se declara absolutamente ajena á todo objeto político, y en consecuencia, independiente en todos conceptos de la accion y relaciones de los respectivos Gobiernos.»

En consecuencia de ese acuerdo, y de las vivas cuanto discretas gestiones de la Academia y de sus celosos correspondientes americanos, se han establecido ya, y muy acertadamente funcionan, en Santa Fé de Bogotá, la Academia Colombiana, que consta de doce individuos de número; en Quito la Ecuatoriana, con nueve miembros, y en Méjico la de aquella república, con trece académicos.

Escaso podrá parecer á primera vista ese número de Academias con relacion al que convendria que en América hubiera; mas si se consideran las preocupaciones que ha habido que vencer, la distancia que de aquellas regiones nos separa, y sobre todo, las incesantes vicisitudes por que en estos últimos años han pasado, así las repúblicas hispano-americanas como su antigua metrópoli, no se me figura que aventuro nada en decir que debemos felicitarnos de los resultados obtenidos, que esos son realmente superiores á las esperanzas que al comenzar la empresa pudieron realmente concebirse, y en fin, que en su virtud, no es temerario prometerse, en un porvenir no muy lejano, la realizacion completa del noble deseo de la Academia: restablecer en lo literario la union políticamente rota entre España y América, para que pueda con verdad decirse que «en los dominios del idioma de Cervantes el sol nunca se pone.»

VIII.

Es posible, y me parece más que probable, que en opinion de no pocos de mis lectores, si algunos tengo, la mayor parte de lo que en éste y en el anterior artículo dejo escrito, no sea muy pertinente al asunto que en el epígrafe comun á entrámbos he anunciado. Lo sentiré de veras; pero el mal, si lo hay, está ya hecho y no tiene remedio. *Quod scripsi, scripsi.*

Y por otra parte, no siendo éste ensayo más que una introduccion al exámen, que más adelante me propongo hacer, del estado y progresos de la literatura contemporánea en la América Meridional, partiendo, como lo dejo dicho, de la excelente biblioteca de escritores venezolanos, publicada por el señor D. José María de Rojas, figúraseme que no ha estado enteramente fuera de propósito dar idea de los estrechos lazos que median en lo literario entre ámbos paises; de los esfuerzos que en uno y en otro se han hecho y se están haciendo para consolidar y utilizar la union que de ellos resulta, y en fin, del sistema que al efecto ha parecido conveniente establecer de comun acuerdo.

Todo lo que no es la política del momento, la crónica escandalosa del dia ó el espectáculo de la noche anterior, llama poco la atencion del público en nuestro país; bueno me parece que es tratar de hacérsela fijar, de cuando en cuando siquiera, sobre los progresos de la literatura y los trabajos que para fomentarlos acometen tan celosa como modestamente, ya escritores insignes, ya corporaciones más laboriosas y más útiles que el comun de las gentes lo imagina.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

PSICOLOGÍA DEL HOMICIDIO.

El Código penal de Alemania dispone en el párrafo 211:

«Aquel que intencionalmente mate á un hombre, si lo ha hecho con premeditacion, será condenado á muerte por homicidio premeditado.»

Además del homicidio premeditado, el párrafo 80 condena tambien á muerte las tentativas de asesinato contra el emperador, contra el soberano natural del culpable ó contra el soberano en cuyo país se encuentre en el momento del atentado.

En conformidad á las tradiciones jurídicas de Alemania, la ley distingue el crimen de homicidio premeditado, digno de muerte sin excepcion, del crimen que está más inmediato á él, pero que no merece la muerte del homicidio ó sea que se verifica *sin premeditacion* y que por tal motivo se castiga con cinco años de reclusion á lo ménos.

Con estas sanciones penales que se refieren á las dos formas principales del asesinato intencional, asesinato premeditado y homicidio simple (*Mord und Todtshclag*) están comprendidas en el cap. XVI del Código penal otras sanciones que consideran y califican otros casos de homicidio voluntario.

En relacion á la gravedad de la pena existe en nuestro Código aleman la siguiente graduacion:

1. Pena de muerte por homicidio premeditado ó por cualquier tentativa de asesinato que sea considerada como un atentado de lesa magestad contra el emperador ú otro cualquier soberano territorial de Alemania (párrafos 211 y 80).
2. Reclusion perpétua, ó al ménos por diez años.
 - a) A aquel que asesine intencionalmente á un hombre para llevar á cabo una accion punible ó para alejar un obstáculo que se oponga á su ejecucion, ó para sustraerse á ser cogido *in fraganti* (párrafo 214).
 - b) Por el homicidio simple de un pariente de la línea ascendente (párrafo 215).
3. Reclusion de cinco años al ménos para los casos comunes de homicidio simple (párrafo 212).
4. Reclusion por tres años á lo ménos para el homicidio

voluntario de un hijo natural llevado á cabo por la madre durante el parto ó inmediatamente despues (infanticidio) ó prision de dos años á lo ménos cuando concurren circunstancias atenuantes (párrafo 217).

5. Prision de tres años por lo ménos al que asesinare á otro á petición expresa del asesinado (párrafo 216).

6. Prision por seis meses á lo ménos por el homicidio voluntario cometido en un arrebató justificado de ira contra el asesinado ó con otras circunstancias atenuantes (párrafo 213).

En todos estos casos se supone que la intencion del agresor es matar y que la justicia se halla en situacion de poder probar que esta era la intencion del agente en el momento del hecho. Segun la ley alemana, no se considera homicida ni asesino á aquel que haya inferido una herida grave á una persona, que le ocasione la muerte ó le haya suministrado veneno, si las circunstancias no prueban que el agente se proponia ocasionar la muerte.

La imperfeccion de toda justicia humana hace que solo un número reducido de fallos judiciales, que no son fáciles de señalar, corresponden á las condiciones reales de un crimen. Aun en la mejor administracion de justicia se encuentran absoluciones contrarias á la verdad por falta de pruebas del crimen, ó condenas fundadas en errores judiciales. Como la distincion entre premeditacion y no premeditacion decide de la muerte ó vida del agente, cosa que no se tiene en cuenta en todos los demás hechos criminales, resulta que se introduce con esta cualidad distintiva en los delitos de homicidio una complicacion mayor en los defectos de la administracion de justicia. Sucede que por pruebas defectuosas ó insuficientes se castiga como homicidio impremeditado aquel cuya premeditacion no pudo ser demostrada por el fiscal; y es tambien posible que por una lesion, hecha intencionalmente y con el propósito de ocasionar la muerte, se imponga al causante la pena menor señalada á las lesiones corporales, por no haberse podido demostrar con evidencia sus propósitos de asesinato. Pero es de mayor importancia para los intereses de la justicia humana el caso opuesto, en que un acusado es condenado á una pena mayor que la que le corresponde por no hallarse en condiciones que le permitan hacer ver las circunstancias, que á ser atendidas le hubieran aminorado la pena. El que no puede probar que ha cometido un homicidio premeditado á petición de la víctima, será castigado como asesino, con la pena de muerte, en lugar de ser condenado á prision, que es la pena correspondiente; alcanza tambien la suerte de una pena más dura y más injusta,

el que acusado de homicidio, no puede hacer comprender que el acto cometido ha sido consecuencia de provocaciones graves y culpables de parte del asesinado. Cuanto más numerosos son los elementos componentes y efectivos de un concepto jurídico, tanto mayor es la cifra de los errores judiciales posibles.

La vida y la muerte de un acusado dependen, en el Código penal, no sólo de las condiciones reales del crimen que ha cometido, sino también de la exactitud de la reproducción de sus circunstancias hecha con las pruebas judiciales ante los jueces y jurados.

¿Corresponde siempre al original la imagen del hombre reproducida mecánicamente por los rayos del sol en el cristal fotográfico? Y si estos retratos hechos con la luz del sol no son parecidos, ¿cómo puede pretenderse que los de la noche den la imagen del alma del delincuente á través de los miles rayos que parten de las humanas percepciones y raciocinios, de las sensaciones y las suposiciones en medio del horror y de la compasión, y que esta imagen se destaque compacta, precisa y distintamente ante los ojos del jurado?

Es una opinion bastante general encontrar fácil y seguro el medio de establecer una diferencia entre el homicidio y el asesinato y que un jurado pueda determinar, mediante el sentido comun, en qué estado psicológico se hallaba el acusado de homicidio premeditado en el momento del crimen, y si habia obrado con ó sin premeditacion. Pero aunque así se crea es fácil demostrar que esta suposicion es completamente errónea, porque ni la ciencia misma se encuentra en estado de señalar las diferencias que existen en este campo de la psicología, y porque los conceptos jurídicos sobre homicidio y asesinato sufren en la historia muy grandes variaciones, y aún hoy no existe en los pueblos cultos una verdadera conformidad para evaluar el crimen mayor (1). Respecto á una investigacion tal y á los resultados que se pudieran obtener, téngase otra vez á la vista el estado de las leyes penales vigentes en Alemania. El legislador dice: todos los casos calificados como homicidio premeditado *son en el fondo iguales*, y por consiguiente el juez debe condenarlos á la misma pena; esto es, á muerte. Solamente se exceptúa de estos el infanticidio, en el cual la madre quita la vida al recién nacido, sea ó no con premeditacion; y el caso comparativamente muy raro del

(1) Para mayores detalles y pruebas conducentes, véase el tomo 3 del *derecho penal*, pág. 405. Berlin 1872, y el homicidio y la pena de muerte. Berlin 1875.

homicidio premeditado á petición del asesinado. Según el legislador, los casos de homicidio cometidos sin premeditación son intrínsecamente *casos diferentes*, y el grado de su castigo puede variar entre seis meses de cárcel y la reclusión perpétua. Bajo la condición negativa de la no premeditación (esto es, homicidio simple), la ley admite varias distinciones de culpa mayor ó menor, pero no las admite en la condición positiva de la premeditación (homicidio premeditado) como si bastase el nombre odiado por toda la humanidad de homicidio premeditado para decretar inevitable y necesariamente el exterminio del culpable como satisfacción al sentimiento jurídico, y que si se le conserva sea solo por un acto de *gracia* que no debe tenerse en cuenta. Aquí se encuentra una contradicción de importancia con el principio lógico; á saber: que la ley reconoce en una condición puramente negativa, varios grados de delito con diferentes grados de pena y que en la misma clase de crimen por asesinato no quiere reconocer la correspondiente graduación á su opuesta condición positiva. Debe relevarse también como completamente contrario á la dirección histórica de las nuevas doctrinas jurídicas el hacer tal diferencia entre los casos comunes de homicidio simple y el más leve de homicidio premeditado; el Código penal germánico, los condena respectivamente con cinco años de reclusión y con la pena de muerte.

Los dos casos, el homicidio premeditado y el simple, tienen de común que un hombre ha sido privado de la vida intencionalmente. A toda muerte intencional y criminal, señalaban la pena capital, así el derecho mosaico como el romano. Hasta nuestro siglo era un crimen capital, tanto el homicidio voluntario simple, como el premeditado. Como la diferencia entre los dos crímenes consistía en *el modo de ejecutarlos*, la diferencia en la aplicación de la pena capital consistía también en el modo de ejecutarla; Carlos V resolvió en 1532, que al reo de homicidio premeditado se le matara atormentándole todo lo posible, y se aplicara solo la decapitación al reo de homicidio simple.

En oposición al concepto actual de la legislación germánica, y en mayor armonía por otra parte, con la legislación inglesa, me atrevo á afirmar que el mayor ó menor delito de homicidio voluntario puede medirse grado á grado según *la índole moral de los motivos*, pero no por la circunstancia de estar ejecutados con ó sin premeditación, en que hoy se funda la pena de muerte. Por esto es de gran importancia determinar con precisión las causas que impulsaron al homicidio premeditado. Los poetas de más

fama se esfuerzan en demostrar en sus tragedias que hombres de naturaleza nobilísima, pueden ser conducidos á cometer crímenes obligados por circunstancias superiores á su voluntad. Hamlet, Laertes, Otelo, el padre de Emilia Galotti y otros muchos héroes trágicos, llevan á cabo homicidios premeditados, á los cuales el interés poético crea un objetivo que la legislacion actual desconoce completamente, una profunda y violenta pasion que lucha en vano para no efectuar su proyecto criminal, y que este tenga lugar en aquel momento en que la energía de un carácter altamente excitado se halle dominado por la lucha contra el dominio implacable de la tentacion. Precisamente en este combate del alma que en vano lucha con todas sus fuerzas, es en lo que radica el efecto profundo que produce la catástrofe de Hamlet.

Es maravilla la poca influencia que en el mundo culto han ejercido los grandes poetas, como Shakspeare, Lessing, Goethe y Schiller; pues cuando habla en general, y sin adornos poéticos, del homicidio, se empeña siempre en ver en cada homicida un hombre abominable, y discute toda clase de excepciones. La mayor parte de los que así juzgan, se limitan á lo puramente externo del hecho, sin penetrar nunca en las causas de los motivos criminales.

En cierto número de crímenes, aunque pequeño, es en verdad imposible estudiar todo su proceso interno desde sus orígenes primordiales, porque los motivos de accion en el hombre no son simples causas naturales, sino algo condicionado y especial en cada uno. Diariamente experimentamos este hecho en nosotros mismos tan pronto como nos examinamos cuidadosamente. Lo que interiormente nos conmueve, es para otros por completo indiferente; y lo que á otros pone en gran excitacion, á nosotros no nos preocupa lo más mínimo. Algunas personas obran por impulsos que á otros son totalmente ajenos. Cuanto más pequeño es el número de los que son capaces de juzgar deliberadamente á un hombre por su manera de pensar y de sentir, por su posicion civil y social, tanto más incomprensibles siguen siendo la fuerza y presion de los motivos del homicidio. Así, frecuentemente se considera á los motivos como una maldad incorregible é inherente al carácter y se estima su monstruosidad por la manera de pensar del que juzga.

Hace mucho tiempo que se ha empezado á señalar en las estadísticas penales francesa é italiana, los motivos del homicidio y del asesinato. Sus curiosas observaciones son tanto más importantes, cuanto más se comprende ahora que la frecuencia del crimen no depende casi nunca de la especial natura-

leza de la pena, sino más bien de la acción compleja de otras circunstancias, en parte individuales, sociales, físicas y en parte también políticas.

Es necesario prescindir aquí de los defectos puramente corporales y de la enfermiza excitabilidad del sistema nervioso, en tanto que puedan inclinar á ciertas personas á atentados homicidas, por más que desde muy atrás haya sido objeto de profundas investigaciones la relación entre el delito y la perturbación física, y á pesar de que la sentencia romana, que solo en cuerpo sano habita el alma sana fuera verdadera aún en su forma negativa y se dijera que la atrofia del sentido moral se funda en la condición física del individuo. Pero debe tenerse como un resultado notable de las nuevas investigaciones, si bien no apreciado convenientemente por todos, que no se considere como una prueba de la imputabilidad moral jurídica la facultad de discernir entre el bien y el mal ó el sentimiento del perjuicio en el acto de la ejecución, y que al contrario, se admite que muy bien pueden estar unidos el extravío y las afecciones psicológicas con un alto grado de inteligencia, con conocimiento é imputabilidad de un resultado determinado, producto de otras acciones.

Precisamente porque el homicidio viola en lo más íntimo al sentido moral, su proceso jurídico por la introducción de los factores psicológicos en la cuestión de la imputabilidad, hace necesario el estudio detenido y comparativo de todas las ideas anteriores sobre enfermedad del espíritu, con lo que se ha contribuido no poco al enriquecimiento de la medicina legal. Acaso sea la única ventaja que se haya obtenido de la distinción entre asesinato y homicidio, ventaja en sí importante, pero extraña también á la administración de justicia; que la presencia de un signo que caracterice la reflexión, la *premeditación* exige también tener en cuenta los motivos del agente para estar seguros de su mayor grado de culpa. De esta suerte quedó también expedito el paso á la indagación fisiológica del proceso común, que ha desarrollado por un lado el crimen y por otro el estado patológico.

FRANZ VON HOLTZENDORFF.

(*Se concluirá.*)



CRÓNICA DE LA LITERATURA INGLESA Y NORTE-AMERICANA.

Tres meses há que el autor de esta *Crónica* dió comienzo á estos trabajos, tanto más difíciles para él, cuanto más agenos á la índole de nuestros periódicos y más desprovistos de valiosos antecedentes que pudieran ofrecerle segura guía y satisfactorio modelo. Dirigir de cuando en cuando una mirada cariñosa á la literatura de pueblos tan apartados de nosotros por la distancia como por su genio y sus costumbres, parar mientes en aquellas manifestaciones de su cultura que constituyen en ella misma una verdadera novedad, sacrificar el orden estrictamente cronológico de las producciones literarias á otro más elevado y trascendental era ciertamente una empresa aventurada y peligrosa.

Desde que aquella primera *Crónica* se escribió, un año nuevo ha llegado, y cuantos han tenido la dicha de seguirle dia por dia hasta hoy, pueden por tanto felicitarse y dar gracias al cielo por haberles dispensado ese beneficio, y el autor de este artículo confía en esa excelente disposicion del ánimo para arriesgar una nueva *Crónica* en el tempestuoso mar de las pasiones literarias, haciendo como siempre más caso de las cosas que de los nombres, de las materias que de las fechas, aun á riesgo de contradecir aficiones inmoderadas que en diverso sentido se manifiestan entre nosotros.

La necesidad de saber un poco de todo, aun á riesgo de que á la postre no se sepa mucho de nada, ha sido causa de que las enciclopedias y los diccionarios históricos, biográficos, científicos, filosóficos, etc., presenten en nuestra época los caracteres de una verdadera invasion. Hay entre ellos obras notabilísimas, y los diccionarios de *antigüedades* tienen, generalmente hablando, muy buena parte en este género de empresas bibliográficas. Los de Rich y Theil son pruebas que podemos aducir en abono de lo dicho.

Bajo la direccion del Dr. William Smith se está publicando actualmente en Inglaterra un *Diccionario de antigüedades cristianas* (1), como continuacion del *Diccionario de la Biblia*. En los pueblos protestantes la Biblia es un libro necesario, y todo lo que á las Escrituras se refiere es, por tanto, de interés.

(1) *A Dictionary of Christian Antiquities, being a Continuation of the Dictionary of the Bible.* Ed. by W. Smith and S. Cheetham Murray, 1875.

general. Así se explica que el *Diccionario de la Biblia* del Dr. Smith no sea el único. Hay, por ejemplo, en los Estados-Unidos uno muy popular, que se hizo tomando por base el de Mr. Edward Robinson y que está ámpliamente ilustrado con mapas y grabados.

El Dr. Smith y sus compañeros se proponen dar á conocer en ese diccionario la organizacion de la Iglesia, sus ministros, su legislacion, disciplina y rentas, la vida social de los cristianos, su culto y ceremonial, sus lugares sagrados, su arte, su simbolismo y las catacumbas con otras manifestaciones igualmente dignas de mencionarse. No es fácil juzgar á primera vista una obra de este género. La crítica inglesa conviene en reconocer que el diccionario de que hablamos es acreedor al aprecio público, aunque algunos artículos están escritos muy á la ligera y sin suficiente detencion. Hay en cambio otros que están admirablemente hechos y entre estos podemos citar el de Mr. Jackson sobre el *Adulterio*, el de Mr. Pfoulkes sobre los Concilios de Constantinopla y el de Mr. Scudamore sobre las imágenes. Los editores anuncian que seguirá á este diccionario una obra parecida sobre las doctrinas y la literatura cristianas, juntamente con noticias biográficas. Esta obra, cuya publicacion no ha de tardar mucho, está destinada á completar el cuadro de la Iglesia desde la época de los apóstoles hasta Carlomagno.

Mr. Stanley T. Gibson ha publicado un importantísimo libro titulado *Religion y ciencia* (1). Investigando las condiciones de la creencia; discutiendo sobre la fé con noble y levantado espíritu, Mr. Gibson se acerca á la conciencia religiosa con ese profundo respeto y ese impulso generoso del corazon que son tan necesarios para abordar esas fundamentales cuestiones en que tanto se interesan la paz de las almas y el verdadero porvenir de la civilizacion.

Las *Cartas á un escéptico* de nuestro inolvidable Balmes han sido puestas en inglés por el reverendo W. M'Donald, que ha hecho su notable traduccion con gran cariño y esmero. La crítica inglesa hace justicia con este motivo á las grandes cualidades de Balmes, aunque á decir verdad, se fija con más gusto en su bondad y pureza de corazon que en el mérito filosófico de las *Cartas*.

De otras publicaciones no haremos más que citarlas. Tales son: "El Evangelio segun San Lucas," del Reverendo Carr; "Algunas dificultades modernas," del Reverendo Barring-Gould, y los "Fundamentos de la religion en el pensamiento y el corazon del hombre," de Sir John Barnard Byles. En los Estados-Unidos, Mr. Moffat ha dado á la estampa una *Historia comparativa de las religiones* (2), que se puede contar perfectamente en el número de aquellas obras que valen poco por sus condiciones doctrinales y por los datos históricos que contienen.

De todos los ramos de la filosofia acaso no hay ninguno que preocupe tanto á los ingleses como los estudios psicológicos. La tendencia ca-

(1) *Religion and Science*. By Stanley T. Gibson. Longmans, 1876.

(2) *A Comparative History of Religions*. P. y James C. Moffat, professor of the Theological Seminary in Princeton, New-York, Dodd and Mead.

racterística de la filosofía inglesa es eminentemente empírica, la observación es su norte, el hecho su campo, la experiencia su límite. No busqueis en la filosofía inglesa esas grandes construcciones metafísicas que son la gloria de Alemania y el asombro del mundo, esas grandiosas construcciones que solo tienen rivales en Grecia, tierra sagrada del pensamiento y de la inspiración. Los ingleses no pasan, no pueden pasar, generalmente hablando, de la psicología. Y en la psicología no buscar las relaciones supremas del alma con el cosmos, no aspirarán á descifrar el enigma capital de la ciencia, no ven escrito con caracteres divinos en la creación ese proceso igualmente divino de todas las cosas creadas en vista de un fin más alto, el aparecer del espíritu en la naturaleza para trasformarla y reavivarla con la conciencia de lo absoluto en el mundo, con la perfecta reconciliación de lo infinito y lo finito, con el consorcio sublime de lo eterno é increado y de lo perecedero y mudable. La psicología es para ellos una ciencia de observación, un desarrollo ulterior de las investigaciones fisiológicas. Mas hay, después de todo, en esta clase de estudios, aplicación, seriedad y celo dignos de encomio. Podremos negarnos á dar carta de naturaleza á estas creaciones en nuestra conciencia, pero no podremos negarles sin gran injusticia nuestra consideración.

Sucede con todas las cosas que adquieren grandísimo favor en la opinión el mismo fenómeno; caen muy luego en poder de la imaginación. Si alguna prueba se necesitara, nos la daría la obra de Mr. Gorman sobre la "*Psicología cristiana*," nueva traducción de un famoso escrito del célebre místico sueco Swedemborg, que es un verdadero precursor de nuestros espiritistas (1).

Con razón se ha dicho que este año de gracia vivirá eternamente en la historia del pensamiento. Y ¿cómo no decirlo, si al darse á luz este tratado de Swedemborg nos hallamos en posesión del secreto que por caminos tan diversos buscaban los pensadores dedicados al estudio de la psicología? Mr. Gorman asegura que al fin se han descubierto los principios de una completa psicología, que Swedemborg nos ofrece los hechos y principios esenciales en toda construcción psicológica, que trate de ser á un tiempo verdaderamente racional y eminentemente cristiana. A esta luego con mística ingenuidad rudos golpes á Kant, Hegel y á Herbert Spencer. Recuerda el autor de este artículo que en los primeros años de su juventud cayó en sus manos la bellísima novela de Balzac, titulada *Seraphita*. Todavía evoca con gusto aquellos rasgos maravillosos de superioridad con que deslumbra la heroína del cuento al infeliz y entusiasta Wilfrido: aquellas conversaciones apasionadas y extrañas que, ora en presencia de los magníficos espectáculos de la naturaleza tan rica en misterios y en maravillas allá en el Septentrion, ora en el modesto y silencioso retiro del hogar, descubrian luminosas perspectivas místicas en el alma de Seraphita, mundos de sentimiento en el corazón de Minna, dantescos tormentos

(1) *Christian Psychology: the Soul and the body in their Correlation and Contrast*. Being a new translation of Swedemborg's Tractate De commercio Animæ et Corporis, etc. Londini, 1769, with Preface and notes. By F. M. Gorman, London, 1875.

en el espíritu de Wilfrido. Y luego en la narracion del pobre pastor que vela entre libros y nieves por la salvacion de las almas, aquel largo poema swedemborgiano, los planetas habitados de espíritus, las legiones seráficas bañándose en el éter de la eterna verdad, los amores angelicales que unen misteriosísimamente á los espíritus puros en la increada luz de la eternidad, la peregrinacion de las almas en escala ascendente desde el barro de los terrenales placeres á la sublimidad de la purificacion interior, la triste historia de nuestras amargas pruebas en la tierra, y como luminoso y gloriosísimo epílogo, la recompensa inefable que nos aguarda en otros espacios y otra vida, en el pródigo seno de la misericordia divina. Fuerza es confesarlo: no se puede hablar de estas cosas en la ciencia: lo que nos conmueve en la novela ó en el poema nos aburre lastimosamente en un tratado; las mismas ideas que nos hacen llorar en una obra de imaginacion nos hacen reir en una obra didáctica. Si fuéramos swedemborgianos ó espiritistas no le perdonariamos á Mr. Gorman que hubiese entregado el tesoro de tantas creencias y de tantos ensueños al brazo secular de la crítica. Todos sus insultos á los grandes filósofos que brillan como astros de refulgente luz en el cielo del pensamiento son inocentes desahogos que le perjudican demasiado para que merezcan la pena de ser recogidos. Fuera una imperdonable crueldad clavar las uñas del sarcasmo en esas páginas teñidas con alegres colores por la rica imaginacion del místico sueco.

Mr. Patrick Proctor Alexander ha dado recientemente á la estampa una obra de muy distinto carácter. El problema que llamaban nuestros padres *libre albedrío* y que llamamos nosotros *libertad de la voluntad*, es uno de los más graves que en la actualidad se discuten (1). La edicion de la obra de Mr. Alexander, á que ahora nos referimos, es la segunda. Esto prueba que su trabajo no ha sido desdeñado por el público. Mr. Alexander discute principalmente, á propósito de las opiniones de Stuart Mill esa importante cuestion fijándose en el punto de vista de la conciencia y mirando á la relacion de esta con el acto de la voluntad. La cuestion así planteada, es de gran importancia, como fácilmente se advierte, pues si al obrar de un modo tengo conciencia de que hubiera podido obrar en sentido contrario, el acto que obré es acto libre en cuanto es determinado consciamente por mí en oposicion á otro distinto. Hubiéramos querido que Mr. Alexander adoptara una forma más severa para dar literaria vestidura á sus conceptos, pues nótase alguna ligereza en el tono con que se expresa, y esto le perjudica grandemente. Por lo demás, claro está que no podemos detenernos en dar razon de todas sus proposiciones y que no nos es dado discutir las en este momento.

Mr. Hughes ha dado á la estampa un libro titulado *La Economía del pensamiento*, y es lástima que, atraídos por el título de la obra, se hayan decidido á comprarla algunas personas, pues no tiene disculpa tanto descuido en la for-

(1) *Moral Causation* or Notes on Mr. Mill's Notes to the chapter on *Freedom* in the third edition of his *Ex. of Hamilton's Phil.* By Patrick Procter Alexander. 2. edition. Edimburgh. 1875.

ma sin las circunstancias atenuantes de una gran elevacion en los conceptos y una recomendable profundidad en los juicios (1).

Ha obtenido en cambio mucha estimacion la excelente obra de miss Elena Zimmern sobre Schopenhauer y su filosofía (2). Produce á la verdad una profunda impresion ver á esta dama aplicando su indisputable talento á reproducir en las páginas de un interesante libro la fisonomía y el carácter de un hombre tan adusto y desengañado como Schopenhauer, su extraña filosofía, su abrumador pesimismo. El libro de miss Zimmern no está exento de errores; tal vez sus apreciaciones sobre el budismo no tienen más valor que el de responder al sentido que atribuye á esta famosa doctrina oriental el filósofo alemán; tal vez sus opiniones sobre Kant no están completamente de acuerdo con un estudio paciente y detenido del sistema, tal vez no ha comprendido particularidades y puntos de vista importantes de la filosofía pesimista; pero esto no impide que la obra á que nos referimos se lea con bastante interés y no escaso provecho.

Como hemos dicho ya en las cubiertas de nuestra REVISTA la que se titula *Mind* (3) está dirigida por Mr. George Croom Robertson, que enseña filosofía en el colegio universitario de Lóndres. Al frente del primer número aparece una especie de programa (4), de que vamos á decir algunas palabras. Mr. Robertson hace notar el estado de los estudios filosóficos en Inglaterra, cómo tuvieron que encerrarse por tiempo en limitados períodos de la vida de algunos hombres ilustres, cómo lograron apoderarse del espíritu público, cómo su carácter eminentemente científico se disputa todavía por algunos, y manifiesta luego que el objeto de la nueva publicacion es afirmar con vigor creciente el valor científico de tan altos estudios, recoger todos los progresos que se cumplen en la psicología y las ciencias afines, dar cuenta exacta de todo el movimiento filosófico del mundo culto, de todas las obras notables y consagrar atento exámen á la historia del pensamiento. El primer número es buena prueba de que estas promesas están hechas con toda la formalidad inglesa. Nuestra REVISTA ha publicado ya un brillante estudio de Herbert Spencer, tomando tan importante trabajo de esa publicacion, y en los números anteriores hemos ofrecido á las meditaciones de nuestros lectores uno muy notable tambien de J. Sully, que se publicó primeramente en la misma revista inglesa.

La última novedad que exige de nosotros una especial mencion en este artículo son los „Pensamientos sobre arte, filosofía y religion,“ sacados de los escritos inéditos de Sidney Dobell por Mr. John Nichol (5). Sidney Dobell fué un gran poeta, que obtuvo en temprana edad lauros envidiables, pero se

(1) *The Economy of Thought*. By T. H. Hughes.

(2) *Arthur Schopenhauer: his life and Philosophy*. By Helen Zimmern. London. Longmans and Co. 1876.

(3) *Mind*. A quarterly Review of psychology and phylosophy. No. 1. January 1876.

(4) *Prefatory Words*.

(5) *Thoughts on Art, Philosophy and Religion; being a Selection, from the Unpublished Papers of Sydney Dobell, With Intr. Notes by John Nichol*.

convenció pronto de que no estaban en perfecta consonancia su génio y los tiempos. Retiróse, pues, al hogar, donde la mala salud turbó frecuentemente la paz de su descansada vida. Los fragmentos coleccionados por Mr. Nichol, que ha hecho para ellos una interesante introduccion, versan sobre varios asuntos, descollando ciertas doctrinas sobre el arte, que están en contradiccion con la teoría del arte por el arte que ahora priva, los escritos políticos y algunas apreciaciones sobre religion que son dignas de leerse. La obra resulta incoherente por su especialísima forma, y aún sin ser un trabajo de verdadera importancia filosófica, se lee con gusto y simpatía por todos aquellos que no se creen autorizados á juzgar las obras ajenas, prescindiendo de consideraciones que no quisieran ver desdeñadas al tratarse de las propias.

Hablando ahora de otras materias, diremos que Sir Roland Wilson ha publicado recientemente un importante libro titulado *Historia de la moderna legislacion inglesa* (1). Pocas obras reunen tan excelentes condiciones para figurar en el número de las de texto. Sobresale por la exactitud de sus datos históricos y por la elevacion de su espíritu reformista y progresivo. Sus apreciaciones críticas sobre Bentham y la relacion que guarda este con los otros reformadores ingleses son dignas de estudio y elogio. Es lástima que las dimensiones de la obra de Sir Roland Wilson sean tan cortas; encarecimiento no escaso por cierto, pues casi siempre se puede decir lo contrario de las numerosísimas producciones del ingenio que aglomeran en los escaparates de librería las innumerables imprentas que en el mundo existen.

Mr. W. Stanley Jevons ha publicado un notable escrito sobre "El dinero y el mecanismo del cambio" (2). Este libro es recomendable por el número de asuntos nuevos que examina discretamente. Sus consideraciones sobre las propiedades metálicas de las monedas y sobre el Banco de Inglaterra merecen un recuerdo especial.

Citaremos, sin pararnos ahora en examinarlas, la *Historia de la Cooperacion en Inglaterra* (3) por Mr. Holyoake, la *Teoría y práctica de Bancos* (4) de Mr. Macleod y con gran elogio la obra publicada en New-York por Mr. W. Strong sobre las relaciones de la Iglesia con el derecho civil (5).

El libro del publicista norte-americano Mr. Southall sobre el *Orígen del hombre* (6) se apoya en los datos que suministran la Geología y la moderna

(1) *History of Modern English Law*. By Sir Roland Knivet Wilson. Rivington. London, 1875.

(2) *Money and the Mechanism of Exchange*. By W. Stanley Jevons. London. H. S. King, 1875.

(3) *The History of Cooperation in England. Its literature and its Advocates Vol. I*. By G. J. Holyoake. London. Trubner. 1875.

(4) *The Theory and Practice of Banking, etc.*

(5) *Two lectures upon the Relations of Civil Law to Church Polity, Discipline and Property*. By Hon. W. Strong. New-York Dodd and Mead.

(6) *The recent origin of Man, as Mostrated by Geology and the modern Science of Prehistory Archæology*. By James C. Southall. Philadelphia. Lippincott and Co. 1875.

ciencia prehistórica. Según Mr. Southall, el hombre apareció en la tierra seis mil años ha. No diremos que Mr. Southall demuestra satisfactoriamente su tesis, pero es evidente que posee vastos conocimientos y no comunes dotes de argumentador.

La *Geografía física* de Mr. Cooley (1), persona ventajosamente conocida por los desvelos que ha consagrado á la educacion, es seguramente un buen libro. Observaciones exactas, amplitud en la exposicion y bastante claridad son las dotes que concurren en ese tratado.

Se ha publicado el cuarto tomo de la magnífica obra de Howe Bancroft sobre las razas indígenas de los Estados del Pacífico, en la América del Norte. Para esta obra se ha empleado un nuevo sistema que consiste en emplear un gran número de colaboradores. El tomo á que nos referimos trata de las *antigüedades* que pueden estudiarse en esos pueblos, y para hacerlo se ha servido el autor de cincuenta personas cuyos trabajos son exacta y fielmente reproducidos en cuanto tienen de sustancial. Este tomo es de gran interés para arqueólogos é historiadores (2).

Mr. Gladstone acaba de someter á la consideracion de todas las personas que dedican la debida atencion á los trabajos literarios un nuevo libro sobre los poemas de Homero. Titúlase la obra *Sincronismo homérico; estudio de la época y patria de Homero* (3). Mr. Gladstone demuestra en este trabajo vastos conocimientos históricos. Defiende el carácter histórico de la guerra de Troya el de los personajes y sucesos que con ella están relacionados y la personalidad del insigne poeta, que es para muchos una personificacion más bien que una persona. No podemos seguir á Mr. Gladstone en sus eruditas investigaciones, ni recordar sus poderosos argumentos, ni apuntar siquiera los datos que ha sabido acumular con celo y competencia evidentes en el libro de que hablamos; y que es sin disputa muy digno en todos sentidos de la gran reputacion de su autor.

La *Historia del Protestantismo*, de Mr. Wylie, cuyo tomo primero se ha publicado poco há (4), es un libro apasionado, intolerante, mal hecho y mal escrito. La obra de Mr. Barrington de Fomblanque titulada "Episodios políticos y militares en la última mitad del siglo décimo-octavo, sacados de la vida y correspondencia del general, hombre de Estado y autor dramático John Burgoyne" (5), ofrece sin duda más amena é interesante lectura. El general Burgoyne fué un hombre muy simpático y muy querido en su tiempo.

(1) *Physical Geography or the Terraqueous Globe and its Phenomena.* By W. Desborough Cooley. Dulan and Co.

(2) *The Native races of the Pacific States of North America.* By Hubert Howe Bancroft. Vol. IV. *Antiquities.* London 1875.

(3) *Homeric Synchronism: an Enquiry into the time and place of Homero.* By the Right Hon. W. E. Gladstone. (London Macmillan, and Co. 1876.)

(4) *The History of Protestantism.* By the Rev. S. A. Wylie. Vol. I. London. Casselan Pelter and Galpin.

(5) *Political and Military Episodes in the latter half of the Eighteenth*

Le dieron gran notoriedad victorias en la guerra, favor, un asiento en el Parlamento, dotes de inteligencia no comunes y varonil hermosura. Su intervención como general inglés en la guerra de la Independencia de los Estados Unidos y la mala estrella que le obligó á rendir 3.500 hombres y la plaza de Saratoga á los americanos, dan ocasion á estudios interesantes. Mr. Barrington ha sabido salir airoso de su empeño.

Entre los carlistas (1): así se titula un libro de Mr. Furley sobre uno de los períodos más críticos de nuestra larga y cruenta guerra civil, que por fortuna ha terminado ya gloriosamente. Mr. Furley ha presenciado los sucesos á que su libro se refiere y que están comprendidos en el período en que tuvo el mando en jefe de las fuerzas liberales el inolvidable marqués del Duero. La batalla en que murió este ilustre general por la sagrada causa que la república puso en sus manos, es descrita por Mr. Furley con gran riqueza de apuntes y no escasa animación. No podemos detenernos en analizar esta obra ni en recoger algunas pequeñas omisiones más bien que inexactitudes dignas tal vez de consignarse.

La Vida de lord Palmerston (2), por Mr. Ashley, es un importante trabajo que se lee con gusto y aprovechamiento. Mr. John Skelton (3) ha coleccionado escritos históricos, publicados anteriormente por él en diversas ocasiones. El objeto de estos escritos es devolver su verdadera fisonomía moral en la conciencia pública á personajes que inmerecidamente llevan en la historia el peso de una mala reputación, y lo hace á maravilla, pues acredita tan vastos recursos de erudición como excelentes dotes literarias. Uno de los más notables escritos que figuran en esa colección está dedicado á la famosa María Estuardo.

Mr. Call ha dado al público una nueva edición de sus *Reverberaciones*. Mr. Call es un poeta tan poco conocido entre nosotros, como digno de ser apreciado. La nueva edición que nos ofrece contiene también un fragmento auto-biográfico que puede servir muy poderosamente á la buena interpretación de sus versos, al estudio de su talento y al de la influencia que está llamado á ejercer.

Por lo que vemos en ese fragmento y por lo que dicen las poesías mismas, se descubre que Mr. Call pertenece al número de las almas entregadas á la lucha de la razón y de la fé, de los dogmas y de las ciencias. Su vida demuestra que fué esta lucha muy profunda en el alma del poeta. Ella le llevó á separarse tiempo há de la Iglesia anglicana. Mr. Call se enlaza con Emerson, el gran poeta y pensador místico aclamado por Tyndall como depositario de

Century, derived from the Life and Correspondence of the Right Honorable John Burgoyne, General, Statesman, Dramatist. By Edward Barrington de Jomblanque. Macmillan and Co.

(1) Among the Carlists. By John Furley, Tinsley.

(2) The Life of Lord Palmerston. 1846-1865. With Selections from his letters and despatches. By the Hon. Evelyn Ashley: M. P.

(3) The impeachment of Mary Stuart and other papers historical and Biographical. By John Skelton.

esa gran inspiracion moderna llamada á celebrar las nupcias de la poesía y del saber científico. *Las Re-verberaciones* (1) dan elocuente testimonio de esta inspiracion. Mr. Call canta las glorias de la ciencia, sus revelaciones, sus triunfos, sus maravillas, sus victorias sobre las tinieblas que envuelven el gran problema de la creacion y de la vida. Trabajo ha de costar aclimatar y dar acabada forma á esta nueva poesía, romper aquellos moldes del arte proclamados hasta hoy como invariables y necesarios, hacer que recorra con luminosas alas los nuevos espacios, que triunfe del prosaismo y de la afectacion, que logre coger aromáticas flores del sentimiento y de la fantasía en estas regiones que se ofrecen ahora á su actividad y á su genio. Mr. Call es un buen poeta, un poeta digno de ser cuidadosamente estudiado y discretamente seguido. No tendrá tal vez más suerte que Emerson, que generalmente gusta más como prosista que como poeta, pero puede lisongearse con la satisfaccion de que su talento y sus esfuerzos ni serán olvidados ni pasarán desatendidos.

El *Tesoro infantil de canciones inglesas* (2) es un libro precioso, digno de ser saboreado por todas las personas de sencillo corazon y delicado gusto. Las canciones, fruto privilegiado de la imaginacion popular y que deben no pocas veces á grandes poetas obras maestras de gracia y sentimiento, son para los ingleses una verdadera necesidad, una lectura favorita y un ejercicio literario y musical de privilegiada popularidad. Mr. Palgrave las ha coleccionado con tino y acierto, ayudado de hombres que como Gladstone le han servido de poderosísimos auxiliares, descubriéndole, eruditamente, desconocidas joyas del Parnaso inglés. Más que un ameno libro para inocente recreo de niños puede considerarse el cancionero de Mr. Palgrave como una interesante obra de relevante mérito literario.

Las obras en prosa de Wordsworth (3), coleccionadas con prólogo y notas por Mr. Grosart, ofrecen selecta lectura, mas no nos es dado ocuparnos en ellas ahora. Mr. George Macdonald ha publicado una bellísima novela llena de mérito descriptivo y de poesía, de interesantes situaciones y de caracteres bien trazados, y que se titula "St. George and St. Michael." George Elliot, que disfruta, como es sabido, una gran reputacion literaria y que, como es ménos sabido, oculta á las miradas de la generalidad su sexo y el ser la esposa del célebre filósofo, fisiólogo y literato G. H. Lewes ha dado al público la continuacion de su última obra *Daniel Deronda* (4), de la cual solo diremos que contiene muchas bellezas, pero que no está exenta de defectos, entre los cuales son dignos de citarse cierta confusion en algunos momentos y no escasa inoportunidad en algunas digresiones.

(1) *Re-verberations* revised; with a chapter from my Autobiography. By W. Call. London Trubner and Co. 1875.

(2) *The Children's Treasury of English Songs* Second Part. Selected and arranged with Notes, By Francis Turner Palgrave. London. Macmillan and Co. 1875.

(3) *The Prose Works of William Wordsworth*. For the first tome Collected with additions from Unpublished mss. Edited with Preface, Notes etc. By the Rev. A. B. Grosart. London. Moxon. 1876.

(4) *Daniel Deronda*. Book II. By George Elliot. (Blackwod and Sons.)

Al través de las edades (1) es una novela psicológica, según dice su autor. Describe el largo é interesante viaje de un alma por el mundo al través de varias encarnaciones. Esta novela es muy fantástica, pero no muy agradable de leerse para aquellos que no se divierten con cuentos de aparecidos y fantasmas que constituyen el recreo favorito de la infancia, pero no una legítima ocupación de los hombres.

No queremos dejar la pluma sin decir que hemos visto con gusto en el periódico *The Athenaeum* (Marzo 11-1876) un suelto dedicado al aplaudido drama de la señorita de Acuña *Rienzi el tribuno*, y una elegante versión inglesa del notabilísimo soneto *A la libertad* que tanto se aplaudió en las representaciones de esa brillantísima creación de tan inspirada poetisa.

Tampoco debemos dejar dormir en nuestros apuntes el de los pequeños poemas del poeta norte-americano Mr. Pearse Cranch. Titúlase la colección "El pájaro y la Campana con otros poemas" (2). Mr. Pearse Cranch tiene muy buenas condiciones, y sus poemas se leen con gusto, aunque, á decir verdad, no son de primer orden.

Los "*Cuentos de la vida en Australia*" (3), de Mr. Walter Swan, serian más agradables si no fueran tan terroríficos. Del drama histórico de Lord Stratford de Redcliffe *Alfredo en Athelney* (4) no diremos que es una obra maestra, pero confesaremos que no ha pasado desapercibido y que se recomienda por ciertas cualidades muy apreciables.

Mr. Pickering (5) ha aprovechado la impresión que ha producido el drama de Tennyson *Queen Mary* de que oportunamente dimos cuenta para publicar dos obras antiguas, *La famosa historia de Sir Thomas Wyatt*, por Dekker y Webster y la que se titula *Si no me conocéis, no conocéis á nadie* (*If you know not Me you know Nobody*), de Heyrwood. Mr. Pickering ha prestado un buen servicio á los que sienten interés por María Tudor y las obras literarias que han sido consagradas á tan célebre y desgraciada reina, ofreciéndoles una ocasión de comparar con las obras de Tennyson y Sir Aubrey de Vere esas concepciones de poetas que florecieron en otros tiempos. Mr. Blew ha escrito para este tomo un notable prólogo, en que discurre con mucha discreción sobre la utilidad literaria de la comparación á que nos hemos referido.

Y aquí daremos fin á esta crónica, dejando para otra ocasión algunos apuntes que no tienen la importancia necesaria para que prescindamos de los límites en que debemos encerrarnos para no ser difusos ni molestos.

RAFAEL MONTORO.

(1) *Through the ages*. By the author of the *Honeymoon*. (Chapman and Hall.)

(2) *The bird and the bell with other poems*. By Christopher Pearse Cranch. Boston. Osgood and Co.

(3) *Tales of Australian Life*. By Walter Swan. London. Chapman and Hall. 1876.

(4) *Alfred in Athelney*. By Lord Stratford de Redcliffe. London. Que-ritch. 1876.

(5) *Queen Mary*. Two old plays. (Pickering.)

CORRESPONDENCIA DE ALEMANIA.

La muerte del poeta alemán *Fernando Freiligrath*.—Su vida y sus obras.—
Su entierro.

SR. DIRECTOR.

Mi distinguido amigo: Escribo á Vd. bajo la impresion de una nueva dolorosa que despertará el duelo más profundo donde quiera que resuene la lengua germana, que ha de resonar tambien entre las peñas de Inglaterra y ha de atravesar el Atlántico anunciando al Mundo Nuevo, como al Antiguo, que, herida por las tempestades de Marzo, cayó la más soberbia encina de la selva de la poesía alemana, cayó la más noble encina teuto-burguesa, en cuya copa anidaban millares de pintadas aves cantando las maravillas del Oriente y en que anidaba tambien la alondra de la libertad.

Escribo á Vd. en los solemnes momentos que separan con valladar insuperable los dias del mundo de los dias de Dios, en la hora fatal en que murió *Fernando Freiligrath*, el que fué á la vez un héroe y un cantor, un reformador y un profeta.

Murió el que cantaba los acordes purísimos del cántico sublime de la libertad de los pueblos; pasó á la region de los muertos, en cuyo nombre lanzaba hace años el canto más grandioso, un canto de ira á los vivos; pasó á la region de los muertos, de los héroes finados de la libertad, en el quincuagésimo aniversario de su primera poesía, aquella composicion en que á los diez y seis años de edad comparaba el fuego de su alma con los volcanes de Islandia. Entregóse Freiligrath al sueño eterno el mismo dia que en 1848 con ímpetu sin segundo tocaba á rebato saludando con júbilo inmenso la naciente aurora del 18 de Marzo, la revolucion de Berlin.

Hace un año que descansa en el seno de la muerte Jorge Herwegh, esa *alondra de hierro*, y en la triste noche del 18 de Marzo, el mismo dia que hace años le habia inspirado su *Canto de los muertos á los vivos*, le siguió á la tumba el que le habia llorado como á amigo fiel, el que le habia tributado el postrer honor, *Fernando Freiligrath*, ese *ruiseñor* de la primera lucha de la libertad alemana. Cerráronse para siempre los lábios que derramaban dulces armonías y que por su arte peregrino hizo nuestros los tesoros espirituales de otras naciones.

¡Oh, ama mientras que puedas amar! ¡Oh, ama mientras que quieras amar! Llega la hora, llega la hora en que llorando has de estar ante las tum-

bas," dice *Freiligrath* en una de sus más sentidas canciones, y ya ha llegado la hora en que la patria está llorando ante la tumba de su mejor hijo, aquel á quien solo la muerte pudo separarle de las filas de la libertad. La patria, que vuelve sus ojos al féretro que ha de encerrar los restos mortales de *Freiligrath*, no dejará de amar mientras que pueda amar al que acaba de trasponer resignado y alegre el límite invisible del tiempo y la inmortalidad, al que áun en su ancianidad consagraba su amor y sus esperanzas todas á la Alemania unida por la libertad, no de otra suerte que habia luchado y sufrido el destierro en sus mejores años. La patria le dedicará el adorno de los hijos de su predileccion, la corona de roble.

Freiligrath, cuyas poesías todas penetraron en la sangre alemana, mereció el amor ardiente de su pueblo como poeta y como hombre: como poeta, porque no era uno de aquellos imitadores que se nutrian de las migas de la mesa inmortal de Goethe ni de las golosinas de Heine y estando sin rival ni sucesor, parecia un oasis exuberante, un meteoro refulgente, una estrella brillantísima; cantando con la misma verdad la vida lozana y rica de colores del mundo tropical, la patria y la santa libertad y las satisfacciones dulcísimas del hogar aleman; como hombre, porque levantaba la bandera de la nacion y cual Tirteo de la libertad. recordaba á los poderosos su mision olvidada.

Freiligrath era un pintor, pero no con el pincel y la paleta, sino con la palabra viva, con el ritmo y la rima. Y quizá el mismo Lessing, que reprobaba lo descriptivo en la poesía y que despreciaba el alexandrino, hubiera aplaudido las composiciones de *Freiligrath* que brillan por sus vivos colores. Su metro predilecto, el alexandrino, no era el caballo adiestrado por los franceses y enfrenado por Boileau, sino un caballo del desierto, negro como la noche sin luna y libre como el pensamiento. Su gigantesca fantasía era un fogoso caballo árabe que suelto como el rauda viento vuela por el desierto africano, un rayo, un volcan, una tempestad. Hijo de un maestro de escuela que residia en Westfalia, vigoroso y atlético, pero no rudo y demoniaco como su paisano el desdichado poeta Grabbe, no pisó nunca el árido desierto ni cruzó el mar helado ni se paseó entre las altas palmeras del Oriente que imitan el dulce ruido con que los céfiros festejan á las olas, y sin embargo, su musa era oriental y se complacia en pintarnos la estepa y la lucha y en cantar, como dice Castellar en sus *Perfiles de personajes y bocetos de ideas*, "el leon rey de la soledad, los dias de la Arabia, en que las arenas, encendidas por el sol, brillan como la via láctea en el cielo," y el poeta miraba cual visionario los hombres y los animales, el paisaje y el destino como se manifiesta en el Sur y en el Norte más lejanos, al pié del Sinaí y del Himalaya, bajo el Ecuador y entre los horrores de los volcanes de Islandia. Encontrándose entre los productos de todas las partes del globo soñaba mundos lejanos y peregrinaba con paso seguro por el mundo tropical, desplegando soberano é impetuoso sus dotes poéticas en la escuela de los franceses é ingleses. Volvió despues sus ojos ardientes á la patria, á los destinos de su pueblo, y precipitóse con la bandera enhiesta en el torbellino de la lucha de la libertad, siendo, como él mismo dijo, "otro y no obstante el mismo."

¡Otro y no obstante el mismo! ¡Cuán reducido es el número de aquellos en cuya lápida sepulcral pueden escribirse estas palabras de *Freiligrath*!

Nació este el 17 de Junio de 1810 en Detmold. Su madre murió cuando el niño tenía apenas siete años. La necesidad anidaba en su hogar paterno; pero acariciaba la esperanza de entrar en la casa de comercio de un tío suyo que era muy rico y residía en Edimburgo, y de ver la patria de sus poetas favoritos Walter Scott y Roberto Burns. Entró en el comercio, y es de suponer que la actividad que desplegó en él contribuyera á formar el equilibrio que necesitaba su fantasía volcánica. Ya á los diez y seis años de edad escribió una poesía al té de Islandia. Encontrándose enfermo, hubo de beber este té procedente de esa isla del Norte rodeada de hielo y que tantos volcanes encierra. Diríase al leer su poesía que deseaba asimilarse á Islandia para que la nieve de su senectud se asemejase á la de aquella isla vesubiana. Acerca de Freiligrath como comerciante, diré que sucedía á veces que en vez de un oscuro Cornelio X puso en el libro mayor el ilustre nombre de Cornelio Nepote, y en vez de un humilde Roberto Z el de Roberto Burns. Hizo su aprendizaje en Soest, que de una importante ciudad anseática se había convertido en una pequeña ciudad de provincia. Solo Amsterdam, este imperio, con su puerto, con sus buques de todas las partes del mundo, con sus distintos marineros, pudo evocar en su ánimo poético sueños vagos más allá del Océano hácia esos vírgenes mundos del porvenir que descubrió Colon para España. Viendo defraudadas sus esperanzas por la bancarota de su tío, entró el jóven, huérfano ya de madre y padre, en 1834 en una casa de cambio de Amsterdam, y allí el trato de atrevidos navegantes y la lectura de relaciones de viajes despertaron su génio poético, y su fantasía vistió los colores del Oriente.

¡Cosa extraña! Un jóven comerciante introdujo un elemento nuevo en la poesía alemana, y el que en 1837 habia entrado en Barmen como simple dependiente, concluyó residiendo allí como celebrado poeta. En 1838 publicáronse sus poesías, llenas de vida tan rica y lozana, que conquistaron la admiracion del pueblo, cansado ya de la envejecida poesía romántica, y sobre todo la admiracion del gran navegante y explorador Alejandro de Humboldt.

Cuán grande fué la impresion que hicieron las composiciones de *Freiligrath*, dígalo una anécdota. Encontrándose en un puerto de mar, visitó el poeta con un amigo suyo un magnífico buque destinado para Canton. El contramaestre les mostró todas las partes del buque, excepto la cámara del capitan, porque este daba á sus amigos una fiesta de despedida. Pero de repente abrióse la puerta de la cámara, haciendo ver los restos de una espléndida comida, alzóse de la mesa el anfitrión, y despues de haber sabido el deseo de los dos caballeros de visitar el buque, el mismo capitan les invitó á que pasasen á su armería y viesen su biblioteca. Allí el amigo de Freiligrath fué sorprendido al ver las obras de este, y dirigiéndose al poeta dijo: "¿No te gusta que tus poesías vayan á Canton?"—"¿Cómo puede ser eso?" preguntó á su vez el capitan.—"Este señor es Freiligrath,"—"¿Freiligrath? ¿el poeta Freiligrath?" exclamó el marino con exaltacion.—"Sí, el mismo." Y como un rayo precipitóse el capitan hácia la bocina y exclamó: "¡Izad las banderas! ¡todos á bordo! ¡Champagne acá!"

Y estrechó al poeta contra su corazón diciendo: "¡Dios bendiga á Vd., que me ha abreviado tantos días calurosos en el anchuroso Océano!" Y después de llenados los vasos de Champagne, dirigióse á los otros: "Ustedes, amigos míos, no podrían imaginarse qué compañero tan fiel es el verdadero poeta alemán para el solitario navegante.

"¡Hélo aquí el poeta de mis ilusiones! ¡Viva Freiligrath!" Y todos le victorearon con grandes aclamaciones, y en el fervor del entusiasmo se le prodigaron toda suerte de frases de respeto y cariño. En aquel momento el vate se consideró más feliz que el monarca más poderoso de la tierra, y cuando abandonó el buque, todos á bordo formaron dos filas, se repitieron los aplausos y los vivas, y las banderas enhiestas le saludaron como si fuese un rey.

El poeta se fijó en 1839 en el pueblo de Unkel situado en las márgenes del Rhin, donde trató á los vates rhinianos y conoció á la jóven preceptora Ida Mellos, una bella hija de Turingia que habia jugado cuando niña ante los ojos de Goethe. Secretamente, como suele hacerlo, penetró el amor en el corazón del jóven poeta, y este entró con su queridísima Ida en el puerto del matrimonio. El Rhin ha de darle las gracias por su *Album de Orlando*, cuyo producto empleó Freiligrath en reconstruir cual otro Amfion el caduco arco de Orlando situado en un monte adyacente de las orillas del Rhin.

Anunciando á un amigo su enlace, en letras de molde escribió el poeta: "Eso es lo mejor que jamás he dado á la estampa."

Entretanto, el rey de Prusia, impulsado por Alejandro de Humboldt, habia concedido á Freiligrath una pensión de trescientos thalers que recibió tambien Geibel, y Freiligrath la aceptó sin hacerse por eso un quietista político ni un esclavo de los príncipes. A *Forge Herwegh*, que en 1840 publicó sus *Cantos de un vivo*, le contestó: "El poeta ha de estar colocado en una atalaya más alta que las almenas de un partido." Pero á él le esperaba tambien la almena de un partido, la del partido democrático, y pronto conoció que el poeta ha de estar al lado del pueblo, y después de haber pasado con Hoffmann de Fallersleben aquella noche memorable en el hotel de Coblenza, *El gigante* arrojó la pensión á los piés del rey, ciñéndose la armadura para luchar en pró de los mayores bienes de la humanidad, y en la fonda de Assmannshausen, *La corona*, en un cuarto situado en frente del castillo de Rheinstein escribió en 1844, viendo en torno de su casa pámpanos y jugosas cepas, su famoso libro dirigido contra una corona, contra la diadema del absolutismo. Las poesías políticas, el *credo* de Freiligrath, se fundaron en la verdad, lo mismo que sus composiciones anteriores; habia cambiado solo de asunto: la forma y el carácter de su musa quedaron idénticos. Pero al entonar por primera vez el canto de la libertad presagió mil luchas, y perseguido á causa de su radicalismo, salió en 1845 para la Suiza, y desterrado tambien desde allí á causa de su *Ca ira*, pidió en 1846 un asilo á Lóndres. Su atrevido *Ca ira*, que en 1846 voló desde el destierro por los campos alemanes, podria llamarse la campana de rebato de la revolucion, el grito del cuarto estado, el grito de los proletarios, los hombres *de la ira de Dios*. En Lóndres, donde el poeta fué corresponsal de una casa de comercio, la miseria de los obreros arrancó á su arpa sentidos acordes.

¡Con qué entusiasmo saludó á la revolucion que desde la Francia se precipitaba en 1848 sobre Alemania! Y la revolucion le devolvió su saludo llamándole á la pátria y haciéndole su campeón. Regresó el poeta, cuyo nombre era ya una bandera, y fijóse en Düsseldorf. Hervia entusiasta el desbordado mar de sentimientos, y en Julio de 1848 entonó su grandiosa elegía revolucionaria *Los muertos á los vivos*. A causa de esto fué reducido á prision en 29 de Agosto, pero delicadas manos femeniles, las vírgenes de Düsseldorf arrojaron flores para alfombrar su carrera desde la cárcel hasta el tribunal, y esas coronas de verde follaje, de dorado tegido, que poblaron los aires, eran agüero feliz de que le absolveria el Jurado. Fué absuelto, efectivamente, en 3 de Octubre. Pero cuando hizo la guerra á la reaccion amenazadora como colaborador de la *Nueva Gaceta Rhiniana*, que se publicaba en Colonia, fué presa de los alguaciles, y el poeta que en 1849 habia publicado una coleccion de nuevas poesías titulada *Entre los manojos de espigas* (Unter den Garben), fué obligado en 1852 á refugiarse otra vez en Lóndres, que le dió un abrigo como ántes, pero donde sus fuerzas habian de consumirse bajo la pesadilla de las cifras comerciales. Figúrese Vd.: ¡el autor de la *Cabalgata del leon* y del *Chaique de Sinái*, el autor de la *Venganza de las flores* y de los *Emigrantes* vivió en la nebulosa Lóndres la vida estrecha y miserable del comerciante, y pareciéndose á un jornalero del espíritu, tuvo que pasar desde el alba hasta la noche en el despacho de una casa de comercio sucursal del Banco de Suiza! Durante quince años largos comió el pan del destierro; pero una aureola purísima rodeaba su cabeza, y la pátria le bendecia como á su mayor poeta político, cuyo corazon valiente era templo de la fé. No hay palabras con que expresar cuánto debia sufrir el bardo bajo la indecision y el abatimiento de su pueblo, ese Hamlet de las naciones. Sin embargo, no perdió la esperanza de que el pueblo aleman habia de ganar la palma entre las naciones más viriles, y adivinando con orgullo patriótico el porvenir radiante de Alemania, exclamó: "¡Oh, aliento de la primavera que despliegas las flores todas, abre tambien la flor de Alemania! ¡Oh, aliento de la libertad que abres los capullos santos de los pueblos, sopla tambien en torno del capullo de Alemania! ¡Bésale en su santuario más profundo y más tranquilo para que brille y exhale olores suavísimos! ¡Oh, Dios eterno! ¡qué flor tan maravillosa ha de ser un dia ante las flores todas esa Alemania!"

Pero en el ostracismo debia enardecer la lira del vate: ¿cómo hubiera podido cantar el ave canora con sonora acorde melodía léjos de las encinas pátrias? ¿Cómo en alas del hercúleo viento hubiera podido remontarse fugaz la fantasía cuando vivia léjos de la pátria?

Dos ó tres veces remitió á Alemania una hoja volante en prueba de que nada podia domeñar su esfuerzo varonil y de que habia cambiado de suelo, pero no de ánimo. Así con motivo del centenario del nacimiento de Schiller escribió aquella poesía que le habian pedido los alemanes residentes en América y que se cantó en toda la colonia alemana de los Estados-Unidos el mismo dia, la misma hora, y con la misma melodía. Otra poesía suya fué la que dedicaba á la memoria de la poetisa alemana Juana Kinkel. En 1857 salió su traduccion del célebre *Canto de Hiawatha* por el poeta norte-americano Long-

fellow. Y como ántes habia vertido odas de Víctor Hugo, trasplantó tambien muchas flores del Parnaso inglés á los pensiles alemanes, y si se leyeran suprimiendo el nombre de los autores extranjeros de donde proceden, las poesías de Roberto Burns, Coleridge, Campbell, Felicia de Hemans, Tennyson, vertidas por Freiligrath, pasarian sin óbice por armoniosas y bellas poesías alemanas.

En 1867 se vió el pobre vate perseguido como nunca por los rigores del destino: disolvióse la casa de comercio en que estaba empleado. Entónces por Alemania toda resonaba un grito universal, y un inspirado poeta, un amigo de Freiligrath,—¿y qué poeta aleman no es amigo suyo?—se puso al frente de un comité para revocar á Freiligrath y libertar la tarde de su existencia de los cuidados de la vida cuotidiana. "Revocadle, decia, mi distinguido amigo, el elocuente poeta de Barmen, revocad al que ha luchado tanto tiempo en los arroyos de Babilonia, revocadle ántes de que los años le rompan el vigor y la fuerza." Y cuando Freiligrath tornó del destierro y sacudió de sus pies el polvo del extranjero, encontró abiertos los amorosos brazos de su pueblo, que le dispensó la más entusiasta acogida. La patria colocó bajo la cabeza cana de su poeta una blanda cabecera de amor, la patria alejó de su frente los antiguos pesares y ofreció más de 50.000 thalers al vate idolatrado, pues el soberano fuego de la gratitud arde siempre en los honrados lares del generoso suelo aleman. Y el poeta, que fijó su residencia primero en Stuttgart y despues en Cannstatt, que hoy es la ciudad de su muerte, respondió á tantas manifestaciones de amor celebrando la hazaña nacional de 1870 con palabras vigorosas que aún resuenan en nuestros oidos como música de las esferas. En aquellos dias en que la Francia nos declaraba la guerra, produciendo en nuestros ánimos una explosion de ira patriótica, lanzó nuestro Freiligrath un anatema contra *el suave vestido de púrpura* (1), y estuvo pronto á dar las primicias de su sangre en holocausto á la patria. No pudo el hijo mayor del poeta satisfacer su noble anhelo de pelear en la batalla contra los que sufren y luchan, y vencen y callan; pero, llevando en el brazo la cruz roja y formando parte como enfermero de los voluntarios de Born, aprendió en los campos de Sedan y de Metz y ante los muros de París, segun dijo su padre en una sentida poesía, que vale más curar las heridas que hacerlas. Despues de alcanzada la victoria, cuando el rey Guillermo unió á su frente la imperial corona, cuando el viento atronaba el redoblado ¡viva!, Freiligrath no se dirigió sino á Germania, la pálida vencedora que lloraba por sus hijos perdidos. ¡Y hoy la Germania agradecida ha de dar un adios santo á su hijo predilecto, á su fiel trovador!

Réstame decir que el poeta que despues de su regreso á la patria se ocupó en traducir á Shakspeare en union de Bodenstedt y Gildemeister, dirigió desde 1875 una Ilustracion inglesa, *Illustrated Magazine*, en Stuttgart.

Dos hijos y dos hijas casadas en la hospitalaria Inglaterra lloran la muerte del tierno padre. Encuéntrase entre ellos la poética Catalina, que rivalizó con los Bayard Faylor en traducir al inglés las poesías de su padre, y que aún há

(1) Napoleon III.

poco le remitió desde las márgenes del Támesis un saludo poético á las orillas del Neckar. Los ondas de este rio, que besaron la cuna de Schiller, acaban de ver la tumba de Freiligrath.

En la tarde del 21 de Marzo, un inmenso cortejo fúnebre condujo el cadáver del poeta á su última morada, en el cementerio de Cannstahl, situado en una colina á la márgen derecha del Neckar. Encuéntrase la tumba en medio de árboles en el muro septentrional del cementerio, cerca de una antiquísima capilla de donde se mira hácia las cumbres azules del Alb de Suabia. Verdaderamente que esta tumba es digna de un poeta, es digna del que fué un héroe, fuerte como los robles de su patria, la tierra de los Jeruscos, un maestro de la lengua, un conquistador de nuevas zonas para la poesía. El pueblo honró á su poeta, cuyo laurel no mancha ninguna gota de sangre, pero no se vió palaciego alguno en el cortejo fúnebre.

El cura protestante y dos escritores alemanes pronunciaron ante la tumba palabras sentidas, mientras copos de nieve caian sobre las flores que cubrian el féretro, y nosotros diremos con el último orador, Cárlos Mayer: "¡Ojalá que una primavera de los pueblos florezca sobre la tumba del poeta de la libertad! Mientras haya alemanes en la tierra y mientras existan almas libres, la sombra de *Freiligrath* ha de ser sagrada, áun en los tiempos más remotos." Se depositaron sobre la tumba coronas infinitas de Mannheim, Francfort, Leipzig, Viena y Colonia, al tiempo que detrás del castillo de *La Soledad*, patria de la juventud de Schiller, se ponía el sol.

Ya se entregó el cadáver del bardo germano á nuestra madre comun, la tierra; ya descansa el cantor de la libertad en el sueio aleman que tanto amó.

¡Sean estos ligeros apuntes de su vida y de su muerte una sencilla corona que dedica á la memoria del ilustre vate el que quisiera asemejarse á él, no solo en la última sílaba de su nombre, sino tambien en su amor á la patria, y que se repite de Vd. suyo afectísimo

JUAN FASTENRATH.

Colonia 27 de Marzo de 1876.

REVISTA CRÍTICA.

Los que en el día 25 de Marzo del corriente año acudieron á presenciar en la Academia Española la recepcion pública del nuevo académico Sr. D. Vicente Barrantes, ganosos, sin duda, de elevar su espíritu á las puras y serenas regiones del arte y de recrear su oído con los armoniosos acentos de la lengua española, debieron experimentar amarga decepcion y doloroso desengaño. Acaso pensarian que era la Academia Española santuario venerando del arte y de las letras, region serena á donde no llegan los ecos apasionados de la política, palenque en que solo lidian la razon y la ciencia, en que no son lícitas armas que no sean corteses, en que nada de lo que puede perturbar la serenidad del espíritu tiene cabida, en que nunca se ventila nada que sea extraño á la conservacion del lenguaje y á la prosperidad y adelantamiento de las buenas letras, únicos fines de aquel docto instituto. Penetrados de la idea, de que allí no tiene entrada quien no se haya acreditado de poeta insigne, eruditísimo literato ó crítico profundo, no acordándose de que no merecieron la honra de ser académicos Moratin, Espronceda ni Zorrilla, con ser restaurador de nuestra escena el primero, poeta de altísimo pensamiento el segundo, y no ménos inspirado el tercero, no habiendo tenido mejor suerte en los presentes días otros escritores ilustres, entre ellos el autor de la única *Historia de la literatura española* de verdadera importancia escrita en lengua castellana, sin duda acudirian á aquella solemnidad los concurrentes llenos de entusiasmo y de esperanzas, y ansiosos de presenciar algo grande, algo levantado que infundiese en su ánimo esa emocion nobilísima que en él despiertan los acentos de la verdad revestidos de las galas del bien decir.

¡Cuán grande debió ser su decepcion! Dos académicos: uno, cuya recepcion motivaba la ceremonia, otro que se levantaba á contestarle, ocuparon la atencion de los oyentes. Dignos ámbos de estimacion y de aprecio, ninguno de ellos figura, sin embargo, en el número de aquellas renombradas eminencias á quienes parece corresponder por derecho propio el honroso título de académico de la Española. Poeta más discreto que inspirado, prosista más enfático y atildado que castizo y elegante el nuevo académico; poeta habilidoso, orador parlamentario intencionado y travieso, abogado de merecida fama el que habia de contestarle, á ninguno de los dos deben las letras pátrias insignes monumentos ni días de verdadera gloria. Si cupieran en ciertas materias interpretaciones maliciosas, diríase que la invasora política, más que la literatura, les franqueó las puertas del santuario de la calle de Valverde; y ocasion daria para presumirlo el ver su obstinado empeño de llevar los acentos de la pasion

política al recinto en que nunca debieran tener cabida. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que así como la recepción pública del más antiguo de los dos académicos citados, fué en otros tiempos más acto político que literario, la recepción del segundo ha presentado análogos caracteres, y más que solemnidad literaria ha parecido alarde ostentoso de políticas intemperancias.

Si en la Academia Española hubiera penetrado, en el día á que nos referimos, alguien que desconociera el carácter y fines de aquella corporación, difícil le hubiera sido persuadirse de que se hallaba en una institución literaria. Al oír condenar con acrimonia ciertos desafueros cometidos contra el lenguaje castellano por una escuela filosófica muy conocida, hubiera acaso podido vislumbrar que de asuntos literarios se trataba: pero al escuchar tantas y tan intrincadas consideraciones metafísicas, hubiérase creído en una Academia de filosofía, y al oír los apasionados y virulentos apóstrofes de los oradores, en que rebosaba la saña política, las declamatorias imprecaciones contra la civilización, la ciencia y el liberalismo moderno, las acusaciones violentas é injustísimas contra ciertas tendencias del pensamiento humano, y las patéticas invocaciones al débil sexo que firma exposiciones contra la libertad de cultos, hubiera acudido á su mente la idea de que presenciaba una sesión de la *Juventud católica* ó del antiguo *Casino carlista*, y hubiera vuelto los asombrados ojos hácia el orador que contestó al Sr. Barrantes para ver si ostentaba su porte la tradicional insignia de los vencidos de Estella y Peña-Plata. ¡Grande hubiera sido la sorpresa del tal individuo al saber que aquel recinto era el de la Academia Española, que aquella solemnidad era puramente literaria y que los verdaderos propósitos de los oradores no eran hacer la apología del vencido ultramontanismo, sino dar la voz de alarma contra los profanadores de la lengua castellana!

¿De qué se trató, con efecto, en aquellos discursos? Únicamente de dirigir merecidas censuras á los partidarios de una escuela filosófica, por mucho tiempo preponderante en España, que, abusando del tecnicismo científico y empeñándose en amoldar nuestra lengua á la singular manera de exponer el pensamiento filosófico adoptada en Alemania por Carlos Cristian Federico Krause, con no poco escándalo de sus compatriotas, hacen del idioma castellano una bárbara é intolerable jerga, sin causa que lo abone ni ineludible exigencia que lo disculpe. El propósito era laudable, aunque á decir verdad no pareciera el asunto suficientemente importante para ocupar una sesión entera, ni mereciese otra cosa que ser tratado de una manera incidental en un debate general sobre las causas de la corrupción de nuestra lengua; ¿pero era este el verdadero y único móvil de los discursos á que nos referimos?

No lo parecía, por cierto; ántes podía presumirse que la condenación literaria de la precitada escuela filosófica no era más que un pretexto para discutir y refutar sus doctrinas y con ellas el movimiento científico, social y político de nuestra época. Si á propósitos puramente literarios se hubieran ceñido los oradores, bastáralos con condenar acerbamente los desafueros gramaticales del krausismo, sin entrar á desmenuzar sus teorías metafísicas, como hizo el Sr. Barrantes, ó á desentrañar sus consecuencias políticas y sociales, como

hizo con poco caritativa intencion, notoria injusticia é inexactitud evidente el Sr. Nocedal. En el primer caso, aplaudiríamos el intento de ámbos señores, aunque no le concediésemos grande importancia; no ha sido así, y fuerza es que protestemos contra el contenido de sus discursos.

Por más que juzguemos extemporáneo é inoportuno en la Academia Española todo debate filosófico (pues para debatir tales materias existe la de ciencias morales y políticas), nada tendríamos que objetar á las disquisiciones metafísicas del Sr. Barrantes, si halláramos en su discurso aquella imparcialidad, aquel espíritu de tolerancia y de justicia, aquella medida y cortesanía que son exigibles en toda discusion científica y séria. Aún pudiéramos tolerar, ya que no disculpar, ciertos apasionamientos en el discurso del Sr. Barrantes, si en el nuevo académico reconociéramos una indisputable autoridad para hablar en ciertos asuntos, si el que así maltrata y zahiere doctrinas merecedoras de respeto, hubiera acreditado su competencia filosófica en obras insignes como las del inolvidable Balmes ó del ilustrado y profundo Fray Ceferino Gonzalez. Pero tratándose de quien, con ser estimable literato, ningun título tiene para ser respetado como autoridad filosófica, de quien da claras muestras de conocer mal y entender peor las doctrinas que tan sañudamente combate, no es posible dejar pasar sin enérgica protesta las virulentas é inconsideradas diatribas con que, olvidando las leyes de la medida científica y el tono que debe tener un discurso pronunciado en corporacion tan respetable como la Academia española, maltrata el Sr. Barrantes á la escuela krausista, aprovechando para ello, con notoria falta de generosidad, los momentos en que se halla abatida despues de recientes desventuras y persecuciones.

No pretendemos defender las doctrinas de una escuela que no es la nuestra; no queremos disculpar sus pecados literarios; no desconocemos lo que puede haber de erróneo en algunos de sus principios; pero creemos que una escuela fundada por un hombre de penetrante ingenio, de austera virtud, de honestas y apacibles costumbres, como era Krause; propagada en el extranjero por escritores tan dignos de respeto como Ahrens, Roeder, Leonhardi, Tiberghien y otros no ménos insignes; traída á España por un varon como Sanz del Rio, tan ilustre por sus talentos como por sus virtudes y del cual no es lícito hablar sino con respeto; sostenida despues por numerosa falange de inteligencias esclarecidas y caractéres nobilísimos en la que figuran un orador tan elocuente, un pensador tan profundo, un repúblico tan íntegro como D. Nicolás Salmeron, y hombres de tanta ciencia y virtud como Giner de los Rios, Azcárate, Castro, Gonzalez Serrano y otros que fuera prolijo enumerar, merece ser tratada con grandísima consideracion y respeto, y no en la forma inconvenientísima en que la han tratado los Sres. Barrantes y Nocedal.

Epítetos mal sonantes, chistes de pésimo gusto, sañudas invectivas, venenosas acusaciones; hé aquí las armas que los Sres. Barrantes y Nocedal han esgrimido contra la escuela krausista, personificando en ella con notoria inexactitud todo el racionalismo moderno y echándola en cara culpas á que es ajena y atribuyéndola monstruosas consecuencias que siempre rechazó. Ni tales armas son dignas de adversarios corteses, ni lenguaje semejante puede tole-

rarse en el seno de una corporacion culta y respetable como la Academia Española.

¿Y qué decir de algunas peregrinas afirmaciones del Sr. Barrantes? ¿Qué pensarán nuestros lectores del profundo criterio filosófico del nuevo académico cuando sepan que á su juicio la filosofía de Krause es *una simple disidencia de Hegel*, cuando si algun grave pecado tiene es no haber entrado en la corriente hegeliana y si de alguna otra escuela procede es de la de Schelling; que la doctrina de Spinoza es *un crudo ateísmo del cual salen todos los transformismos modernos*; las concepciones teológicas de la filosofía moderna son *antropomórficas* (!), con otras especies no ménos peregrinas y curiosas? Bien es verdad que para el Sr. Barrantes, Sanz del Rio desconoce el concepto absoluto de la humanidad y cree que el pensamiento es antitético al sentimiento y al carácter humano, porque en una de sus *Cartas á D. José de la Revilla* acusa á nuestra lengua de haberse desarrollado *sólo bajo el aspecto parcial del sentimiento y del carácter humano, mas no bajo la relacion más íntima y fundamental suya, esto es, como espresion del pensamiento y de la razon*. Nuestros lectores dirán que nada hay en todo esto de lo que ha creído ver el Sr. Barrantes, que, sin duda, no ha entendido el párrafo citado. Así es, con efecto, y lo mismo acontece en cuantas ocasiones entra á censurar bajo el aspecto filosófico la doctrina krausista, pues no de otra suerte se concibe que el Sr. Barrantes afirme que en esta doctrina *el yo pone á Dios evolucionando sobre sí mismo*, cosa que no es posible deducir de ella, á no poseer la intuicion profunda del señor Barrantes; que en dicha doctrina se infunde al hombre la esperanza de convertirse en Dios, y otros descubrimientos igualmente pasmosos, que no enumeramos por no ser prolijos y porque con lo citado basta para mostrar toda la competencia y autoridad que al Sr. Barrantes asisten para tratar con tanta delicadeza y cortesanía á la escuela de Krause.

No terminaremos con el discurso del Sr. Barrantes sin protestar enérgicamente contra las frases despreciativas que dedica dicho señor al respetable Sanz del Rio y á sus discípulos, y sin hacer una indicacion sobre un punto que es para nosotros importante. Dice el Sr. Barrantes que *nunca perdonará la historia á nuestro Centro directivo de Instruccion pública tan lamentable ocurrencia* (la de enviar á Sanz del Rio á estudiar á Alemania) *inspirada principalmente por el prurito de imitar á tontas y á locas á la Francia, á donde en Febrero de 1834 el calvinista Mr. Guizot habia llamado á Ahrens agregado de la Universidad de Goettinga, á dar un curso de psicología en la de París*. Y añade, en otro lugar, ocupándose de las *Cartas de Sanz del Rio á D. José de la Revilla*, que *arrojan luz muy clara sobre los errores científicos y las responsabilidades políticas de los hombres que han dirigido la Instruccion pública en España*.

Pues bien: si responsabilidad cabe á los que trajeron á España el movimiento filosófico moderno, sacándola de las densas tinieblas en que la tenian sumida los que piensan como el Sr. Barrantes; si fué error abrir el camino á la nueva idea, rompiendo la cárcel en que el fanatismo y la tiranía encerraron á la inteligencia de los españoles, esa responsabilidad y ese error corresponden pre-

cisamente á un partido que debe ser muy simpático al Sr. Barrantes: al partido moderado, que por entónces imperaba. Pero esa responsabilidad es para ese partido un título de gloria que puede hacerle perdonar muchos pecados, y de ella deben envanecerse cuantos caen dentro de las acusaciones del señor Barrantes. Hijo de uno de aquellos varones ilustres del antiguo partido moderado, de aquel D. José de la Revilla á quien embozadamente ataca el Sr. Barrantes, es el que escribe estas líneas; y léjos de molestarle ese ataque, reivindica con orgullo para su padre la gloria de haber contribuido á iniciar en España un movimiento, gracias al cual ya no será posible que torne á caer nuestra patria en el tenebroso abismo á que la condujeron en otros tiempos los amigos del Sr. Barrantes.

Y aquí ponemos punto á estas observaciones, sin ocuparnos del discurso del Sr. Nocedal, porque habríamos de calificarle de muy dura manera. Dañado en la intencion, vacío, declamatorio y hueco en la forma, ese discurso es una de esas rabiosas alharacas con que exhala su furor el vencido ultramontanismo. La escuela á quien combate el Sr. Nocedal con armas prohibidas que no calificamos está demasiado alta para que á ella lleguen semejantes tiros, y la conciencia pública está ya lo bastante ilustrada para tener en el aprecio que se merecen las declamaciones de los que, vencidos en el campo de batalla, tratan hoy en vano de reconquistar lo perdido, explotando la credulidad y la sencillez de las mujeres que se ocupan de lo que no les importa y de las fanáticas turbas que, sin necesidad de propaganda atea y racionalista, manejan el trabuco, el puñal y el petróleo *ad majorem Gloriam Dei*.

*
* * *

Si los Sres. Barrantes y Nocedal hubieran asistido á la sesion con que terminó el debate habido sobre el positivismo en la seccion de ciencias morales y políticas del Ateneo; si hubieran escuchado el admirable discurso del señor Azcárate, presidente de dicha seccion, acaso reconocieran cuán censurable era su conducta ligera é irrespetuosa con una escuela que cuenta en su seno hombres como el Sr. Azcárate. Al ver la medida, la imparcialidad, la esquisita cortesía con que el orador krausista combatia las doctrinas del positivismo, pudieran aprender aquellos señores á censurar las doctrinas ajenas con el respeto que se exige para las propias; al escuchar la vigorosa defensa que de los fundamentos de la sociedad, de la moral cristiana, de la libertad del hombre y del sentimiento religioso hizo en sentidas y elocuentísimas frases el señor Azcárate, hubieran comprendido que no son las ideas filosóficas las que ponen el trabuco y el puñal en manos de las turbas, y que es cuando ménos ligereza insigne lanzar sin pruebas ciertas acusaciones; y al oír con deleite la palabra castiza, sóbria, elegante del Sr. Azcárate, comprendieran tambien que no todos los krausistas son verdugos del idioma castellano, y que hay entre ellos notables oradores, tanto al ménos como los que figuran en las filas del ultramontanismo, que en su afan de acapararlo todo, llega á dar carácter religioso á los idiomas y á hablar de lenguas católicas y racionalistas; peregrina doctri-

na filológica, digna de ser esculpida en mármoles y bronce y que de hoy más constituirá el más glorioso timbre de esa Academia Española en que tan pasmosas novedades se sustentan.

Pero demos al olvido los desahogos de la filología neo-católica y fijemos la atención en cosas más altas; que más alto que tales pequeñeces es el discurso del Sr. Azcárate, uno de los más notables que en el corriente año se han pronunciado en el Ateneo.

En ese discurso, fidelísimo é imparcial resúmen del debate á que sirvió de coronamiento, hay tres partes esencialmente distintas: expositiva la una, crítica la otra, afirmativa la tercera. Fué la primera una exacta exposicion de las doctrinas positivistas, cuyos orígenes, filiacion, afinidades y matices señaló hábil y directamente el Sr. Azcárate, desvaneciendo el erróneo concepto de que positivismo y materialismo sean sinónimos, poniendo en claro las estrechas é innegables relaciones entre el criticismo kantiano y el moderno positivismo, y distinguiendo en este dos grandes grupos esencialmente distintos: el positivismo crítico (sinónimo á nuestro juicio de la direccion neo-kantiana y del psicologismo inglés) y el positivismo dogmático ó naturalista, cuyas tendencias declaró materialistas el Sr. Azcárate.

La parte crítica del discurso fué una refutacion, no siempre sólida ni afortunada, del positivismo, acerca de la cual hay que hacer grandísimas reservas. Justa y oportuna cuando se dirigia al inconsecuente positivismo dogmático, pareciónos asaz endeble é infundada cuando se encaminaba al crítico, y sobrado exagerada y recargada de tonos cuando se referia á las consecuencias morales y sociales de la doctrina positivista. Creemos que al tratar este punto, se fijó demasiado el Sr. Azcárate en cierta exagerada direccion del positivismo dogmático y no tuvo en cuenta las soluciones más amplias y conciliadoras del positivismo crítico y neo-kantiano; pero aun cuando de esta suerte pecó de injusto, hízolo con una circunspeccion y mesura dignas del mayor encomio.

La parte afirmativa ofreció poca novedad. Confesamos francamente que en este punto hemos experimentado una decepcion. Esperábamos que el krausismo se hubiera modificado en puntos esenciales, al compás de los adelantos de la ciencia, pero no ha sido así. Ha adquirido, sin duda, mayor tolerancia con las doctrinas que le son opuestas; háse ensanchado su punto de vista; ha perdido algo sus resabios místicos; ha templado un tanto sus idealismos y parece ménos radical é intemperante en materia sociológica; ha ganado, sobre todo, en claridad; pero aún conserva sus viejas ideas, sin esencial alteracion, como si nada pasara en derredor suyo. Colocándose en un terreno muy aceptable dentro de la fé racional, pero no dentro de la ciencia, hablaba el Sr. Azcárate con elocuente entonacion del Dios vivo de la conciencia, superior á todos los dioses particulares y exclusivos, y nunca conmovido por los ataques del materialismo; pero nada decia de cómo, dentro de la ciencia, es lícito y posible llegar al conocimiento de ese Dios, que es para el Sr. Azcárate clarísimo concepto y para nosotros divinidad desconocida que á la conciencia y la vida se impone, pero sin rasgar jamás el velo que la envuelve. Al criticismo oponia el Sr. Azcárate la intuicion que vé directamente el sér en el fenómeno, confun-

diendo la vision directa é inmediata que nadie tiene (escepto los krausistas) con el presentimiento necesario de que bajo el fenómeno se oculta el ignorado noumeno, y dando como resultado de la intuicion lo que es solo producto de reflexion continuada y laboriosa. Envolviéndose en las nebulosidades de su escuela, combatia el Sr. Azcárate á la par el monismo y el dualismo, rechazaba el Dios incognoscible de Spencer y el Dios antropomórfico del deismo tradicional, condenaba la evolucion y anatematizaba el panteismo; pero no se cuidaba de decir qué es el espíritu que el krausismo afirma, cuál es, segun la escuela, el origen de los séres, y qué es y cómo es conocido ese Dios de la conciencia que proclamaba en tan bellas frases, pero sin explicarlo ni definirlo. La afirmacion, por lo tanto, fué en el discurso del Sr. Azcárate tan vaga y nebulosa como exacta fué la exposicion y clara y razonada la crítica; y es que el espíritu crítico de tal suerte se impone á todos y es tan característico y peculiar de nuestra época, que toda direccion del pensamiento es poderosa y fuerte cuando de criticar se trata, débil y vacilante cuando llega el momento de las afirmaciones.

Pero estas imperfecciones del discurso del Sr. Azcárate en nada amenguan sus méritos. Lo que en él valia no era tanto la verdad de la doctrina como la forma de su exposicion; lo que allí merecia admiracion y aplauso era la severidad, la cultura, la tolerancia, el alto espíritu de justicia que animaba al distinguido orador krausista; era la virilidad, la nobleza, la rectitud de sus propósitos, la persuasiva y sentida elocuencia de sus palabras. Si hablaba de Dios, resplandecia en su acento la más pura y simpática emocion religiosa; si de la moral, animaba sus frases la austeridad del estóico y la virtud del cristiano; si de la libertad y del derecho, fulguraba en sus palabras el entusiasmo del liberal ardiente; y en toda ocasion, en todo momento, áun cuando más se apartaba de lo verdadero ó de lo práctico, notábase en todo su discurso un perfume de nobleza, de dignidad, de reposada conviccion, de sincera fé, que producía en el ánimo de los oyentes la profunda veneracion y el singular deleite que en toda inteligencia bien sentida engendra la contemplacion de la ciencia unida á la elevacion del carácter y á la pureza del corazon. Antes que al pensador, aplaudia el Ateneo al orador elocuente, al hombre honrado, al cumplido caballero; y en él saludaba, no á una escuela metafísica más ó ménos errónea, sino á una agrupacion de inteligencias elevadas y de corazones puros, que podrá haber incurrido en graves errores, pero que siempre se ha señalado por la rectitud de sus propósitos y la excelencia de sus virtudes.

* * *

Nos falta espacio para ocuparnos de algunas publicaciones recientes que en estos dias han sido remitidas á nuestra redaccion. Nos limitaremos, por tanto, á dar noticia de algunas de ellas, reservando para otra ocasion el exámen de las restantes.

Mencionaremos ante todo el cuarto volúmen del *Compendio razonado de Historia general*, obra comenzada por el malogrado profesor de la Universi-

dad de Madrid D. Fernando de Castro y continuada por su fidei-comisario y amigo D. Manuel Sales y Ferré. Propónese el Sr. Sales continuar hasta nuestros días la obra del Sr. Castro y rehacer el tomo primero, que trata de la Edad antigua, dividiéndolo en dos y redactándolo con arreglo á los últimos descubrimientos acerca del Oriente y de los tiempos prehistóricos. Para iniciar estos propósitos, publica ahora el Sr. Sales el precitado tomo IV, que comprende desde las Cruzadas hasta fines del siglo XIII, aprovechando para ello el plan y los apuntes que dejó el malogrado profesor. Conocida y justamente estimada la obra del Sr. Castro, tanto por la claridad de su método como por lo acertado de sus juicios históricos, y sabido que su sucesor ha de continuarla inspirándose en el mismo sentido, creemos inútil recomendar un trabajo justamente acreedor á la estimacion de cuantos se dedican al estudio de la historia.

Merece tambien mencionarse el *Compendio de Hacienda pública*, escrito por D. Francisco Lozano y Montes, profesor de dicha asignatura en la Academia de Administracion Militar. Algo habria que decir acerca de las doctrinas de esta obra, inspirada en el sistema de Krause, demasiado metafísica y no siempre de acuerdo con las necesidades de la práctica; algo sobre el afan de amoldar á toda ciencia, siquiera sea tan práctica y poco filosófica como la Hacienda, el conjunto de cuestiones preliminares, lógicas y metodológicas, que es aderezo inseparable de todo libro krausista, y á que llamaba, no sin grajeo, una ilustre persona *exordio fiambre*; pero estos lunares, debidos á la escuela más que al autor, no impiden que el libro del Sr. Lozano sea un Compendio muy digno de aprecio y que revela en su autor conocimientos no vulgares y cualidades muy distinguidas.

Y con esto ponemos punto á esta interminable revista, dejando para la próxima el exámen de una coleccion de *Sonetos y Madrigales* del Sr. Martí Folguera y de un folleto sobre los fueros de las provincias vascas, escrito por don Arturo Campion. Ambos trabajos, sobre todo el segundo, necesitan detenida lectura y maduro exámen ántes de ser juzgados imparcialmente.

Novedades teatrales no ha habido en esta quincena. El teatro del Circo ha terminado sus tareas; en el de la Comedia funcionará una nueva compañía despues de las Páscuas; el Español agoniza y en Apolo se prepara á lucir sus habilidades una compañía coreográfica. Con tales elementos poco tiene que hacer el crítico, y no extrañarán por ello nuestros lectores que no nos ocupemos de un movimiento teatral de índole semejante. Bien es verdad que otro tanto sucederá en el año próximo si la proteccion oficial no salva al teatro de la ruina á que le lleva la anárquica libertad de que hoy disfruta y que tanto regocija á los partidarios de las *salvadoras* doctrinas individualistas.

M. DE LA REVILLA.

Madrid, 15 de Abril de 1876.

Director y propietario: JOSE DEL PEROJO.

Madrid: 1876.—Imprenta de la REVISTA CONTEMPORÁNEA,
á cargo de M. G. Hernandez, San Miguel, 23